EL JURAMENTO DE LA TRAPERA



BEATRICE WYNN

EL JURAMENTO DE LA TRAPERA



BEATRICE WYNN

ÍNDICE

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11

CAPÍTULO 1



Eliza Tate se despertó en mitad de la oscuridad. El frío de noviembre se filtraba a través de su fina manta, emanando de los tablones del suelo y de las paredes de su habitación en el tercer piso. Se quedó quieta un momento, escuchando la respiración de Harry; ese preocupante estertor seguía ahí, pero no parecía peor que el de ayer. El jergón vacío en la esquina le confirmó lo que ya sabía. Su padre no había vuelto a casa.

Se levantó sin hacer ruido y sus pies descalzos palparon el suelo gélido. Las brasas de la pequeña rejilla se habían extinguido por completo. Se arrodilló y sopló con suavidad, añadiendo la última astilla de leña que poseían. Una diminuta llama vaciló, proyectando una luz débil por el angosto espacio al que llamaban hogar.

La habitación contenía poco: tres jergones en el suelo, una mesa con una pata más corta que las demás, una única silla con el respaldo roto y un cajón de madera que servía para guardar sus escasas pertenencias. Sin lujos. Nada que no pudiera dejarse atrás cuando el alquiler se volviera imposible de pagar.

Eliza se pasó los dedos por el pelo enredado mientras los números daban vueltas en su cabeza. Cinco chelines que debía entregar al señor Finch para finales de semana. Dos chelines necesarios para el jarabe de la tos de Harry. La comida se llevaría lo que quedara.

Miró la figura dormida de su hermano. Tenía diez años, pero era tan menudo que podía pasar por uno de siete, con la piel demasiado tensa sobre los pómulos. Estaba acurrucado sobre sí mismo para entrar en calor, con el cabello oscuro cayéndole sobre la cara.

—Harry —susurró ella, tocándole el hombro—. Hora de despertar.

Él se removió y abrió los ojos, revelando el mismo azul de los Tate que tenía su padre, aunque sin la mirada turbia que la bebida le había provocado a Thomas Tate.

—He soñado con tarta —murmuró Harry, incorporándose—. Con azúcar por encima.

Eliza sonrió.

—Quizá para Navidad.

—¿Estará padre en casa para Navidad?

—Si encuentra trabajo —respondió ella con voz ligera, ocultando la duda que sentía. Thomas Tate no había conservado un empleo desde que murió su madre. Llevaba tres años viéndolo desaparecer en la bebida, día tras día.

Se acercó al cajón de madera de la esquina y sacó el cuenco desconchado que había encontrado abandonado detrás de un restaurante. Las gachas de su interior se habían solidificado durante la noche, pero las había guardado precisamente para esta mañana.

—El desayuno —le tendió el cuenco a Harry—. Come despacio. Haz que dure.

Él asintió, usando la cuchara doblada para dar pequeños bocados. Eliza le palpó la frente con el dorso de la mano para ver si tenía fiebre.

—Hoy me siento mejor —dijo Harry—. Puedo ir contigo.

—Deberías descansar.

—Quiero ayudar —levantó la barbilla con esa terquedad que lo identificaba como su hermano—. Sé reconocer la buena tela. La semana pasada encontré aquel retal de seda.

—Es verdad —ella no podía permitirse el orgullo, pero aun así este le llenó el pecho—. Vístete entonces. Sin hacer ruido, para no despertar a la señora Bell, la vecina.

Mientras Harry se vestía, Eliza levantó el tablón suelto del suelo que había bajo su jergón. El escondite albergaba su posesión más

valiosa: una pequeña lata que contenía dos peniques. Llevaba meses ahorrando, de penique en penique cuando la suerte lo permitía. Algún día la lata contendría lo suficiente para una máquina de coser de segunda mano. Había visto una en el escaparate de una casa de empeños por quince chelines; una fortuna para una trapera, pero el camino hacia algo mejor.

Volvió a colocar la lata en su sitio y presionó el tablón firmemente hacia abajo.

Harry apareció a su lado, ataviado con ropas demasiado grandes y desgastadas; a su abrigo le faltaban botones y sus botas tenían suelas nuevas hechas de cartón. Pero se había lavado la cara y se había peinado el pelo con los dedos.

—¿Listo? —preguntó ella.

—Listo.

Bajaron por las estrechas escaleras, pasando ante puertas tras las cuales dormían familias hacinadas, a veces de ocho o diez personas en una habitación. El edificio crujía a su alrededor porque las paredes eran tan finas que todo el mundo oía las discusiones, el llanto de los bebés, la tos de los ancianos y los sonidos de Spitalfields despertando a otro día de privaciones.

Fuera, la niebla se aferraba al suelo, mezclándose con el humo de las chimeneas de las fábricas. El sol de noviembre permanecía oculto, dejando la calle sumida en una penumbra grisácea. Olía a alcantarilla, a podredumbre y a demasiados cuerpos amontonados.

—Odio ese olor —murmuró él.

—Piénsalo como una garantía de empleo —respondió Eliza—. Donde hay desperdicios, hay trabajo para los traperos.

Caminaron hacia el este, hacia calles donde los hogares más pudientes desechaban desperdicios de mejor calidad. Harry mantenía el ritmo a pesar de sus piernas más cortas. Pasaron junto a rostros conocidos: la señora Burrows montando su puesto de cerillas, el señor Peavey barriendo la entrada de su estanco, el ciego Pete sentado en su esquina habitual con su taza de lata.

—Buenos días, señorita Eliza —saludó la señora Burrows. Era una viuda con las manos nudosas de años fabricando cerillas; su rostro presentaba quemaduras de azufre, pero sus ojos seguían siendo

amables—. ¿Quién es este mozo tan fornido? No puede ser el pequeño Harry.

—Buenos días, señora Burrows —Eliza se detuvo—. Harry se siente mejor hoy.

—Estoy fuerte como un roble —declaró Harry, haciendo reír a la anciana.

—He guardado esto para vosotros —la señora Burrows les tendió dos manzanas marchitas—. Las encontré detrás del puesto del frutero. Golpeadas, pero todavía buenas por dentro.

Eliza aceptó el ofrecimiento, sabiendo que rechazarlo dolería más que aceptarlo. Gracias. Es usted muy generosa.

—El mundo ya es bastante duro como para andar con tacañerías —respondió la señora Burrows—. Tened cuidado hoy, vosotros dos. He oído que la pasma andaba por aquí ayer con ganas de guerra, pidiendo las licencias de recogida.

Eliza asintió. Los agentes de policía —la pasma, como la llamaban los lugareños— obligaban a cambiar la ruta hacia calles menos patrulladas. A nadie le importaba que los pobres recogieran basura, excepto cuando a alguien le daba por hacer cumplir las ordenanzas que exigían licencias de trapero que ninguno de ellos podía costear.

Metió una manzana en el bolsillo de Harry y la otra en el suyo—. Para luego —le dijo—. Para cuando más te haga falta.

Siguieron por calles que se volvían más estrechas, con edificios que se inclinaban unos hacia otros por encima de sus cabezas como si compartieran secretos. Los ojos de Harry se movían de un lado a otro, entrenados para detectar cualquier cosa útil en las cunetas.

—¡Mira! —señaló hacia un callejón—. Alguien ha tirado una alfombra.

Eliza siguió su mirada hacia un tapete enrollado apoyado contra una pared, con los bordes deshilachados—. Buenos ojos. Si es de lana, Melvin podría pagarnos tres peniques por ella.

Se acercaron a la alfombra con cautela, porque hallazgos tan buenos solían atraer competencia. Eliza desenrolló un borde, comprobando el material.

—Es lana —confirmó—. Y no tiene bichos. Ayúdame a enrollarla bien.

Trabajaron para que la alfombra fuera transportable, atándola con el bramante que Eliza guardaba en su bolsillo para tales descubrimientos. Harry cargó con un extremo y Eliza con el otro mientras se dirigían a las tiendas de segunda mano de Brick Lane.

La tienda de Melvin ocupaba un estrecho local, con un escaparate que exhibía un extraño surtido de artículos usados. La campana repiqueteó al entrar. El olor a polvo y textiles viejos los recibió.

Solomon Melvin levantó la vista de su libro de contabilidad, con las gafas posadas en la nariz—. Señorita Tate. Joven Harry. ¿Qué tesoro os trae hoy por aquí?

Eliza señaló la alfombra con la cabeza—. La hemos encontrado abandonada.

—Echemos un vistazo —Melvin salió de detrás del mostrador, pasando sus manos expertas por la lana—. La polilla se ha comido una esquina. Hay una mancha por aquí. Daños por humo. —Levantó la vista—. Tres peniques.

—Mide al menos seis pies de largo —rebatió Eliza—. Buena lana. Cinco peniques.

—Cuatro —dijo Melvin—. Es mi última oferta.

—Cuatro —aceptó Eliza. No esperaba más.

Melvin le contó las monedas en la palma de la mano y ella cerró los dedos sobre ellas; el metal aún estaba caliente del bolsillo de Melvin.

—¿Alguna otra cosilla hoy? —preguntó Melvin.

—El día no ha hecho más que empezar —intervino Harry—. Encontraremos más.

Melvin sonrió al niño—. No me cabe duda. Los Tate tienen los mejores ojos de Spitalfields. —buscó algo bajo el mostrador—. Toma. El periódico de ayer. Para ti, jovencito.

Harry cogió el periódico con reverencia. El material de lectura era una rareza. Cualquier palabra alimentaba su ansia de aprender.

—Gracias, señor Melvin. Harry se lo metió con cuidado bajo la chaqueta.

—Portaros bien con vuestra hermana —dijo Melvin—. El mundo se vuelve más duro cada día.

Fuera, Harry daba saltitos sobre las puntas de los pies—. ¡Cuatro peniques! ¡Y un periódico!

—Un buen comienzo —coincidió Eliza—. Probemos en los callejones detrás de las casas de los mercaderes de telas. A veces tiran retales de los cortes.

Se dirigieron hacia el oeste, hacia los almacenes donde los mercaderes guardaban los textiles de importación. Las calles se volvieron más limpias, los edificios más nuevos. La gente aquí vestía ropas sin remiendos y zapatos sin agujeros. Miraban a través de los traperos en lugar de mirarlos a ellos, como si la pobreza pudiera ser contagiosa.

Harry caminaba más cerca del costado de Eliza, encogiéndose de hombros ante las miradas despectivas. Ella mantenía la espalda erguida y la vista al frente. Nunca agachaba la cabeza ante esa gente, sin importar cómo la miraran.

Detrás de una hilera de oficinas comerciales, encontraron el coto de caza del día: cubos de basura que contenían retales de tela demasiado pequeños para los cortadores pero valiosos para quienes recolectaban tales cosas. Otros traperos ya habían pasado por allí, pero aún quedaban despojos para quienes estuvieran dispuestos a escarbar.

—Tú quédate con ese cubo, yo revisaré este —indicó Eliza—. Recuerda...

—Seda y lana primero, algodón segundo, lino si está limpio —recitó Harry—. Nada de piezas manchadas a menos que la mancha se pueda quitar con un lavado.

—Buen chico. —Ella le despeinó el pelo y luego se centró en su propia búsqueda.

Durante dos horas clasificaron los descartes, formando pequeñas pilas de material utilizable. Eliza se sorprendió tarareando la vieja canción de trabajo de su madre mientras rebuscaba, un hábito que afloraba cuando sus manos estaban ocupadas. Se detuvo al darse cuenta de que Harry se había quedado quieto, observándola con una expresión extraña.

—¿Qué pasa? —preguntó ella.

—Suenas igual que ella cuando haces eso —dijo él.

El comentario le dolió como un puñetazo en el pecho. Sarah Tate llevaba tres años muerta, pero algunos momentos la traían de vuelta de golpe.

—¿Ah, sí? —logró decir Eliza.

Harry asintió—. Es agradable. A veces olvido cómo era su voz.

Eliza tragó saliva para deshacer el nudo de su garganta—. Cantaba esa canción siempre que trabajaba. Decía que le mantenía los dedos ágiles.

—A padre no le gusta que la tararees.

—A padre no le gusta recordar —dijo Eliza—. A veces recordar duele demasiado.

Harry reflexionó sobre esto y luego volvió a su tarea de clasificación—. Yo quiero recordar. Incluso las partes que duelen.

Eliza lo observó un momento. Aquel niño con alma de viejo, obligado a comprender demasiado, demasiado pronto. Quería protegerlo de las asperezas del mundo, pero sabía que no podía. Lo mejor que podía hacer era amortiguar los golpes siempre que fuera posible.

Las campanas de la iglesia dieron el mediodía mientras ataban sus hallazgos en fardos. A Eliza le dolían los hombros de tanto agacharse, pero se animó al ver el botín tan decente que habían acumulado: retales de lana de tela de sastrería fina, recortes de seda en colores joya e incluso un trozo de cinta que alguien había desechado por un pequeño fallo en el tejido.

—Por estos nos darán un buen precio en la tienda de Rosie —le dijo a Harry—. Quizá hasta un chelín si está de humor generoso.

El estómago de Harry rugió ruidosamente, haciéndoles reír a ambos.

—Es hora de esas manzanas —decidió Eliza.

Se sentaron en un murete bajo frente a un almacén, masticando la fruta magullada y observando a los trabajadores cargar carros con mercancías. Harry sacó su periódico, deletreando las palabras con la ayuda de Eliza cuando era necesario. El cómodo ritual se interrumpió cuando unas voces que se alzaron cerca llamaron su atención.

Dos hombres estaban pegando avisos en la puerta del almacén. Sus brazaletes oficiales indicaban que trabajaban para el consejo parroquial. Una pequeña multitud se congregó para leer lo que habían colgado.

—¿Qué pasa? —preguntó Harry.

—Quédate aquí —le dijo Eliza, acercándose para ver.

El aviso, impreso en crudas letras negras, anunciaba aumentos de alquiler para las viviendas de propiedad parroquial, incluido su edificio en Fern Street. Las tarifas subirían dos chelines al mes, a partir del primero de diciembre.

Eliza sintió que un frío le recorría el pecho. Dos chelines más cuando ya tenían que pelear por cada penique. Unas cuentas imposibles.

Una voz habló a su lado. —El dichoso consejo quiere sacar sangre de las piedras.

Se giró para ver al señor Tucker, del piso de abajo, con el rostro surcado por la misma preocupación que ella sentía.

—¿Cuándo han decidido esto? —preguntó ella.

—En la reunión de anoche. Han dicho que las reparaciones han costado más de lo previsto. —Tucker escupió al suelo—. ¿Qué reparaciones? El sitio se nos cae a pedazos sobre las cabezas.

Eliza se quedó mirando el aviso, deseando que los números cambiaran. —Dos chelines.

—Para la mayoría de nosotros, bien podrían ser veinte —dijo Tucker—. ¿Lo sabe ya tu padre?

—No ha pasado por casa. —No hacía falta explicar por qué. Todo el mundo conocía la debilidad de Thomas Tate.

La expresión de Tucker se suavizó. —Dile que he oído que en el astillero están contratando. Solo piden tener la espalda fuerte.

—Gracias, señor Tucker. Se lo diré.

Regresó junto a Harry, que la observaba con una preocupación demasiado aguda para un niño.

—¿Malas noticias? —preguntó él.

—Solo cambios —respondió ella—. Nada que no podamos manejar.

—Tienes esa cara de cuando estás preocupada.

Eliza sonrió a su pesar. —Eres demasiado listo para tu propio bien. —Le ayudó a recoger sus fardos—. Anda, vamos. Veamos qué nos da Rosie por estos tesoros.

Caminaron de nuevo hacia el este, hacia una pequeña tienda encajonada entre una panadería y un estanco. El letrero pintado sobre la puerta decía «Arreglos y composturas Rosie» en letras desvaídas. Dentro, la tienda olía a vapor y almidón, con estanterías de ropa esperando a ser reparada.

Rose Bennett levantó la vista de su mesa de trabajo; sus gafas de ver aumentaban sus ojos afilados. A sus sesenta años, sus dedos seguían siendo ágiles, y su reputación por su trabajo de calidad atraía a clientes de más allá de Spitalfields.

—Bueno, pero si son mis proveedores favoritos —les saludó—. ¿Qué le habéis traído hoy a la vieja Rosie?

Eliza desenvolvió sus fardos sobre el mostrador. —Lo mejor de la parte trasera de la casa de telas Morley.

Los dedos de Rosie se movieron entre los retales con una apreciación experta. —Aquí hay buena lana. La seda es de buena calidad. —Sostuvo la cinta en el aire—. Esta la puedo usar hoy mismo. Una señora ha traído un vestido con el adorno roto.

Continuó su evaluación, separando los materiales en montones. —Ocho peniques por todo.

Eliza había esperado más, pero sabía que la primera oferta de Rosie solía ser la definitiva. —Me parece justo.

—Y esto. —Rosie rebuscó bajo el mostrador y sacó un paquete pequeño envuelto en papel marrón—. Sobra de un pastel de carne de mi almuerzo. Al chico parece que le vendría bien.

Los ojos de Harry se agrandaron ante el ofrecimiento. Eliza solo dudó un breve instante antes de aceptarlo.

—Gracias, señorita Bennett.

—Llámame Rosie, niña. Te conozco desde que eras así de pequeña. —Contó las monedas en la mano de Eliza—. Tu madre era una de mis mejores costureras. Tienes su ojo para la calidad.

—Ella me enseñó a reconocer el buen material.

—Te enseñó más que eso. —La mirada de Rosie se volvió astuta —. Veo cómo te tiemblan los dedos cuando miras mi costura.

¿Sigues practicando?

—Cuando puedo. Hay poca luz en nuestra habitación. —Eliza miró de reojo a Harry, que ya había desenvuelto el pastel y había empezado a comer—. Y el hilo cuesta dinero.

Rosie asintió. —Hagamos una cosa. Tráeme retales de seda buenos como estos y te guardaré mis restos de hilo. No se pueden vender, son demasiado cortos para un trabajo de verdad, pero bastan para practicar.

—Se lo agradecería mucho —dijo Eliza, sinceramente. La oportunidad de mantener sus habilidades de costura al día podría conducirla algún día a algo más que recoger trapos.

—Tu madre tenía planes para ti —continuó Rosie—. Decía que tenías mano para los trabajos finos.

A Eliza se le formó un nudo en la garganta. —Eso fue antes.

—El antes no importa. La destreza sigue en esas manos. —Rosie volvió a su máquina de coser—. Ten cuidado con esas monedas ahora. Hay muchos que le robarían a una chica si tuvieran la más mínima oportunidad.

Salieron de la tienda con doce peniques en total: ocho de Rosie y cuatro de Melvin. Casi suficiente para la medicina de Harry, pero no para nada más. Y con el alquiler subiendo…

La tarde transcurrió de forma similar. Buscaron en montones de basura, clasificaron los hallazgos y vendieron lo que pudieron a varias tiendas. Al anochecer, habían ganado otros seis peniques, lo que elevaba el total a dieciocho por un día completo de trabajo. No estaba mal, pero no era suficiente.

La tos de Harry había vuelto al refrescar el día; cada carraspeo hacía que Eliza hiciera una mueca de dolor. Los guió hacia casa al caer la oscuridad, sabiendo que las fuerzas del niño tenían un límite.

—¿Estará padre en casa? —preguntó Harry mientras subían las escaleras hacia su habitación.

—Ya veremos —dijo Eliza, aunque tenía pocas esperanzas.

La habitación estaba vacía cuando entraron, y la chimenea, fría. Eliza se afanó en encender su última vela, reuniendo trozos de carbón de su escasa provisión para dar vida a un fuego pequeño. Harry se sentó en su jergón.

—Hoy nos ha ido bien —dijo Eliza, contando sus monedas una vez más—. Dieciocho peniques. Casi lo suficiente para tu medicina.

—Úsalo para el alquiler —insistió Harry—. Mi tos no es tan mala.

—Tu tos necesita medicina. —Se guardó las monedas en el bolsillo—. Mañana conseguiré más.

Preparó su sencilla cena: un mendrugo de pan de ayer, compartido entre los dos. La porción de Harry incluía el último bocado de queso que les quedaba.

Después de cenar, Harry se acurrucó con su periódico mientras Eliza remendaba un descosido en su camisa. El momento de calma resultó casi pacífico hasta que unos pasos pesados resonaron en las escaleras, seguidos por el estruendo de la puerta al abrirse de golpe.

Thomas Tate estaba de pie, tambaleándose bajo el dintel, con su gran complexión llenando el espacio. Una vez fue un hombre apuesto, pero ahora su rostro se había hinchado por la bebida y tenía los ojos inyectados en sangre. Sin embargo, bajo el abandono, quedaban rastros del hombre que una vez había cantado a sus hijos y enseñado a tallar a Harry.

—Aquí están —masculló—. Mis pequeños buscavidas.

Eliza dejó a un lado el remiendo. —Buenas noches, padre.

Entró a trompicones en la habitación, dejándose caer en su jergón. —¿Qué tesoros habéis encontrado hoy, pues? ¿Vais a hacer que vuestro viejo padre se sienta orgulloso?

—Dieciocho peniques —respondió Eliza con cautela—. Un buen botín.

Thomas extendió la mano. —Venga, dámelos.

Eliza vaciló. —Son para la medicina de Harry. Y el alquiler ha subido dos chelines para diciembre.

—¿El alquiler? —Thomas se rió, y el sonido resultó áspero en la pequeña habitación—. No os preocupéis por el alquiler. Vuestro padre se ha encargado de todo.

Una sensación gélida se extendió por el estómago de Eliza. —¿A qué te refieres?

—He llegado a un acuerdo con el señor Lockwood. El caballero que lleva los hospicios. —Thomas sacó un papel doblado de su

chaqueta—. Me ha dado un adelanto de cinco chelines. Sobra para el alquiler.

Eliza cogió el papel, con un pavor creciente mientras leía la caligrafía apretada. Era el esquema de un contrato de préstamo: cinco chelines ahora, siete a devolver a finales de mes. Firmado por Thomas Tate, con Silas Grady, el notorio cobrador de deudas de Lockwood, como testigo.

—¿Le has pedido dinero prestado a Lockwood? —su voz salió estrangulada—. Padre, sus intereses son un robo. Y si no puedes pagar…

—Pagaré —insistió Thomas, intentando que su dignidad se abriera paso a través de la bruma del alcohol—. Tengo perspectivas. El astillero está contratando.

—El señor Tucker lo ha mencionado —dijo Eliza, tratando de mantener la voz firme—. Debería preguntar mañana.

—Ya lo he hecho. Empiezo el lunes. —tanteó con los cordones de sus botas—. ¿Ahora, dónde están esos dieciocho peniques? Un hombre necesita un trago después de asegurar el futuro de su familia.

—Es para la medicina de Harry —repitió Eliza con firmeza—. Su tos está empeorando.

Thomas miró a su hijo como si se fijara en él por primera vez. Harry se había quedado muy quieto, observando el intercambio con los ojos muy abiertos.

—¿Tosiendo, estás, muchacho? —preguntó Thomas, suavizando el tono—. ¿Cayendo enfermo como tu madre?

La mención de Sarah quedó suspendida en el aire entre ellos. Harry sacudió la cabeza rápidamente.

—Es solo un resfriado, padre. No es nada grave.

Thomas lo miró fijamente un momento más, con algo parecido al miedo cruzándole el rostro. Luego se dio la vuelta, recostándose en su jergón.

—Quédate con tus monedas —masculló—. Compra la medicina. El chico necesita fuerzas.

El alivio inundó a Eliza. Ayudó a su padre a quitarse las botas, cubriéndolo con su fina manta. A los pocos minutos, Thomas

empezó a roncar.

La voz de Harry sonó suave en la penumbra. —¿Estaremos bien, Liza?

Ella volvió a mirar el contrato de préstamo, esas condiciones que podrían hacer que pasaran de ser pobres a vivir en la indigencia en el espacio de un mes. Miró el rostro delgado de Harry, tan parecido al de su madre. Miró a su padre, perdido en el olvido que buscaba con más fidelidad que cualquier otra cosa.

—Sí —dijo ella con más convicción de la que sentía—. Encontraremos la manera.

CAPÍTULO 2



Jonah Quinn dejó la caja en el suelo con un golpe seco. El sudor le corría por la espalda a pesar del frío que azotaba el Támesis. Se enderezó, presionando las palmas de las manos contra la zona lumbar para aliviar el dolor, y levantó la vista al cielo. El atardecer se aproximaba mientras el sol colgaba bajo, apenas visible a través de la mezcla de niebla y humo de carbón que envolvía perpetuamente los muelles de Londres.

—Quinn. Dos más antes de que fiches la salida.

El capataz Wallace señaló una pila de cajas que aún esperaban ser descargadas del mercante indio que había atracado esa mañana. Wallace permanecía con las piernas abiertas y los pulgares enganchados en el cinturón, observando trabajar a los hombres con el interés distante de quien cuenta ganado.

—Sí, señor. —Jonah se limpió las manos en los pantalones y se dirigió hacia la siguiente caja.

Doce horas levantando, cargando y apilando habían convertido sus brazos en plomo. Agradecía el dolor. El agotamiento físico significaba que el sueño llegaría rápido y sin sueños. Cinco años ocultándose de su pasado le habían enseñado el valor de las noches sin sueños.

Las dos últimas cajas pesaban más que las demás, embaladas con algo denso y sin marcar. Probablemente contrabando que desaparecería antes de que los oficiales de aduanas llegaran

mañana. Jonah sabía que era mejor no fijarse en esas cosas. Mantener la cabeza baja y la boca cerrada le había mantenido con vida desde aquella noche en que se lanzó al Támesis, prefiriendo la clemencia del río a ser deportado a Australia.

—Ponle ganas, Quinn. —Wallace ladró la orden con una crueldad casual.

Jonah agarró los bordes de la caja y levantó con las piernas, llevándola para reunirla con las demás en el almacén. Los músculos de sus antebrazos temblaban. Se había vuelto más fuerte en sus años como estibador, pero nada en aquel trabajo le resultaba natural. Sus manos recordaban las curvas de las duelas de madera de los barriles, el toque preciso del martillo de un tonelero, no el peso tosco de las cajas de transporte.

El recuerdo de su antiguo oficio le recorrió por un instante: el rico olor del roble, la satisfacción de doblar la madera a su voluntad, el maestro Hargrove asintiendo con aprobación mientras Jonah completaba una junta perfecta. Desechó el pensamiento. Aquella vida pertenecía a un hombre muerto.

—Eso es todo por hoy —Wallace anotó algo en su libro de registro—. El viernes se paga.

Los otros hombres se dispersaron rápidamente, ansiosos por llegar a los pubs, a sus casas o a donde fuera que fueran para escapar de la interminable labor de los muelles. Jonah se quedó un rato, mirando el agua. El Támesis fluía negro y silencioso, llevando los desechos de Londres hacia el mar. A veces pensaba que podía oler la podredumbre bajo la superficie, la inmundicia acumulada de una ciudad construida sobre la codicia.

—¿Te quedas o te vas, Quinn? —Wallace le clavó una mirada sospechosa.

—Me voy, señor. —Jonah cogió su abrigo. Era una prenda de lana de segunda mano con parches en los codos y botones desparejados.

Caminó hacia la salida del muelle. Ni muy rápido, lo que podría sugerir culpabilidad, ni muy despacio, lo que podría atraer una atención no deseada. El derecho a existir en cualquier espacio requería un equilibrio cuidadoso para un hombre que, oficialmente, no debería existir en absoluto.

Su pensión estaba a cuatro calles de distancia, un edificio lúgubre atestado de hombres como él, peones sin familia, o ninguna a la que reconocieran. La señora Pruitt, la dueña, no hacía más preguntas que si el alquiler se pagaría a tiempo. Las paredes dejaban pasar cualquier sonido de las habitaciones vecinas: discusiones, tos y el sonido ocasional de compañía comprada.

Jonah se desvió de la ruta que lo llevaría allí. Esta noche no soportaba la presión de la humanidad, el olor de demasiados cuerpos confinados en muy poco espacio. En su lugar, se dirigió hacia el pequeño cobertizo de herramientas al borde del patio de Blackwell, donde a veces dormía cuando la soledad importaba más que la comodidad.

El guardián del patio, Wilkes, le había dado una llave hacía tres meses tras encontrar a Jonah dormido detrás de las cajas una mañana.

—Prefiero tenerte dentro vigilando las herramientas que fuera, donde podrías ver cosas que no deberías —le había dicho Wilkes con la lógica de un hombre que entendía las reglas no escritas de Londres.

El acuerdo le costaba a Jonah una parte de su jornal cada semana, pero le compraba una preciada privacidad cuando más la necesitaba.

Atajó por un estrecho pasaje entre almacenes, con los sentidos alerta ante los peligros que surgían tras la puesta de sol. Un grupo de hombres se apiñaba alrededor de un fuego en un bidón de metal, pasándose una botella entre ellos. Le observaron con ojos apagados, pero no hicieron ademán de detenerlo. Jonah mantuvo la mano en el bolsillo, apretando el pequeño cuchillo que llevaba.

La niebla se espesó al caer la noche y las farolas de gas proyectaban débiles círculos de luz que apenas lograban disipar la penumbra. Jonah conocía los muelles tanto por el tacto como por la vista, orientándose de memoria entre las sombras de las grúas y la carga.

Dobló por la fila donde se almacenaban las importaciones de lana antes de enviarlas a los mercaderes textiles. El espacio entre los almacenes se estrechaba aquí, creando un túnel de oscuridad que ni

siquiera la niebla podía llenar. Aminoró la marcha, presintiendo algo distinto en el camino familiar.

Movimiento. Alguien se movía entre las sombras.

Jonah se pegó a la rugosa pared de ladrillo, observando. Años de cautela le hicieron echar mano a su cuchillo. Los estibadores sabían que no debían merodear por las zonas de almacenamiento fuera de horas. Cualquiera que estuviera allí ahora buscaba algo que no era suyo.

La figura se movía de sombra en sombra como si supiera lo que estaba haciendo. Pequeña y delgada, vestida con ropa oscura, cargaba con lo que parecía un saco vacío. Un ladrón, entonces. Nada inusual por los muelles. La carga desaparecía a diario a pesar de los vigilantes y sus perros.

Tras unos pasos más, la figura pasó por una mancha de luz tenue de una farola lejana. Jonah vislumbró un rostro pálido y cabello recogido bajo una gorra. Joven. Mujer. Eso le sorprendió. Las mujeres rara vez se arriesgaban por los muelles de noche a menos que trabajaran en las tabernas que servían a los marineros.

Ella se dirigió hacia las balas de lana, mirando por encima del hombro mientras avanzaba. Algo en su forma de moverse le resultaba familiar, aunque Jonah no lograba ubicarlo. Sin embargo, no era una ladrona profesional; era demasiado cautelosa y demasiado evidente en su miedo. Una aficionada desesperada, entonces. Más peligrosa en cierto modo, porque la desesperación volvía a la gente impredecible.

La opción sensata era ignorarla y continuar hacia su cobertizo. Sus asuntos no eran de su incumbencia. Involucrarse significaba riesgo, y Jonah había sobrevivido evitando riesgos. Dio un paso para marcharse.

La muchacha llegó a las balas de lana y pasó la mano por una de ellas, comprobando el material. El gesto activó un recuerdo de su madre comprobando telas en el mercado, juzgando la calidad con ese mismo toque rápido. La conexión le hizo detenerse.

La observó con más atención.

La chica sacó un pequeño cuchillo del bolsillo y se dispuso a cortar una de las balas. Jonah conocía el castigo por tal robo.

Deportación o algo peor, especialmente para alguien sin contactos que lo protegieran.

Tomó su decisión en una fracción de segundo, en contra de toda la cautela duramente aprendida durante cinco años ocultándose a plena vista.

—No encontrarás buena lana ahí —dijo él en voz baja.

La chica se quedó helada. El cuchillo desapareció en su bolsillo en un abrir y cerrar de ojos. Se giró hacia él, lista para correr.

—Esas balas se cuentan y se pesan antes de la distribución —continuó Jonah, manteniendo la voz baja—. Haz un corte en una y lo sabrán. El castigo no vale la pena.

Ella no se movió, evaluándolo. Jonah se quedó donde estaba, con las manos donde ella pudiera verlas. La postura de alguien que no suponía una amenaza.

—¿Quién eres? —Su voz no reflejaba miedo.

—Nadie importante. —Jonah dio un pequeño paso adelante—. Pero sé dónde tiran los retales de lana. De mejor calidad de la que encontrarás en otro sitio, y sin riesgo de enfrentarte al magistrado.

La chica no se movió, claramente intentando decidir si confiar en él o huir. Jonah reconoció el cálculo mental de los desesperados. No confíes en nadie, pero a veces la necesidad obliga a cooperar.

—¿Por qué me ayudarías? —Mantuvo la distancia.

Buena pregunta. Una que Jonah se hizo a sí mismo mientras las palabras salían de su boca. No tenía mejor respuesta que la verdad.

—Porque reconozco el hambre cuando la veo. —Señaló hacia el extremo final de la hilera de almacenes—. Hay un contenedor de desechos detrás de la aduana. Los inspectores cortan muestras de cada cargamento. Tiran los trozos después de revisarlos. Es lana de buena calidad, ya cortada en cuadrados.

Ella lo estudió un momento más. —¿Y a cambio de qué?

La pregunta le sorprendió. —De nada.

Aquello pareció confundirla más que cualquier amenaza. Cambió el peso de una pierna a otra.

—Nadie da nada a cambio de nada en Londres.

Jonah casi sonrió ante la amarga verdad de su afirmación. —Considéralo un favor al Támesis. Un cuerpo menos que pescar

cuando te pillen hurgando en la carga.

Ella dio medio paso hacia él, entrando en una zona con mejor luz. Su rostro mostraba juventud pero no inocencia. La vida había esculpido en sus facciones una experiencia que podría haber sido hermosa en otras circunstancias. Sus ropas colgaban holgadas sobre su flaca complexión, pero estaban cuidadosamente remendadas.

—¿Cómo llego a esa aduana? —preguntó ella.

—Sigue la línea de almacenes hasta el final. Gira a la izquierda en la tonelería. La aduana está frente a la oficina del capitán del puerto. —Jonah señaló la dirección—. El contenedor de desechos está contra la pared este. Es de metal con una tapa de bisagra. El vigilante nocturno hace la ronda a la hora y a la media hora, así que actúa en consecuencia.

Ella asintió una vez. —Gracias.

Jonah esperaba que se fuera enseguida. En su lugar, ella se demoró, estudiándolo hasta que él se sintió incómodo. Ya poca gente le miraba. Había perfeccionado el arte de ser invisible.

—Trabajas en los muelles —dijo ella. No era una pregunta.

—Sí.

—Conoces los cargamentos. Lo que entra, lo que sale.

Jonah se tensó. Aquella conversación ya se había alargado demasiado. —Cargo cajas. Eso es todo.

—Pero te fijas en las cosas.

—Fijarse en las cosas hace que maten a los hombres. —Retrocedió hacia la sombra—. O que los deporten.

Algo en su tono hizo que la expresión de ella cambiara. El conocimiento que proviene de sobrevivir en el lado más oscuro de Londres.

—Soy Eliza Tate —dijo de repente, como si la información fuera el pago por su ayuda.

La inesperada presentación cogió a Jonah desprevenido. Los nombres significaban conexión. La conexión significaba peligro. Debería marcharse sin responder, mantener el aislamiento que lo mantenía a salvo.

—Jonah Quinn —se oyó decir—. Estibador. Antiguo ladrón. Un don nadie en el presente.

La boca de ella se curvó ligeramente. —Al menos eres honesto.

—A veces la honestidad es lo único que no pueden quitarte. —Las palabras surgieron de algún lugar profundo que creía enterrado hacía mucho.

La chica, Eliza, asintió como si él hubiera confirmado algo importante. —Gracias.

Con eso, se escabulló a su lado, moviéndose rápido pero ya no como si se estuviera escondiendo. Jonah la vio desaparecer en la niebla. Solo cuando dejó de oírla continuó hacia su cobertizo, preguntándose qué locura le había llevado a hablar con ella, a ofrecerle ayuda y a darle su nombre real.

Cinco años de supervivencia, y lo había arriesgado por una chica.

El cobertizo de herramientas estaba donde se unían tres edificios de almacenamiento, oculto en sus sombras. Jonah abrió la puerta y entró en el pequeño espacio. Encendió el cabo de vela que guardaba en el banco de trabajo, iluminando su refugio. Unos ocho pies por seis, con un techo que goteaba cuando llovía y paredes que dejaban pasar el viento. Aun así, ofrecía soledad y seguridad, dos cosas tan valiosas como el oro en Londres.

Se sentó en el fino jergón que guardaba enrollado en la esquina, quitándose las botas. Necesitarían un arreglo pronto. La suela de la izquierda se había gastado, dejando entrar el agua cuando pisaba charcos. Otro gasto que apenas podía permitirse.

De debajo del jergón sacó una cajita de hojalata, que antaño se usaba para tabaco. Dentro estaban sus ahorros de siete libras, siete chelines y seis peniques. No era suficiente para empezar de nuevo en otro lugar, pero crecía lentamente hacia esa posibilidad.

Añadió su jornal del día al resto: cuatro chelines por doce horas de romperse la espalda. Las monedas tintinearon, pero a este ritmo, necesitaría otros tres años antes de poder pensar en dejar Londres.

Al volver a poner la caja en su escondite, su mano rozó algo más bajo el jergón. Se detuvo, y luego sacó el objeto que intentaba olvidar que poseía: una taza de madera, lo bastante pequeña como para caber en su palma, tallada con un patrón de hojas de roble alrededor del borde.

La última pieza que había fabricado como aprendiz de tonelero. El maestro Hargrove había elogiado el trabajo, declarando que Jonah estaba listo para el grado de oficial. Una semana después, Lockwood lo había acusado de robo, y todo se había desmoronado.

Jonah pasó el pulgar por las hojas talladas, sintiendo cada cresta y cada curva. Recordó el orgullo que había sentido al terminarla, la alegría de convertir la madera en bruto en algo útil y hermoso. No sentía nada parecido al acarrear cajas doce horas al día.

Dejó la taza a un lado y se recostó en su jergón, mirando al bajo techo del cobertizo. El sueño no vendría fácilmente esta noche, a pesar de lo cansado que estaba su cuerpo. Su mente no dejaba de volver al momento en que le había hablado, a la extraña sensación de ser visto tras años de ocultamiento.

—Idiota —murmuró para sí mismo—. Maldito idiota.

Ayudarla le había traído un riesgo sin recompensa. Hablar con ella había roto su regla principal de evitar llamar la atención. Darle su nombre real había sido el acto de un loco.

Sin embargo, al cerrar los ojos, se descubrió preguntándose si ella habría encontrado la aduana, si habría evitado al vigilante nocturno, si habría encontrado lo que necesitaba. Los pensamientos lo siguieron hasta el sueño, donde por primera vez en meses, no soñó con ahogarse en el Támesis, sino con una chica.

La mañana llegó demasiado rápido, y Jonah se levantó con rigidez, con el cuerpo quejándose del trabajo de ayer. La garganta le dolía, un aviso de la tos que le asaltaba cada invierno desde su noche en el río.

Se echó agua en la cara del balde que mantenía lleno; el impacto del frío le despertó por completo. Tras ponerse las botas y el abrigo, abandonó el cobertizo cerrando con llave tras de sí. Los muelles ya estaban bulliciosos. Estibadores gritándose unos a otros, grúas moviendo carga, carros llegando para recoger los productos de ayer. La niebla se había retirado un poco, mostrando la superficie apagada del río picada por barcazas y remolcadores.

Jonah tomó su ruta habitual hacia su sección de trabajo, manteniéndose en el borde del patio principal para evitar hablar con nadie. Al pasar por la aduana, miró hacia el contenedor de desechos

del que le había hablado a Eliza. La tapa estaba ligeramente abierta, lo que sugería que alguien lo había visitado durante la noche.

Bien. Lo había encontrado. El pensamiento lo hizo sentir extrañamente satisfecho.

—¡Quinn! Te encargas del cargamento de Miller hoy.

El capataz Wallace le indicó con un gesto que se dirigiera hacia un barco recién atracado donde los hombres ya pululaban como hormigas alrededor de las bodegas de carga abiertas. Jonah levantó una mano para mostrar que lo había oído y aceleró el paso.

La línea Miller se especializaba en la importación de telas de las ciudades manufactureras del norte. Sus barcos transportaban lana y algodón para el distrito de la confección de Londres. Un trabajo pesado, pero limpio comparado con los barcos de carbón o los transportes de ganado.

—Ponte en la posición tres —ordenó Wallace, tachando nombres de su lista—. Hoy andamos cortos de personal.

Jonah asintió y se dirigió al puesto asignado. La posición tres significaba trabajar directamente en la bodega del barco, subiendo la carga al muelle en lugar de trasladarla a los almacenes. Un trabajo más duro pero mejor pagado: cinco chelines en vez de cuatro por la jornada.

Bajó por las estrechas escaleras hasta la bodega, donde fardos de tela de lana llenaban el espacio en hileras apretadas. El aire olía a la lanolina y a los productos químicos utilizados para tratar los textiles. Otros dos hombres ya trabajaban allí, creando una cadena para pasar los fardos al muelle.

—Quinn ya está aquí —le gritó uno al otro—. Ahora esto empezará a moverse.

Jonah reconoció a Patrick Byrne, un irlandés que llevaba décadas trabajando en los muelles. A su lado estaba un hombre más joven al que Jonah no conocía, con brazos como troncos de árbol y una cicatriz reciente que le cruzaba la barbilla.

—Es nuevo —explicó Patrick, al ver la mirada de Jonah—. Tim Doyle. Viene de Manchester.

Tim asintió a modo de saludo pero no dijo nada. Jonah le devolvió el gesto y ocupó su posición. Entraron en el ritmo de

trabajo sin hablar. Las palabras eran energía desperdiciada que se empleaba mejor en levantar peso.

Las horas pasaron en una repetición constante. Levantar, pasar, volver a por el siguiente. La bodega se fue vaciando a medida que la mañana daba paso a la tarde. A Jonah le gritaban los músculos, pero mantuvo el ritmo. Mostrar debilidad significaba ser sustituido. Ser sustituido significaba no cobrar. No cobrar significaba no comer. La ecuación seguía siendo sencilla por muy complejas que fueran las circunstancias que la rodeaban.

Durante un breve descanso para beber agua de un cubo compartido, Patrick se le acercó.

—He oído algo que quizá te interese saber —murmuró el irlandés, mirando la actividad a su alrededor en lugar de a Jonah.

Jonah se tensó. Patrick vendía información y cotilleos del muelle a cualquiera que pagara. Que ofreciera algo sin que se lo pidieran sugería problemas.

—¿De qué se trata? —Jonah mantuvo la voz neutral.

—El inspector de carga ha estado preguntando por ti esta mañana. Quería saber cuánto tiempo llevas trabajando aquí y de dónde venías antes.

El agua se volvió ceniza en la boca de Jonah. —¿Qué le ha dicho Wallace?

—Que llevas aquí cuatro años, que viniste de los muelles de Liverpool. Nada fuera de lo común.

Cuatro años, no cinco. Liverpool, no de ninguna parte. Las pequeñas diferencias en la historia inventada de Jonah raras veces importaban a hombres que prestaban poca atención a sus compañeros de trabajo más allá de su capacidad para levantar y cargar.

—¿Quién preguntaba? —Jonah dejó el cazo del agua.

—No me he quedado con el nombre. Un caballero bien vestido, nada de la aduana habitual. —Patrick se rascó la barbilla canosa—. Ha mencionado algo de cotejar los registros de los trabajadores con las listas de los barcos para buscar patrones.

Patrones. La palabra hizo que el hielo recorriera las venas de Jonah. El reconocimiento de patrones significaba que alguien había

notado algo extraño y quizá había conectado la carga desaparecida con cuadrillas de trabajo específicas. Tales investigaciones solían terminar con unos cuantos trabajadores arrestados. Hombres inocentes elegidos para mantener contentas a las autoridades mientras los verdaderos ladrones seguían trabajando.

Hombres sin influencias. Hombres a los que nadie echaría de menos. Hombres como Jonah Quinn, que había aparecido de la nada hacía cinco años.

—Gracias por el aviso. —Jonah metió la mano en el bolsillo y presionó un penique en la palma de Patrick como pago por una información que podría salvarle la libertad o la vida.

Patrick se guardó la moneda sin mirarla. —Podría no ser nada. O podría ser algo. He pensado que debías saberlo.

El trabajo se reanudó con una nueva urgencia para Jonah. Cada fardo que levantaba se sentía más pesado que el anterior mientras su mente repasaba las opciones. Si alguien se había interesado especialmente por él, quizá tuviera que desaparecer de nuevo. Cambiar de muelles, tal vez. Cambiar de ciudad si fuera necesario. El pensamiento le agotaba casi tanto como el esfuerzo físico.

A última hora de la tarde, la bodega estaba vacía. Jonah volvió a subir al muelle, entrecerrando los ojos ante la luz mortecina del día. Tenía la camisa pegada a la espalda por el sudor a pesar del frío. Sentía las manos en carne viva por el tejido áspero de los fardos de lana.

Wallace se acercó con su libro de registro. —Buen trabajo hoy. Miller paga una bonificación por terminar antes. Un chelín extra para cada hombre.

Seis chelines en lugar de cinco. Una pequeña fortuna para los estándares de Jonah. Suficiente para considerar carne para cenar en lugar de pan, o para añadir a sus ahorros. La bonificación inesperada debería haberle animado. En cambio, le pareció el pago por una condena inminente.

—Quinn. —La voz de Wallace le detuvo cuando se daba la vuelta para irse—. Ese hombre de aduanas estaba preguntando por ti. Le he dicho que eres uno de mis mejores trabajadores.

Jonah logró asentir. —Se lo agradezco, señor.

—No me dejes por mentiroso. —Wallace le lanzó una mirada dura —. Algunos de los vigilantes nocturnos informaron de movimientos cerca de los almacenes de lana ayer al atardecer. ¿Hay algo que quieras decirme?

Jonah mantuvo el contacto visual a pesar de querer apartar la mirada.

—No, señor. Fui directo a mi alojamiento después del trabajo.

Wallace lo estudió un momento más y luego hizo una marca en su libro. —Asegúrate de seguir haciéndolo.

Jonah se alejó, sintiendo que alguien lo observaba. Demasiadas preguntas. Demasiada atención. La nueva vida que había mantenido durante cinco años había empezado a resquebrajarse, y no sabía cómo ni por qué.

En lugar de arriesgarse por la salida principal del muelle, donde podrían estar esperando los oficiales, Jonah tomó una ruta indirecta a través de los patios de almacenamiento. Pasó de nuevo por la casa de aduanas, dirigiendo la mirada hacia el contenedor de desperdicios donde había mandado a Eliza. La tapa estaba cerrada ahora, probablemente lo habrían vaciado durante el día.

¿Habría encontrado lo que necesitaba? ¿Habría evitado que la atraparan? Las preguntas le molestaban más de lo debido. Su supervivencia no debería significar nada para él. La suya propia pendía de un hilo cada vez más delgado.

Sin embargo, se encontró preguntándose si ella regresaría. Si ayudarla había valido el riesgo. Si aquel momento de conexión, de ser algo más que invisible, justificaba el peligro.

Perdido en sus pensamientos, casi choca con un hombre que doblaba la esquina desde la oficina de aduanas. Jonah retrocedió rápidamente, agachando la cabeza en un gesto automático de deferencia.

—Perdone, señor.

—Mira por dónde vas —respondió el hombre bruscamente, pasando de largo.

Jonah mantuvo la mirada gacha, pero no antes de vislumbrar un rostro familiar. La sangre se le heló en las venas y le costó todo su autocontrol no echar a correr ni reaccionar. Se obligó a seguir

caminando a un ritmo normal, luchando contra el impulso de mirar atrás.

Augustus Lockwood. El comerciante que le había acusado de robo. El hombre cuyo testimonio le había enviado a la deportación. La razón por la que Jonah Quinn vivía como un fantasma en su propia ciudad.

Lockwood no lo había reconocido. ¿Por qué iba a hacerlo? El joven aprendiz de tonelero había muerto en el Támesis hacía cinco años, según los registros oficiales. El trabajador portuario barbudo, de manos rudas y piel curtida, guardaba poco parecido con aquel joven condenado.

Aun así, el encuentro dejó a Jonah temblando. Se equivocó de camino en su prisa por alejarse de Lockwood, terminando cerca de la orilla del río donde las redes de carga colgaban secándose en armazones de madera.

El Támesis se extendía ante él, oscuro e indiferente. El mismo río que casi lo había matado ahora se burlaba de él por lo cerca que había estado de ser descubierto. La presencia de Lockwood en los muelles no podía ser coincidencia, no el mismo día que un inspector de aduanas hacía preguntas sobre el pasado de Jonah.

Tenía que desaparecer. Esta misma noche. Coger sus ahorros y buscar otra ciudad, y otro nombre.

El pensamiento le trajo un cansancio que se le hundió en los huesos. Siempre huyendo. Siempre escondiéndose. Siempre mirando por encima del hombro. ¿Pasaría toda su vida así, sin echar raíces, sin forjar vínculos, sin ser nunca más que una sombra?

Mientras la última luz se desvanecía del cielo, Jonah tomó una decisión. Volvería a su cobertizo, recogería sus pocas pertenencias y ahorros, y se habría marchado antes del amanecer. A Liverpool, tal vez, o a Bristol. Algún sitio con muelles y trabajo anónimo, pero lejos del alcance de Lockwood.

La ruta de regreso a su cobertizo lo llevó de nuevo por delante de los almacenes de lana. Se movía rápido, deseando únicamente coger sus cosas y desvanecerse en la inmensidad de Londres. El suave roce de una bota contra la piedra, seguido de una exclamación ahogada, lo detuvo.

Jonah se quedó helado mientras alguien se movía entre las sombras de los almacenes. El mismo lugar donde se había encontrado con Eliza la noche anterior.

Contra toda lógica y sentido de la autopreservación, se dirigió hacia el sonido. Una figura pequeña se escabullía entre los cajones, dirigiéndose hacia el lugar donde los fardos esperaban la distribución de mañana. Incluso con la escasa luz, reconoció sus movimientos y la postura de sus hombros.

Había regresado. Tras haber tenido éxito una vez, había vuelto a por más.

Jonah debería marcharse. Su propia situación se había vuelto peligrosa. No podía dedicar atención a los problemas de una trapera, por muy desesperada que fuera. Ayudarla una vez ya había sido un riesgo suficiente. Hacerlo de nuevo, con Lockwood en los muelles y con gente preguntando por él, era una locura.

Sin embargo, dio un paso hacia ella.

—Ahí no —llamó en voz baja—. El vigilante nocturno ha cambiado su ruta. Revisa esos fardos cada cuarto de hora ahora.

Eliza se dio la vuelta hacia él, con un cuchillo ya en la mano.

—Tú otra vez. —Bajó el cuchillo pero no lo guardó.

—Yo otra vez. —Jonah miró a su alrededor, comprobando si había testigos de su conversación—. ¿Encontraste el contenedor de la aduana?

—Sí. —Ella lo estudió de una manera que parecía traspasar su inexpresividad—. Buena lana. He sacado cuatro peniques.

Cuatro peniques por arriesgarse a ser arrestada. Las matemáticas de la desesperación. Jonah comprendía el cálculo demasiado bien.

—No vale la pena volver. Habrán cambiado la rutina tras encontrar el contenedor revuelto.

—Necesito más de cuatro peniques —la voz de Eliza se mantuvo firme—. Las medicinas de mi hermano cuestan dos chelines. Nos acaban de subir el alquiler. Mi padre... —Se detuvo.

Jonah reconoció la frase inacabada. Algunas cargas eran demasiado pesadas para compartirlas con extraños. Debería darle las buenas noches y seguir con su plan de abandonar Londres. Los

problemas de ella no podían importarle, no cuando su propia supervivencia estaba en juego.

—Hay un lugar mejor —se oyó decir—. El muelle sur. Ayer llegó un cargamento de retales de fábrica. Son recortes de las fábricas de Manchester. No son de primera calidad, pero son mejores que los desperdicios. Los cargarán para su distribución mañana por la mañana.

La expresión de Eliza se agudizó con interés. —¿Dónde exactamente?

—Almacén Cuatro. La entrada trasera da al río. La cerradura de la puerta pequeña está rota. Lleva así meses porque el vigilante nocturno la usa para salir a fumar. —Jonah señaló hacia el sur—. Sigue el camino del río. Cuenta cuatro edificios después de la oficina del capitán del puerto. Espera hasta que el reloj dé las diez. El vigilante Peters hace su ronda entonces, deja esa sección despejada durante media hora.

Ella asimiló las indicaciones con cuidado. —¿Por qué me ayudas?

La pregunta lo pilló desprevenido, aunque él mismo se había preguntado lo mismo. ¿Por qué arriesgar su seguridad por una chica a la que no conocía? ¿Por qué ofrecer información que podría implicarlo si ella fuera capturada?

—No lo sé —admitió.

Su sinceridad pareció sorprenderla tanto como a él. Se quedaron en silencio, dos personas al borde de la implacable maquinaria de Londres, reconociendo cada uno en el otro el conocimiento compartido de lo que costaba sobrevivir.

—Mi hermano tiene una tos que no se cura —dijo Eliza finalmente—. Nuestro padre se bebe lo que gana. Necesitamos tres chelines más para final de semana, o perderemos nuestra habitación.

Jonah asintió.

—Me voy de Londres mañana —dijo—. Alguien está haciendo preguntas sobre mí, así que ya no es seguro.

—¿Por haberme ayudado? —La alarma cruzó su rostro.

—No. Por otros motivos. Viejos problemas. —Jonah miró hacia el río—. Ve al muelle sur. Almacén Cuatro. A las diez en punto.

Deberías encontrar suficiente para sacar tus tres chelines.

Ella lo estudió un momento más. —¿Volveré a verte después de esta noche?

La pregunta no contenía sentimentalismo. ¿Desaparecería su fuente de información? ¿Terminaría esta improbable alianza antes de empezar de verdad?

—No es probable. —Jonah sintió un pesar inesperado con esas palabras—. Es mejor así.

Eliza asintió, aceptando la realidad sin quejas. —Gracias. Por lo de esta noche y lo de ayer.

—Buena suerte. —Lo decía más de corazón de lo que ella podía imaginar.

Ella se dio la vuelta para irse, pero luego se detuvo. —¿Adónde irás? Después de Londres.

—Al norte, quizá. O al oeste. A algún lugar donde no miren demasiado a un hombre dispuesto a trabajar.

—Espero que lo encuentres. —Habló sin falsa compasión—. Algún sitio donde no miren demasiado.

Dicho esto, se desvaneció en la oscuridad creciente. Jonah observó el espacio donde ella había estado, con un sentimiento desconocido expandiéndose en su pecho. Durante cinco años, no se había relacionado con nadie, no había confiado en nadie, no había ayudado a nadie. La supervivencia había consumido cada pensamiento y cada acción.

Sin embargo, en las últimas dos noches, había elegido de otro modo. Había recordado, aunque fuera brevemente, lo que se sentía al ser algo más que un fantasma a la deriva por los bajos fondos de Londres. La sensación lo desorientaba, como un miembro que despierta tras demasiado tiempo sin riego sanguíneo.

Se dio la vuelta, siguiendo hacia su cobertizo. Su plan no había cambiado. Recogería sus cosas y sus ahorros, y desaparecería antes del amanecer. Londres se había vuelto demasiado peligroso para quedarse.

Sin embargo, mientras caminaba, Jonah se encontró pensando en rutas diferentes. Si salía después de medianoche en lugar de al amanecer, podría pasar por el Almacén Cuatro en su camino. Podría

ver si Eliza encontraba lo que buscaba, y podría asegurarse de que se marchara a salvo antes de desaparecer de Londres para siempre.

Un riesgo inútil. Un retraso estúpido. Aun así, daría el rodeo.

La comprensión no lo sorprendió tanto como debería habérselo hecho. Algo había cambiado en estas dos últimas noches; alguna parte congelada de sí mismo estaba empezando a descongelarse. Fuera cual fuese el peligro que Londres albergaba ahora para él, lo afrontaría durante unas horas más, aunque solo fuera para saber que su último acto en esta ciudad que tanto le había salvado como condenado había servido para algo.

Jonah Quinn, supuesto ladrón, presunto ahogado, ayudaría a una joven trapera a encontrar retales de lana por valor de tres chelines. Luego volvería a desaparecer, llevándose consigo el extraño consuelo de que, por un breve momento, alguien lo había visto tal como era en realidad, y lo había mirado sin juzgarlo.

CAPÍTULO 3



Seis peniques. Eso es lo que Rosie había pagado por los retales de algodón. No era mucho, pero sí lo suficiente para acallar al señor Finch durante un rato. Eliza contó las monedas dos veces antes de entregárselas, observando el rostro de Finch en busca de algún atisbo de piedad.

—Eso deja tres chelines todavía pendientes —dijo Finch, guardándose el dinero en el bolsillo sin anotar nada. Tenía los dedos completamente manchados de tinta.

—Lo sé. —Eliza se irguió. Nada de suplicar. Jamás. Necesito otra semana para el resto.

Finch se rascó la barba e hizo algunos cálculos mentales. No era el peor casero de Spitalfields. No parecía disfrutar echando a la gente a la calle. Solo quería su dinero.

—Una semana —acordó—. Ni un día más. El ayuntamiento me está pisando los talones con estos aumentos de los alquileres.

—Gracias. —Eliza se dio la vuelta para marcharse.

—¿El chico sigue tosiendo? —le gritó Finch mientras se alejaba.

Ella se detuvo, sorprendida de que lo hubiera preguntado. —Sí.

—La señora Finch dice que pruebes con cebollas en agua con azúcar. Funcionó con nuestro hijo pequeño el invierno pasado.

Vaya, aquello era inesperado. Eliza asintió y bajó las escaleras a toda prisa, sin querer que él viera lo cerca que se sentía de romperse.

Afuera, la lluvia empapó su chal en cuestión de minutos. El mes de noviembre en Londres era miserable. Frío, húmedo y gris. Una semana para encontrar tres chelines más. No había forma de que lo lograra recogiendo trapos de manera habitual, especialmente con Harry demasiado enfermo para ayudar. La lana de los muelles los había salvado una vez. Necesitaba más.

En casa, Harry estaba sentado junto a su pequeña hoguera, envolviéndose los pies con trapos para mantenerse caliente.

—¿Ha cogido el señor Finch el dinero? —preguntó, con la voz carrasposa por tanta tos.

—Sí. Tenemos otra semana. —Eliza colgó su chal mojado junto al fuego—. ¿Alguna señal de padre?

Harry negó con la cabeza. Thomas Tate se había marchado furioso hacía tres días tras haber discutido por el préstamo de Lockwood. Por lo general, volvía borracho y arrepentido después de un día o dos, pero esta vez se sentía diferente. Había parecido asustado antes de irse.

—He hecho sopa —dijo Harry, señalando una olla de caldo aguado con peladuras de patata flotando en él—. He encontrado las verduras detrás del mercado.

—Chico listo. —Eliza le revolvió el pelo. No servía de nada mencionar que aquellas «verduras» eran solo sobras que nadie más quería—. Huele bien.

Comieron sin hablar mucho, guardando la mitad para su padre por si acaso. Después de cenar, Harry se durmió rápido. El pobre chiquillo estaba agotado de tanto toser. Eliza se sentó junto al fuego, remendando un agujero en su única otra falda e intentando averiguar qué hacer.

Tres chelines en una semana. Puede que Rosie le adelantara unos peniques por trabajos de costura, pero ni de lejos sería suficiente. Los muelles eran su mejor oportunidad, si conseguía encontrar de nuevo buenos retales de lana.

Si conseguía encontrar de nuevo a Jonah Quinn.

Pensar en el estibador le hacía sentir una mezcla de emociones. Agradecida de que la hubiera ayudado. Recelosa de por qué lo habría hecho. Curiosa por saber por qué un hombre que claramente

quería permanecer invisible se arriesgaría a ayudarla. Sus últimas palabras se le habían quedado grabadas: «Me voy de Londres mañana». ¿Se habría marchado ya? Por alguna razón, aquel pensamiento le inquietaba.

El sueño llegó a trompicones, interrumpido por la tos de Harry y la gran duda de qué haría si Jonah hubiera desaparecido. Por la mañana, ya había tomado una decisión: tenía que encontrarlo primero.

—Tengo que salir —le dijo a Harry después de desayunarse una corteza de pan repartida entre ambos—. ¿Estarás bien solo?

—No soy un bebé. —Harry se apretó más la manta—. ¿A dónde vas?

—De vuelta a los muelles. Los retales de lana dieron buen dinero. Necesitamos más.

Harry la miró a la cara, leyéndola como siempre sabía hacer. —Ten cuidado. Los agentes patrullan por allí.

—Lo tendré. —Ella le arropó mejor con la manta—. Prueba el remedio del señor Finch. Agua de cebolla con azúcar. Para tu tos.

Harry puso una mueca pero asintió. Eliza revisó su pequeña pila de carbón, asegurándose de que tuviera suficiente para mantener el fuego encendido, y luego salió a la fría mañana.

La caminata hasta los muelles se le hizo eterna. Eliza aprovechó el tiempo para ensayar lo que diría cuando encontrara a Jonah Quinn. Si es que lo encontraba. Aquel hombre tenía sus propios problemas, eso resultaba evidente por sus breves encuentros. Él no le debía nada. No esperaba nada. Pero algo en sus ojos cuando la ayudó sugería que había en él algo más que un simple hombre haciendo una buena obra.

Los muelles eran enormes y estaban llenos de actividad, incluso con aquel tiempo de perros. Había hombres transportando cajas y barriles por todas partes. Los capataces gritaban órdenes. Los oficinistas revisaban listas. Encontrar a un solo tipo en todo aquel caos parecía imposible.

Eliza se acercó a unos estibadores que almorzaban bajo un toldo. Los hombres la miraron con curiosidad pero sin maldad.

—Disculpen —dijo—. Busco a alguien que trabaja aquí. Jonah Quinn.

Los hombres intercambiaron miradas. Uno negó con la cabeza. Otro siguió comiendo. Solo el mayor de todos, de pelo cano y con la piel como cuero viejo, respondió.

—¿Quinn? Trabaja en la sección de Blackwell, cargando cargamentos de tela sobre todo. —Señaló hacia el este—. Es de los que no se meten con nadie. ¿Qué asunto tienes con él?

—Un asunto familiar —mintió Eliza con la misma naturalidad con la que respiraba—. Su madre me envía.

El anciano se rió. —Dile a su madre que crió a uno de los silenciosos. Cinco años cargando barcos y el hombre no ha dicho ni cincuenta palabras en total.

¿Cinco años? Entonces no se iba a marchar de Londres ayer. ¿Otra mentira, o es que había cambiado de planes?

—¿Dónde podría encontrarlo ahora? —preguntó ella.

—Prueba en el Almacén Seis. Esta mañana ha llegado un cargamento de Miller. El equipo de Quinn se encarga de ello.

Eliza le dio las gracias y caminó hacia los grandes edificios del extremo este del muelle. La lluvia arreciaba, obligando a la mayoría de los trabajadores a ponerse a cubierto. Se cubrió la cabeza con el chal, sabiendo que destacaba como un pulpo en un garaje, siendo mujer en aquel mundo de hombres.

El Almacén Seis se alzaba ante ella, con las puertas de par en par mostrando hombres moviendo carga en su interior. Eliza hizo una pausa en la entrada, buscando los anchos hombros de Jonah y su forma cuidadosa de moverse.

—No puedes estar aquí. —Un capataz con un libro de contabilidad le bloqueó el paso—. Normas del muelle. No se permiten desconocidos.

—Necesito hablar con Jonah Quinn —dijo Eliza, manteniéndose firme—. Una emergencia familiar.

El capataz la miró entornando los ojos. —¿Quinn? No hay visitas durante las horas de trabajo. Termina a las seis. Espere fuera de las puertas como todo el mundo.

—Por favor. Es urgente.

—Siempre es urgente. —El capataz señaló hacia la puerta principal—. A las seis en punto. Ni un minuto antes.

No servía de nada discutir, solo atraería la atención. Eliza asintió y se alejó, pero en lugar de irse, buscó un lugar entre unas cajas desde donde pudiera vigilar el almacén sin ser vista. La lluvia empapó cada prenda que llevaba, haciéndola tiritar. Seis horas de espera, si el capataz había dicho la verdad. Seis horas bajo una lluvia gélida.

Valdría la pena si eso significaba conservar su habitación. Valdría la pena por Harry.

El tiempo pasaba a paso de tortuga. Los trabajadores iban y venían, pero ni rastro de Jonah. Eliza pataleaba para que la sangre circulara, maldiciendo el frío de noviembre que se le calaba hasta los huesos. Al final de la tarde, le castañeteaban los dientes y ya no sentía los dedos.

—Cogerás una enfermedad mortal esperando con este tiempo.

La voz vino de atrás. Eliza se dio la vuelta rápidamente y se encontró con Jonah Quinn a unos pocos pies de distancia, cargando una caja sobre un hombro como si nada.

—Todavía estás aquí —soltó ella.

—Eso parece. —Dejó la caja en el suelo, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie los veía hablando—. ¿Por qué estás aquí?

—Necesito tu ayuda. —Le dolía el orgullo admitirlo, pero estaba desesperada—. Los retales de algodón nos compraron una semana antes de que nos echen, eso es todo. Necesitamos tres chelines para el domingo o perderemos nuestra habitación.

El rostro de Jonah no reveló nada. —Así que has venido buscando más información gratuita.

—Gratuita no. —Eliza sacó dos peniques de su bolsillo, la mitad de lo que les quedaba—. Puedo pagar.

Él miró las monedas y luego el rostro de ella. Algo cambió en su expresión.

—Guarda eso —dijo en voz baja—. No necesito tus peniques.

—No acepto caridad.

—Yo tampoco. Pero tampoco acepto el dinero para el pan de un niño.

Se miraron fijamente, estancados en un punto muerto. Eliza volvió a tiritar; no pudo evitarlo tras horas bajo la lluvia.

—Estás empapada hasta los huesos —dijo Jonah—. Espera aquí.

Desapareció en el almacén antes de que ella pudiera responder. Eliza estuvo a punto de irse; su orgullo le decía que se marchara, el sentido común le decía que se quedara. Ganó el sentido común. El orgullo nunca llenaba los estómagos vacíos.

Unos minutos después, Jonah regresó con un saco de arpillera. —Ponte esto sobre los hombros. No es bonito, pero está seco.

Eliza dudó, pero luego lo cogió. El tosco saco olía a granos de café, pero la protegía de la lluvia.

—Gracias. —Se lo envolvió alrededor de los hombros—. ¿Significa esto que nos ayudarás?

—Significa que no quiero que tu muerte por neumonía pese sobre mi conciencia. —Jonah consultó el cielo y luego la llevó más hacia el interior del refugio que formaban las cajas—. Me queda una hora de turno. Di lo que has venido a decir.

—Ya te lo he dicho. Necesitamos dinero para el alquiler. Los retales de lana ayudaron una vez. Necesito saber dónde encontrar más.

—Y yo te dije que me iba de Londres. —Su rostro se ensombreció —. Los planes han cambiado, pero el peligro no. Alguien está haciendo preguntas sobre mí y que me vean contigo duplica ese riesgo.

—Y sin embargo, aquí estás —señaló Eliza—. Hablando conmigo de todos modos.

Aquellas palabras quedaron flotando en el aire. Jonah desvió la mirada primero.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó.

—Información. Tú sabes qué barcos traen lana. Qué almacenes tiran los retales buenos. Dímelo y yo haré el resto.

—No es tan sencillo. La seguridad de los muelles está más estricta tras unos robos recientes. Más vigilantes, más patrullas. —Jonah bajó la voz—. Piensan que alguien de dentro está ayudando a

los ladrones. Por eso están comprobando los antecedentes de los trabajadores.

—Entonces necesitamos un trato diferente. —Eliza pensó rápido —. Tú no puedes arriesgarte a que lo vean ayudándome a llevarme cosas de los muelles. ¿Pero y si yo te traigo algo a cambio?

Él enarcó un poco una ceja. —¿Qué podría traerme tú a mí?

—Comida. —La única cosa que tenían que podría valer algo—. Comida de verdad, no la bazofia que venden en las cantinas del muelle. Tres veces por semana te traeré una comida caliente. A cambio, tú me dices qué barcos traen carga valiosa, cuándo descargan, dónde tiran los retales buenos.

—Apenas puedes alimentarte y alimentar a tu hermano.

—Me las apaño. —Eliza levantó la barbilla—. ¿Tenemos un trato?

Jonah estudió su rostro como si tratara de descifrar algo. Su mirada le daba ganas de apartar la vista, pero no lo hizo.

—Dos condiciones —dijo finalmente—. Primero, nunca dirás a nadie nuestro acuerdo. Segundo, trae la comida solo a mi cobertizo, después de anochecer, no a los muelles donde la gente pueda vernos juntos.

—¿Tu cobertizo?

—Donde duermo a veces. Es más seguro que mi pensión cuando necesito privacidad.

El hecho de que confiara lo suficiente en ella como para decirle dónde dormía no se le escapó a Eliza. La confianza era difícil de conseguir en Londres.

—Trato hecho. —Le tendió la mano para hacerlo oficial.

Jonah vaciló antes de estrecharla. Su palma se sentía áspera contra la de ella, endurecida por años de trabajo. Solo se tocaron un segundo, pero dejó un calor que se extendió por su brazo.

—Muelle este —dijo él, soltándole la mano—. Un barco mercante, el *Valiant*, llega el jueves. Lana escocesa para sastres de Kensington. Material de primera con montones de retales sobrantes. La inspección se hace el viernes por la mañana. Los retales van al montón de desechos detrás del Almacén Cuatro para el mediodía. Ten cuidado con los inspectores de aduanas, comprueban los papeles entre cargamentos.

Eliza memorizó cada palabra. —Llegada el jueves. Eliminación de desechos el viernes. Almacén Cuatro.

—El cobertizo está en el extremo sur de Blackwell Yard. Es un edificio pequeño y aislado, junto a la tonelería. Ven el lunes al anochecer. Dejaré el candado abierto.

—Allí estaré. —Eliza le devolvió el saco de arpillera—. Gracias.

Jonah lo cogió, con el rostro totalmente inexpresivo. —No me des las gracias todavía. Este acuerdo conlleva riesgos para ambos.

—El riesgo no es nada nuevo. —Ella se apretó el chal húmedo contra el cuerpo—. No en Spitalfields.

—No. Supongo que no. —Él echó una ojeada hacia el almacén—. Tengo que terminar mi turno. Ve a casa y sécate. Tu hermano te necesita viva.

La mención de Harry le recordó a Eliza cuánto tiempo había pasado. —Sí. Por supuesto.

Se dio la vuelta para marcharse, pero se detuvo. —¿Por qué mentiste sobre lo de irte de Londres?

Jonah se quedó muy quieto. —¿Por qué mentiste tú al ofrecerte a pagar por información cuando necesitas esos peniques para comer?

La pregunta la pilló desprevenida. Podría negarlo, ¿pero qué sentido tenía? Ambos sabían lo que costaba sobrevivir.

—Orgullo —admitió ella—. ¿Y tú?

—Precaución. —Sus ojos se encontraron con los de ella—. Todos protegemos lo que importa, Eliza Tate.

Oírle pronunciar su nombre le provocó una sensación extraña en el pecho, como si la reconocieran como una persona real en una ciudad que veía a la mayoría de la gente simplemente como problemas.

—El lunes al anochecer —confirmó ella—. Traeré estofado.

Por apenas un segundo, algo parecido a una sonrisa asomó a sus labios. —Hasta entonces.

Eliza abandonó los muelles sintiéndose algo más ligera, a pesar de la ropa mojada y el frío calándole los huesos. Lo había encontrado. Había cerrado un trato. Había hallado una forma de conseguir el dinero que necesitaban. El coste, tres comidas a la

semana que apenas podían permitirse, parecía valer la pena comparado con perder su habitación.

El camino a casa la llevó por calles que empezaban a bullir al caer la tarde. Los obreros regresaban a casa desde las fábricas, los vendedores pregonaban lo último que les quedaba de género y las tabernas se llenaban de gente que buscaba calor y bebida. Eliza evitó Brick Lane, tomando calles más tranquilas por las que los agentes no solían patrullar.

Al pasar por un callejón cerca de Whitechapel Road, oyó gritos. Un niño de unos doce años salió corriendo del estrecho pasaje con un agente persiguiéndolo. El chico aferraba una pequeña cesta de manzanas, obviamente robada de un puesto cercano.

—¡Alto! ¡Al ladrón! —El agente hizo sonar su silbato—. ¡Detente en nombre de la ley!

El niño corrió directamente hacia Eliza con el terror pintado en la cara. Detrás de él, el agente le estaba dando alcance con la porra ya desenfundada. Eliza lo reconoció. Era Burke, famoso por romperles los dedos a los niños que pillaba robando en lugar de molestarse en arrestarlos.

Tomando una decisión en una fracción de segundo, Eliza dio un paso adelante justo cuando el niño pasaba, poniéndole la zancadilla deliberadamente. Ambos cayeron al suelo y las manzanas se desparramaron por la calle embarrada. Ella agarró el brazo del chico como si lo estuviera reteniendo.

—¡Mocoso asqueroso! —gritó para que el agente la oyera—. ¡Mira por dónde corres!

Burke llegó resoplando. —Apártate, muchacha. Ese chico es un ladrón.

Eliza mantuvo sujeto al niño, que forcejeaba. —¿Este chico? Me ha atropellado mientras huía de alguien, pero no es ningún ladrón. Es mi hermano Tommy, que es corto de entendederas. Madre nos ha mandado a por pan.

—Ha robado manzanas del puesto de Cowell —insistió Burke—. Lo he visto con mis propios ojos.

—¿Manzanas? —Eliza miró la fruta esparcida por el suelo—. No podemos permitirnos manzanas. Debe de ser a otro a quien

persigue. Este es Tommy. Dile al buen agente tu nombre, Tommy.

El niño la miró, confuso pero esperanzado.

—T-Tommy —tartamudeó—. Perdón por correr, hermana.

Burke entornó los ojos con sospecha. —No se parece nada a ti.

—Son padres distintos —dijo Eliza sin vacilar—. El mío era irlandés. El suyo era del norte.

La explicación hizo que Burke dudara. Por aquí, nadie hacía demasiadas preguntas sobre quién era el padre de quién. Miró las manzanas y luego hacia el fondo de la calle, por donde el verdadero ladrón podría haber escapado mientras él se demoraba.

—Si me entero de que mientes —amenazó—, me quedaré con tu cara.

—Igual que yo me quedaré con la suya —respondió Eliza, con el toque justo de humildad para evitar que la tacharan de insolente—. Dios bendiga su labor manteniéndonos a salvo, agente.

Los halagos funcionaron. Burke se cuadró, complacido por sentirse importante.

—Vigila mejor a ese hermano tuyo —dijo—. Las calles no son seguras al anochecer.

—Sí, señor. Gracias, señor. —Eliza tiró del brazo del chico—. Vamos, Tommy. Madre nos espera.

Se alejaron de allí rápido pero sin correr, lo cual resultaría sospechoso. Solo cuando torcieron por una calle más tranquila, Eliza soltó el brazo del muchacho.

—Ya estás a salvo —dijo—. Se ha ido.

El chico la miró con ojos como platos. —¿Por qué me has ayudado?

—Burke rompe los dedos a los ladrones. Es demasiado castigo por unas manzanas.

—No eran para comer —admitió el chico—. Eran para vender. Tres por un penique en Petticoat Lane.

Eliza asintió, comprendiéndolo perfectamente. —¿Cómo te llamas de verdad? Supongo que no eres Tommy.

—Ben. Algunos me llaman Ben-un-Penique porque sé hacer rendir un penique más que nadie. —El orgullo asomó a su voz a pesar de sus harapos—. Tú eres la trapera. La de Fern Street.

Aquello la sorprendió. —¿Cómo sabes dónde vivo?

—Sé muchas cosas. —Ben se dio unos golpecitos en la frente—. La información es valiosa. Como saber qué agentes aceptan sobornos y cuáles rompen huesos. O qué traperas ayudan a extraños sin motivo.

Su perspicaz evaluación le recordó a Eliza que los niños de la calle sobrevivían por ser listos, no por ser inocentes. Este tenía la mirada afilada de un chico que se fijaba en todo y la lengua rápida de quien comercia con secretos.

—La información es valiosa —convino ella—. ¿Comercias de forma justa?

Ben se lo pensó. —Depende de lo que quieras saber.

—Necesito averiguar algo sobre un hombre llamado Lockwood. Augustus Lockwood. Dirige hospicios en la zona este.

El nombre transfiguró el rostro de Ben por completo. El miedo reemplazó su confianza y dio un paso atrás.

—Yo no hablo de Lockwood —dijo, ahora susurrando—. Son malos asuntos esos. Muy malos.

—Mi padre le debe dinero —explicó Eliza—. Necesito saber qué pasa cuando la gente no puede pagar.

Ben miró a su alrededor como si pensara que Lockwood pudiera salir de entre las sombras.

—Dicen que ya es dueño de la mitad de los hospicios —dijo en voz baja—. Pero de ahí no viene el dinero. Es por los niños. Los envía al norte, a las fábricas. Lo llama aprendizaje, pero nadie regresa jamás.

Eliza sintió un frío que no tenía nada que ver con su ropa mojada. —¿Vende niños?

—Vender no. Los alquila. —Los ojos de Ben iban de un lado a otro con nerviosismo—. Mira, ya he dicho demasiado. Pregunta a otro por Lockwood. No quiero saber nada de eso.

—Espera. —Eliza sacó de su bolsillo uno de sus preciados peniques—. Por la información. Y por no contarle a nadie que hemos hablado.

Ben cogió la moneda, con cara de asombro. —¿Me estás pagando? ¿Después de que yo robara las manzanas?

—La información tiene un valor. Tú mismo lo has dicho.

El chico se guardó el penique a la velocidad del rayo. —¿Qué más quieres saber?

—Nada por ahora. Pero puede que necesite tus ojos y oídos de nuevo en algún momento. —Eliza le miró la cara flaca—. ¿Tienes donde dormir esta noche?

—Me las apaño. —Las palabras fueron un eco de lo que ella le había dicho a Jonah antes—. En los escalones de la iglesia si llueve mucho. En los portales si no lo hace.

—Si necesitas calor, el panadero de Bell Lane deja sus hornos enfriándose por la noche. La puerta trasera nunca está bien cerrada.

Ben asintió, guardándose el consejo. —Lo recordaré. Y recordaré que me has ayudado. —Se dio la vuelta para irse, pero luego volvió a mirar—. Me llaman Ben-un-Penique, pero mi nombre real es Benjamin Wilkes. Si necesitas información, pregunta por mí en el Bull and Crown. El pinche de allí es primo mío.

—Eliza Tate —se presentó ella a cambio—. Fern Street, como ya sabías.

Ben sonrió. —Puede que me fije en cosas de vez en cuando. Puede que me fije si los hombres de Lockwood vienen a husmear por tu edificio. —Se tocó la gorra en una inesperada muestra de modales—. Buenas tardes, señorita Tate.

Se desvaneció en la oscuridad con la soltura de un niño que sobrevive gracias a pasar desapercibido. Eliza siguió caminando hacia casa y, para cuando llegó a Fern Street, la noche había caído por completo. Subió las escaleras hacia su habitación, ansiosa por ver a Harry a pesar de lo cansada y hambrienta que se sentía. La puerta estaba entreabierta y la luz de un farol se filtraba al pasillo.

—¿Harry? —llamó, abriéndola de golpe.

Lo que vio la dejó helada. Harry estaba sentado en su jergón, con los ojos desorbitados por el miedo. A su lado, su padre yacía inconsciente, con el rostro tan golpeado que apenas lo reconoció y sangre en el pelo. Y de pie junto a ellos dos había un hombre a quien no había visto nunca, que sonreía mostrando un diente de oro que relucía bajo la luz del farol.

—La señorita Tate, supongo. —La voz del hombre sonaba distinguida a pesar de su aspecto rudo—. Soy Silas Grady, en representación del señor Lockwood. Su padre y yo tenemos asuntos que discutir cuando despierte. Sobre su deuda. Que, lamentablemente, ha subido un poco debido a los intereses.

Eliza entró en la habitación, interponiéndose entre Grady y Harry.

—¿Qué le ha hecho? —exigió.

—Solo fomentar el pronto pago. Al señor Lockwood no le gusta esperar a cobrar lo que se le debe. —Grady sacó un papel de su abrigo—. El nuevo total asciende a seis chelines, pagaderos antes de fin de mes. Más un chelín de penalización por el retraso de esta semana.

—¿Siete chelines? —Eliza no pudo ocultar su asombro—. Eso es un robo.

—Eso son negocios. —La sonrisa de Grady nunca llegaba a sus ojos—. El señor Lockwood comprende que su situación es... difícil. Ofrece una alternativa.

—¿Qué alternativa?

—El chico podría saldar parte de la deuda trabajando. Siempre se necesitan niños sanos en los hospicios. Tras un año o dos de servicio, la consideraríamos liquidada.

Harry emitió un sonido asustado a sus espaldas. Eliza estiró el brazo hacia atrás para apretarle la mano sin apartar la vista de Grady.

—Mi hermano se queda conmigo —dijo con firmeza—. Pagaremos los siete chelines.

—Siete para fin de mes —confirmó Grady—. En su totalidad. Nada de pagos parciales. —Se dirigió hacia la puerta—. Dele recuerdos a su padre cuando despierte. Recuérdele que la próxima vez, romper huesos sale más caro.

Después de que se fuera, Eliza cerró la puerta con llave y arrastró la única silla que tenían contra ella por si acaso. Harry se lanzó a sus brazos, llorando sobre su vestido aún húmedo.

—Pensé que me llevaría —sollozó el niño—. Dijo que el hospicio necesitaba chicos fuertes.

—Nadie te llevará a ninguna parte. —Eliza lo abrazó con fuerza, intentando imaginar cómo conseguirían jamás siete chelines—. Te lo prometo. Encontraremos la forma.

Harry se apartó, secándose los ojos. —Padre llegó a casa justo antes de que ese hombre apareciera. Ya estaba herido. Dijo que intentó ganar dinero a las cartas para pagar nuestra deuda, pero en lugar de eso perdió. Entonces ese hombre lo tiró al suelo y dijo que era una advertencia.

Eliza contempló el rostro magullado de Thomas Tate. La sangre se había secado alrededor de su nariz y boca, y tenía un ojo hinchado y cerrado. ¿Cómo iba a pagar nada ahora? No podía trabajar así, y siete chelines bien podrían ser siete libras para todo lo que ellos eran capaces de reunir.

—Ayúdame a subirlo a su jergón —le dijo a Harry.

Juntos movieron a Thomas, que gimió pero no llegó a despertar. Eliza le limpió las heridas con agua de su cubo, fijándose en el labio partido y el corte sobre el ojo que le dejaría otra cicatriz. Cuando terminó de hacer lo que pudo, lo cubrió con su única manta.

—¿Se va a morir? —susurró Harry.

—No. —Eliza sonó más segura de lo que se sentía—. Nuestro padre es duro. Ha sobrevivido a cosas peores que esta.

Se tomaron el resto de la sopa de patatas de Harry sin hablar, ambos demasiado cansados para las palabras. Harry se quedó dormido acurrucado a su lado, caliente a pesar de lo fría que estaba la habitación. Eliza permaneció despierta mucho después, mirando al techo y replanteándose sus planes.

Siete chelines. Imposible solo con la recogida de trapos.

Imposible incluso con la información de Jonah sobre los cargamentos de lana.

El cobertizo. El lunes al anochecer. Seguiría yendo, pero ahora necesitaba algo más que información. Necesitaba un milagro, o al menos un plan que le proporcionara siete chelines en las próximas dos semanas.

CAPÍTULO 4



Jonah cargó otro saco de grano sobre su hombro mientras sus músculos ardían en una protesta silenciosa. El peso en sí no era nada; había cargado cosas más pesadas, pero este era ya el cuadragésimo tercer saco en dos horas. El constante agacharse, levantar y cargar había transformado su cuerpo en un único y uniforme dolor.

—¡Quinn! ¡Ponle ganas! —bramó el capataz Wallace desde su puesto cerca de la pasarela. Aquel hombre no levantaba nada más pesado que una jarra de cerveza en estos días, pero poseía una habilidad extraordinaria para detectar a cualquier trabajador que se detuviera aunque fuera un segundo.

—Sí, señor —masculló Jonah, acelerando el paso por los tablones de madera.

La mañana había amanecido gris y húmeda, un tiempo típico de Londres que parecía decidido a ir a juego con su estado de ánimo. La niebla se aferraba al Támesis como el sudario de un doliente, ocultando la orilla opuesta y amortiguando la constante cacofonía de los muelles. Las gaviotas sobrevolaban la zona, y sus graznidos estridentes cortaban los rítmicos gruñidos y maldiciones de los estibadores.

Jonah depositó el saco en la creciente pila dentro del almacén y se secó el sudor de la frente con el antebrazo. Cinco años de este trabajo habían endurecido su cuerpo y convertido sus manos en

cuero, pero nunca llegaba a ser más fácil. No, realmente. El trabajo se convertía simplemente en una miseria familiar.

—¡Eh, Quinn! —llamó Roy, un hombre de pecho ancho y rostro perpetuamente rubicundo—. ¿Te has enterado de las noticias?

Jonah negó con la cabeza, dirigiéndose ya de vuelta al barco a por otra carga. Roy se puso a caminar a su lado.

—Su Señoría nos honra hoy con su presencia. —La voz de Roy chorreaba sarcasmo—. El mismísimo y maldito Augustus Lockwood viene a inspeccionar su último cargamento.

El nombre detuvo a Jonah a mitad de camino. —¿Lockwood? ¿Aquí? ¿Hoy?

—Eso es lo que he oído. McManus, el de la aduana, dice que están sacando la alfombra roja. —Roy escupió al suelo—. Me imagino que el cabrón quiere asegurarse de que ninguna de nuestras pobres almas le esté sisando su preciada carga.

La mente de Jonah trabajaba a toda prisa. Había divisado a Lockwood hacía apenas unos días, pero el hombre no lo había visto, no había reconocido al aprendiz de tonelero al que había destruido cinco años atrás en aquel estibador curtido en el que Jonah se había convertido. ¿Pero un encuentro cercano? Ese era un riesgo que no podía permitirse.

—¿Cuándo? —preguntó Jonah, con la voz cuidadosamente controlada.

—Por la tarde, dicen. Un hombre tan importante no madruga con la gente trabajadora, ¿verdad? —Roy soltó una risita, ajeno a la tensión de Jonah—. Más vale que parezcas ocupado, de todos modos. Estarán vigilando con lupa hoy.

Jonah asintió y se obligó a volver al trabajo, aunque sus pensamientos estaban de repente muy lejos de los sacos de grano. Había planeado irse de Londres de todos modos; esto simplemente aceleraba las cosas. Podría cobrar su paga a mediodía, recoger sus escasas pertenencias y estar de camino antes de que Lockwood llegara.

Pero entonces el rostro de Eliza Tate cruzó su mente. Le había prometido información sobre cargamentos valiosos, una forma de

ganar algo más que la miseria que obtenía recogiendo sobras. Si desaparecía ahora...

Maldijo entre dientes. ¿Por qué iba a importarle? No era más que otra alma desesperada del East End, nada distinta de los cientos con los que se topaba a diario. Los problemas de ella no eran suyos.

Sin embargo, no lograba convencerse del todo de ello.

Jonah trabajó durante toda la mañana y, al mediodía, la bodega del barco estaba casi vacía y el capataz Wallace anunció el descanso. Los hombres se dirigieron arrastrando los pies hacia la zona improvisada de comedor, una colección de cajas y barriles donde podían sentarse a comer lo que hubieran traído.

Jonah acababa de acomodarse en un barril volcado y empezaba a desenvolver el trozo de pan que había comprado antes cuando un alboroto en la entrada del muelle llamó su atención. Dos hombres bien vestidos caminaban hacia la oficina de aduanas, rodeados de un pequeño séquito. Incluso desde esa distancia, Jonah reconoció el porte imperioso de la figura más alta.

—¿Ya están aquí? —masculló.

—Parece que Su Majestad no podía esperar —observó Roy, dejándose caer a su lado—. Y mira quién viene con él, el maldito Silas Grady.

Los ojos de Jonah se desplazaron hacia la segunda figura. Era más bajo que Lockwood, pero se movía con una gracia depredadora que le produjo un escalofrío. Silas Grady: el matón y cobrador de deudas de Lockwood. El hombre cuyo trabajo consistía en conocer rostros, en dar caza a quienes intentaran engañar a su patrón.

A diferencia de Lockwood, que podría no reconocer de inmediato al chico al que había perjudicado en el hombre en que se había convertido Jonah, Grady representaba una amenaza totalmente distinta. Aquel hombre se encargaba de recordar cada cara.

—Tengo que irme —dijo Jonah bruscamente, envolviendo de nuevo el pan en su paño.

Roy enarcó una ceja. —El descanso apenas ha empezado. ¿Adónde vas?

—Tengo algo que solucionar —respondió Jonah vagamente, poniéndose ya de pie—. ¿Me cubres ante Wallace si pregunta?

Sin esperar respuesta, Jonah se dio la vuelta y caminó con aire despreocupado hacia la parte trasera del almacén. Una vez fuera de la vista de los demás trabajadores, aceleró el paso, zigzagueando entre pilas de cajas hacia la salida lateral. Necesitaba haberse ido antes de que...

—¡Tú! ¡Estibador!

Jonah se quedó helado al oír la voz cortante a sus espaldas. Lentamente, se dio la vuelta, manteniendo la cabeza ligeramente agachada y la gorra calada sobre los ojos.

Silas Grady estaba de pie a unos cinco metros, con una mano apoyada con naturalidad en el bastón que llevaba; un bastón que Jonah sabía que ocultaba una hoja fina y afilada. Los años habían añadido algunas líneas alrededor de los ojos de Grady, pero por lo demás se veía casi igual, con su abrigo costoso, sus botas relucientes y esa mueca perpetua que sugería que el sufrimiento del mundo le resultaba divertido.

—¿Sí, señor? —Jonah puso la voz más grave de lo normal, más áspera.

Grady se acercó, ladeando un poco la cabeza mientras estudiaba a Jonah. —Se supone que no deberías estar aquí detrás durante la inspección. Todos los trabajadores deben estar en la zona de descanso designada.

—Lo siento, señor. Solo necesitaba recoger algo que se me había olvidado.

Grady se acercó aún más, entrecerrando los ojos. —¿Nos conocemos? Tu cara me resulta familiar.

El pulso de Jonah tronaba en sus oídos. —No lo creo, señor. Llevo cinco años trabajando en los muelles.

—Cinco años... —meditó Grady, sin dejar de mirarlo con una intensidad incómoda—. ¿Cómo te llamas?

—Quinn, señor. Jonah Quinn.

Algo cruzó el rostro de Grady: escepticismo, tal vez, o el primer destello de reconocimiento. Justo cuando Jonah calculaba si podría llegar a la puerta antes de que Grady pudiera dar la alarma, una voz llamó desde la parte delantera del almacén.

—¡Grady! El señor Lockwood le necesita. Hay un problema con el papeleo de aduanas.

Grady vaciló, visiblemente molesto por la interrupción. Señaló a Jonah con su bastón. —Quédate justo ahí, Quinn. Quiero terminar nuestra charla.

Se dio la vuelta y caminó con paso firme hacia la parte delantera del almacén. En cuanto estuvo fuera de vista, Jonah echó a correr hacia la puerta lateral. Una vez fuera, se metió en el estrecho callejón entre los almacenes, moviéndose rápido pero sin correr, porque correr atraería la atención.

Su mente corría tanto como sus pies. Grady había reconocido algo en él, tal vez no toda la verdad, pero sí lo suficiente como para sospechar. Y un Silas Grady sospechando era tan peligroso como un perro rabioso. Si mencionaba sus dudas a Lockwood, si empezaban a hacer preguntas...

Jonah necesitaba cobrar su paga y desaparecer. Ahora. Hoy mismo. En su habitación de la pensión no había casi nada que valiera la pena llevarse: algo de ropa, un par de botas de repuesto, un cuchillo pequeño y el dinero que había logrado ahorrar. Podría estar en la posada de las diligencias a primera hora de la tarde, y en un carro rumbo al norte al anochecer.

Pero mientras navegaba por el laberinto de callejones que flanqueaban los muelles, otro pensamiento le atormentaba. Eliza Tate. La deuda que su padre tenía con Lockwood. La amenaza sobre su hermano.

—No es tu problema —se dijo a sí mismo mientras salía a una calle más amplia, mezclándose con el flujo de gente—. Ella no es responsabilidad tuya.

Sin embargo, aun diciéndolo, sabía que no era tan sencillo. Aminoró el paso. No iba a irse todavía. No podía.

* * *

Jonah pasó el resto de la tarde en un pub sombrío a dos calles de los muelles, apurando una sola cerveza mientras vigilaba la puerta.

Cada vez que se abría, sus músculos se tensaban, listos para huir si la figura delgada de Grady aparecía en el umbral. El concurrido establecimiento le ofrecía cierto anonimato, pero había elegido una mesa en la esquina con un camino despejado hacia la salida trasera, por si acaso.

Sus dedos tamborileaban contra la superficie de madera rayada mientras sopesaba sus opciones. El capitán del muelle le debía tres días de salario, pero volver a cobrarlo sería una locura ahora que las sospechas de Grady se habían despertado. Mejor darlo por perdido. Sus escasos ahorros tendrían que bastar hasta que pudiera encontrar trabajo en otra parte.

A medida que las sombras de la tarde se alargaban tras las sucias ventanas, se dio cuenta de que necesitaba volver al cobertizo, y pronto. Eliza esperaría encontrarse con él en el cobertizo detrás del almacén cuatro. Su pacto había parecido bastante sencillo ayer. Ahora parecía una complicación terrible.

Abandonando su cerveza a medio terminar, Jonah se escurrió por la puerta trasera del pub y tomó una ruta indirecta hacia los muelles, manteniéndose en las calles secundarias y alerta ante cualquier señal de que lo estuvieran siguiendo. Las primeras estrellas asomaban en el cielo oscurecido cuando llegó al desgastado cobertizo que se había convertido en su lugar de encuentro.

Se apoyó contra la áspera pared de madera, ajustándose el abrigo contra el frío de la tarde. Lo sensato sería marcharse de inmediato, recoger sus cosas y desvanecerse en la noche. Sin embargo, allí estaba, esperando a una muchacha menuda de fieros ojos azules y un hermano al que proteger.

—Idiota —masculló para sí mismo.

El suave roce de unos pasos le hizo enderezarse. Jonah se fundió más profundamente en las sombras, observando cómo una figura ligera se acercaba al cobertizo, cargando algo envuelto en tela. Incluso en la penumbra, reconoció el paso decidido de Eliza.

—De verdad estás aquí —dijo ella al divisarlo, con el alivio evidente en la voz—. No estaba segura de que vendrías.

—Dije que vendría —respondió él, dando un paso al frente.

—Los hombres dicen muchas cosas. —Ella le entregó el fardo—. No es mucho, solo pan y queso y un poco de pastel de carne frío. Probablemente no sea a lo que estás acostumbrado.

Jonah desenvolvió la tela para encontrar la comida prometida, aún tibia por haberla llevado pegada al cuerpo. Era comida sencilla, pero fresca y sin duda preparada con esmero. Su estómago rugió en respuesta.

—Es más que suficiente —dijo con sinceridad, volviendo a envolverla—. Gracias.

—¿Y bien? —Eliza se cruzó de brazos, con expresión expectante —. Te toca. ¿Qué puedes decirme sobre cargamentos valiosos? ¿Dónde debería mirar? ¿Cuál es el mejor momento?

Jonah estudió su rostro en la creciente oscuridad y el gesto decidido de su barbilla, la esperanza en sus ojos que intentaba ocultar tras su sentido práctico. El peso de lo que estaba a punto de hacer se le instaló en el pecho.

—Lo siento, Eliza. No puedo seguir adelante con nuestro acuerdo.

El rostro de ella se endureció de inmediato. —¿Qué? Pero si te he traído comida... ¡teníamos un trato!

—Lo sé —dijo él, levantando una mano—. Y no estoy intentando engañarte. —Metió la mano en el bolsillo y sacó varias monedas, ofreciéndoselas—. Ten. Esto cubrirá la medicina de tu hermano durante al menos un mes. Cógela.

Eliza miró el dinero ofrecido; la sospecha reemplazó al enfado. —¿Por qué me das esto? ¿Cuál es el truco?

—No hay truco. Es solo que... —Le costó encontrar las palabras adecuadas—. Lockwood ha tenido hombres en los muelles hoy. Están aumentando la seguridad. No es seguro que andes merodeando por los almacenes.

—Sé cuidarme sola —insistió ella, aunque sus ojos no dejaban de desviarse hacia las monedas en la mano de él.

—No contra hombres como Lockwood y sus matones —dijo Jonah, bajando la voz—. No entiendes lo peligrosos que son. Hasta dónde son capaces de llegar.

Algo en su tono debió de calar en ella, porque su actitud desafiante vaciló. —No acepto caridad.

—No es caridad. Considéralo el pago por la comida. —Le cogió la mano y presionó las monedas en su palma, cerrando los dedos de ella sobre el dinero—. Y por tu silencio sobre nuestros encuentros aquí.

Eliza miró el dinero que tenía en la mano y luego volvió a mirarle a él. —Esto vale mucho más que unas cuantas comidas.

—Entonces te estoy pagando de más. Que así sea.

Ella negó con la cabeza lentamente. —Eres extraño, Jonah Quinn. —Se guardó el dinero de todos modos—. Pero no voy a fingir que esto no ayuda.

El alivio lo inundó, pero sabía que este dinero por sí solo no resolvería sus problemas.

—Escucha —dijo él—, conozco a alguien en el cementerio de St. Anne. Martha Hughes. Se encarga de arreglos, ropa, sábanas, ese tipo de cosas.

—¿Arreglos? —Eliza enarcó las cejas—. Sé coser.

—Siempre se queja de que tiene más trabajo que manos. Además, paga salarios justos. Dile que vas de mi parte.

—¿Conoces a una costurera? —El escepticismo tiñó su voz—. ¿Cómo?

—Me arregló el abrigo el invierno pasado —dijo él, lo cual era bastante cierto, aunque omitió que Martha también le había curado la herida de cuchillo en el costado cuando no podía arriesgarse a ir a un médico de verdad—. Es una buena mujer. Es un trabajo respetable.

Los dedos de Eliza tocaron las monedas en su bolsillo, como si se asegurara de que eran reales. —¿Por qué me estás ayudando?

La simple pregunta le pilló desprevenido. ¿Por qué la estaba ayudando? Había pasado años evitando cualquier tipo de vínculo. Así que, ¿por qué la estaba ayudando?

—Quizá no me gusta ver cómo Lockwood destruye más vidas —respondió finalmente—. Coge el dinero. Ve a ver a Martha. Y Eliza... —su voz se volvió seria—. No te cruces con Lockwood. Sea lo que

sea lo que le deba tu padre, no vale lo que ese hombre hará para cobrarlo.

Una sombra cruzó su rostro. —Ha amenazado con llevar a Harry al asilo de pobres si no pagamos.

El familiar acceso de odio hacia Lockwood ardió en el pecho de Jonah. —Con más razón para mantenerte lejos de sus almacenes. Si te pillan robando, no podrás ayudar a tu hermano de ninguna manera.

Eliza permaneció en silencio un largo momento y luego asintió. —Gracias —dijo en voz baja—. Por el dinero. Y por el consejo sobre Martha.

—De nada. —Señaló con la barbilla hacia la carretera principal—. Vete ya. No es seguro que estés fuera después de que anochezca.

Ella vaciló, pareciendo querer decir algo más, pero simplemente asintió de nuevo y se dio la vuelta para marcharse. Jonah la vio desaparecer entre las sombras; su silueta esbelta pronto fue engullida por la oscuridad.

Cuando estuvo seguro de que se había ido, se dejó caer contra la pared del cobertizo, pasándose una mano por la cara. Debería estar a kilómetros de distancia a estas alturas. Grady casi lo había reconocido. Lockwood se estaba interesando personalmente en los muelles. Cada instinto perfeccionado tras cinco años de escondite le gritaba que huyera.

En lugar de eso, estaba haciendo planes para quedarse. Creando vínculos. Poniéndose en riesgo por una chica a la que apenas conocía.

—Maldito idiota —masculló para sí mismo, golpeando ligeramente la cabeza contra la pared de madera—. Mandas la precaución al cuerno por un par de ojos azules y una historia triste.

CAPÍTULO 5



Eliza se apresuró a volver a casa por las calles cada vez más oscuras, apretando el pequeño paquete de papel con las medicinas contra su pecho como si contuviera diamantes en lugar de unos polvos que olían a tiza y sabían aún peor. El boticario le había cobrado cuatro peniques por ello —un auténtico robo a mano armada—, pero ella había pagado sin rechistar. Harry lo necesitaba.

Las monedas de Jonah Quinn todavía le resultaban extrañas en el bolsillo. Solo había gastado lo necesario para la medicina de Harry, y escondería el resto en su rincón especial de la casa. No era caridad, se recordó a sí misma.

Al acercarse a su edificio, aceleró el paso. Cuanto antes le diera la medicina a Harry, antes le bajaría la fiebre. Subió los escalones de dos en dos, ignorando la protesta de sus cansadas piernas.

—Harry, ya estoy aquí —llamó, abriendo la puerta de un empujón —. Traigo tu medicina...

Las palabras se le murieron en la garganta. Harry estaba acurrucado en su fino colchón, con las rodillas pegadas al pecho y el rostro surcado de lágrimas. Sus hombros se sacudían con cada sollozo.

Eliza cayó de rodillas a su lado. —¿Qué pasa? ¿Te ha subido la fiebre? —Le puso la palma de la mano en la frente. Estaba caliente, pero no más que antes.

Harry sacudió la cabeza, incapaz de hablar a causa del llanto. En su lugar, señaló hacia la tabla suelta del suelo, en la esquina.

—¿Qué? —A Eliza se le dio un vuelco el corazón—. Harry, ¿qué ha pasado?

Él hipó, frotándose los ojos con brusquedad. —Padre —logró decir.

Bastó esa sola palabra. Eliza se abalanzó hacia la esquina, levantando la tabla suelta con unos dedos que, de repente, sentía entumecidos. La pequeña bolsa de tela debería haber estado allí, metida en el estrecho hueco de debajo; la bolsa que contenía cada penique que había logrado ahorrar durante los últimos tres meses, incluido lo que Jonah le había dado después de pagar la medicina de Harry.

Pero el hueco estaba vacío.

—No —susurró, metiendo la mano en el agujero como si sus ahorros pudieran materializarse con solo palpar lo suficiente—. No, no, no.

Le dio la vuelta a la tabla, con la esperanza irracional de que la bolsa se hubiera quedado pegada de algún modo a la parte inferior. Nada.

—¿Cuándo? —preguntó, volviéndose hacia Harry—. ¿Cuándo ha vuelto a casa?

—Como una hora después de que te fueras —dijo Harry con voz finita—. Fingí estar dormido. Parecía... estaba buscando algo. Primero miró debajo del colchón, luego en el alféizar de la ventana y después... —Harry señaló con impotencia el escondite ahora vacío.

—¿Cuánto tenías guardado? —preguntó él.

—Casi diez chelines. —Tres meses ahorrando cada penique suelto, pasando hambre para que Harry pudiera comer, remendando ropa a la luz de las velas hasta que le ardían los ojos. Diez chelines que podrían haberlos mantenido a flote durante semanas y que podrían haber usado para pagar parte del préstamo. Desaparecidos.

La puerta se abrió de un golpe y Thomas Tate apareció tambaleándose en el umbral. Tenía la ropa arrugada y el rostro encendido por la bebida. Miró a Eliza entornando los ojos, como si intentara enfocarla.

—Ahí está mi chica —balbuceó, dando un paso inestable hacia el interior de la habitación—. ¿Tienes alguna moneda para tu viejo padre?

Eliza se puso de pie lentamente, sintiendo que algo ardiente y peligroso se agitaba en su pecho. —¿Dónde está?

Thomas parpadeó. —¿Dónde está el qué?

—Mi dinero. Los ahorros que has robado.

Tuvo la decencia de apartar la mirada, pero su vergüenza no duró mucho. Su expresión se endureció. —No ha sido un robo. Uno no puede robar en su propia casa.

—¡Ese dinero era nuestro! —La voz de Eliza subió de tono bruscamente—. Era para la medicina de Harry, para el alquiler...

—Y voy a duplicarlo —la interrumpió Thomas, con una sonrisa astuta que se extendía por su rostro—. Me han dado un soplo muy bueno en las mesas de cartas. Mañana a estas horas tendremos el doble. —Se dio unos golpecitos en la sien—. Ha sido una idea brillante.

—¿Brillante? —Eliza no podía creer lo que estaba oyendo—. ¿Crees que apostar nuestros últimos chelines es brillante? ¿El mismo juego que nos ha dejado en deuda con Lockwood?

Harry tosió desde su rincón, un sonido áspero y húmedo que pareció llenar la diminuta estancia. Thomas lo miró de reojo y luego apartó la vista rápidamente.

—Tú no entiendes de oportunidades de negocio —murmuró él—. La mente de una mujer no llega a tanto.

—No, lo entiendo perfectamente —dijo Eliza, acercándose un paso—. ¡Entiendo que mientras yo me he estado dejando la piel trabajando para que no nos falte comida ni techo, tú te has estado bebiendo lo poco que ganas y ahora robas lo que no es tuyo!

Thomas se irguió, tambaleándose ligeramente. —Cuidado con cómo me hablas, muchacha. Sigo siendo tu padre.

—¿Ah, sí? —Las palabras salieron antes de que Eliza pudiera detenerlas—. Porque los padres protegen a sus hijos. Los mantienen. ¡No se gastan en el juego el dinero de las medicinas mientras su hijo se muere de tos!

Harry emitió un pequeño quejido de angustia desde su rincón.

—¿Crees que no me importa? —El rostro de Thomas se contrajo —. ¿Crees que me gusta verlo enfermo? ¡Estoy intentando mejorar las cosas!

—¿Robando? ¿Apostando? ¿Bebiendo hasta que no puedes ni mantenerte en pie? —A Eliza se le quebró la voz—. Madre se avergonzaría de en qué te has convertido.

Thomas retrocedió como si ella le hubiera dado una bofetada. Por un momento, pareció estar sobrio de verdad, presente y totalmente destrozado.

—¿Crees que no lo sé? —susurró. Se le descompuso el gesto y la arrogancia se esfumó—. ¿Crees que no veo su cara cada vez que cierro los ojos? —Las piernas parecieron fallarle y se deslizó por la pared hasta quedarse sentado pesadamente en el suelo—. Ella era todo lo bueno que había en mí.

Eliza permaneció inmóvil, desprevenida ante aquella repentina vulnerabilidad.

—Todas las noches sueño que sigue aquí —continuó Thomas, con la voz apenas audible—. Y cada mañana me despierto y ya no está, y solo quedo yo. Solo yo, y no soy suficiente. Nunca he sido suficiente sin ella.

Las lágrimas resbalaban ahora por sus mejillas sin afeitar, trazando surcos pálidos entre la mugre. Sus hombros empezaron a sacudirse.

—Se lo prometiste —dijo Eliza, con la voz cargada de emoción—. Antes de morir, le prometiste que cuidarías de nosotros.

Thomas se cubrió la cara con unas manos temblorosas. —Lo sé —sollozó—. Dios me ayude, lo sé.

Harry se arrastró desde su colchón, arrastrando la manta con él. Se acercó a su padre con cautela y luego se acomodó a su lado, apoyándose en el hombro de Thomas.

—Yo también la echo de menos —susurró Harry.

El brazo de Thomas rodeó al niño automáticamente, estrechándolo contra él. Por un instante, parecieron lo que deberían ser: padre e hijo, unidos en el dolor, encontrando consuelo el uno en el otro.

Eliza los observó, con la rabia luchando contra una punzada profunda y amarga. Quería aferrarse a su ira; era más nítida, más segura que esa pena tan complicada. Pero al ver a su padre derrumbado, vislumbró al hombre que una vez fue: el padre que la había llevado a hombros por los parques de Londres, que le había enseñado a Harry a silbar, que miraba a su madre como si ella fuera la luz de su vida.

Cruzó la habitación y se agachó ante él. —El dinero —dijo, no sin cierta amabilidad—. ¿Te lo has gastado todo?

Thomas sacudió la cabeza, sin mirarla a los ojos. Con dedos temblorosos, rebuscó en el bolsillo de su chaqueta y sacó una bolsa arrugada: su bolsa. Se la tendió.

Eliza la abrió, sin atreverse apenas a tener esperanza. Dentro había tal vez un tercio de lo que debería haber habido. El resto, supuso ella, ya se habría ido en bebida o cartas.

—Iba a recuperarlo —susurró Thomas—. Lo juro. Iba a volver a casa como un héroe.

Eliza cerró la bolsa, apretando los dedos alrededor de los patéticos restos de su red de seguridad. No era suficiente; ni para el alquiler, ni para la comida del mes, y mucho menos para mantener a raya a los hombres de Lockwood.

—No podemos seguir así —dijo en voz baja—. Harry necesita estabilidad. Necesita medicinas. Necesita...

—Un padre mejor —concluyó Thomas, con voz hueca.

Eliza no le contradijo. —Necesita al padre que solías ser —dijo en su lugar—. El que le leía cuentos y le enseñaba a atarse las botas.

Thomas bajó la mirada hacia Harry, que se había quedado dormido contra él, con la respiración fatigosa pero el rostro tranquilo. Con una ternura que Eliza no había visto en años, Thomas le apartó el pelo de la frente a su hijo.

—No sé si ese hombre sigue existiendo —admitió.

—Existe —dijo Eliza, sorprendiéndose a sí misma por la seguridad de su voz—. Está ahí mismo, debajo de toda esa bebida y autocompasión. La cuestión es si quieres encontrarlo con las fuerzas necesarias.

Eliza se despertó antes del amanecer, con el cuello rígido por otra noche en el suelo duro. Le había cedido su fino colchón a Harry, con la esperanza de que eso le ayudara a mitigar la tos. La medicina le había servido de algo, la fiebre le había bajado durante la noche, pero el pecho aún le silbaba con cada respiración.

Se movió sigilosamente por la pequeña estancia, con cuidado de no despertar ni a Harry ni a su padre. Thomas se había quedado dormido finalmente en la esquina, con el rostro relajado y vulnerable bajo la tenue luz. Eliza lo estudió por un momento, buscando rastros del hombre que un día fue. A veces, mientras dormía, casi podía verlo.

La conversación de la noche anterior pesaba en su mente mientras se echaba agua fría en la cara desde su palangana agrietada. Necesitaban dinero, más de lo que ella podía ganar solo con la recogida de trapos. Las monedas que quedaban en su bolsa no durarían mucho, menos con los hombres de Lockwood pisándoles los talones.

Lo que significaba que no tenía otra opción que seguir la sugerencia de Jonah Quinn.

—Martha Hughes —se susurró a sí misma mientras se ponía su vestido más limpio, lo cual no era decir mucho. La tela estaba fina de tanto lavarla y el dobladillo estaba deshilachado a pesar de sus cuidadosos remiendos. Se apartó el pelo de la cara y se lo sujetó con el viejo pasador de carey de su madre, lo único bonito que poseía.

Harry se removió mientras ella recogía su chal. —¿Liza? —masculló, parpadeando hacia ella—. ¿A dónde vas?

—Puede que haya encontrado trabajo —susurró, agachándose a su lado—. Trabajo de verdad, con un sueldo de cada mes.

A él se le iluminaron los ojos. —¿De verdad? ¿Dónde?

—Una sastrería. La mujer que la lleva podría necesitar ayuda —le puso la palma de la mano en la frente. Estaba fresca, menos mal—. Te he dejado pan y queso en la mesa. Asegúrate de beberte todo el té que he preparado, y tómate el resto de tu medicina.

Harry asintió solemnemente. —¿Volverás pronto?

Eliza vaciló. No tenía ni idea de cuánto tiempo le llevaría aquello, ni siquiera de si esa tal Martha Hughes le dedicaría un momento. —

Lo intentaré. Y si padre se despierta... no le digas dónde está el dinero de las medicinas.

El rostro de Harry se ensombreció un poco. —Anoche estaba llorando. Después de que te quedaras dormida.

—Mantén la puerta cerrada con llave —dijo ella, revolviéndole el pelo—. Y no dejes que te arrastre al Cock and Bull si se despierta con sed.

Eliza se ajustó el chal sobre los hombros y se dirigió hacia el este, hacia el barrio que Jonah le había descrito.

Tardó casi una hora en encontrar Chapel Street, a pesar de que se había esmerado en memorizar las indicaciones de Jonah. El barrio no era lujoso, pero sí respetable, con pulcros edificios de ladrillo con aldabas abrillantadas y cortinas de verdad en las ventanas. Eliza se sintió repentinamente cohibida por su ropa gastada y sus manos callosas.

La tienda estaba exactamente donde Jonah le había dicho: un local estrecho con las palabras «HUGHES CONFECCIÓN» pintadas en elegantes letras doradas en el escaparate. A través del cristal, Eliza pudo ver rollos de tela en tonos que rara vez encontraba en el East End: granates intensos, verdes bosque y un azul que le recordaba a los cielos de verano.

Vaciló en el umbral. ¿Y si era un error? ¿Y si Martha Hughes le echaba un vistazo y la rechazaba? ¿Y si...?

La puerta se abrió de golpe, casi golpeando a Eliza en la cara. Una joven con los brazos cargados de paquetes estuvo a punto de chocar con ella.

—¡Oh! ¡Lo siento, cielo! —exclamó la chica, recuperando el equilibrio—. ¡No te había visto!

—Culpa mía —dijo Eliza, dando un paso atrás—. Yo solo...

—¿Ibas a entrar? —La chica empujó la puerta con la cadera para abrirla más—. Pasa, entonces. La señora Hughes se está instalando.

Antes de que Eliza pudiera responder, la chica se había ido, alejándose deprisa por la calle con sus paquetes. Eliza respiró hondo, cuadró los hombros y entró.

La tienda olía a tela fresca, a cera de abejas y a algo floral, lavanda, tal vez. Estaba ordenada pero con mucha actividad, con

mesas de trabajo a lo largo de una pared, estanterías de hilos y artículos de mercería en otra, y rollos de tela dispuestos por colores al fondo. Una pequeña zona de probador ocupaba una esquina, con un espejo de tres caras.

—¿Hola? —llamó Eliza con cautela—. ¿Señora Hughes?

—¡Un momento! —llegó una voz alegre desde la trastienda. Un instante después, apareció una mujer rolliza de unos cuarenta años, secándose las manos en el delantal. Tenía mejillas sonrosadas, ojos castaños cálidos y el pelo canoso recogido pulcramente bajo una cofia de encaje—. Buenos días, querida. ¿En qué puedo ayudarte?

Eliza entrelazó las manos para que no se agitaran nerviosas. —Mi nombre es Eliza Tate. Me han dicho que tal vez esté buscando ayuda. Con la costura, quiero decir.

La señora Hughes ladeó la cabeza, estudiando a Eliza con curiosidad. —¿Quién te ha dicho eso, si no te importa que te lo pregunte?

—Un hombre llamado Jonah. Jonah Quinn. Trabaja en los muelles.

—Así que te ha enviado Jonah, ¿eh? Pues vaya, eso es interesante. No es muy dado a la palabrería, nuestro Jonah.

¿Nuestro Jonah? Eliza se preguntó hasta qué punto lo conocía la costurera.

—Venga, siéntate. —La señora Hughes señaló un taburete cerca de una de las mesas de trabajo—. Veamos qué tal.

Eliza se sentó, intentando no encoger los hombros mientras la mujer mayor daba vueltas a su alrededor, evaluándola. Luchó contra el impulso de justificar su ropa andrajosa o de disculparse por la aspereza de sus manos.

—¿Has cosido antes, Eliza Tate? —preguntó la señora Hughes.

—Sí, señora. Remiendo ropa, la de mi familia y a veces la de otros, por unos pocos peniques. Y solía ayudar a mi madre con su trabajo. Ella servía en una casa elegante y a veces las señoras le daban sus vestidos viejos para que se los arreglara ella misma.

—¿Y te enseñó ella su oficio?

Eliza asintió. —Me enseñó a estrechar costuras, a sacar bajos, a dar la vuelta a los cuellos. También sé hacer bordados básicos,

aunque nada sofisticado.

La señora Hughes emitió un sonido pensativo. —Déjame ver tus manos.

Eliza vaciló antes de mostrárselas, con las palmas hacia arriba. Estaban limpias, se había asegurado de eso antes de salir de casa, pero eran manos de trabajadora, con las puntas de los dedos pinchadas y callosas de años de costura.

Para su sorpresa, las manos de la propia señora Hughes no eran muy diferentes cuando tomó las de Eliza entre las suyas. Las palmas de la mujer mayor eran suaves, pero sus dedos tenían las mismas marcas reveladoras de alguien que había pasado toda una vida con la aguja y el hilo.

—Manos buenas y fuertes —dijo la señora Hughes con aprobación—. Ahora, ¿puedes enseñarme tus puntadas?

Sacó un retal de muselina y una aguja ya enhebrada con seda azul. Eliza lo cogió, agradecida de que no le temblaran mucho las manos. Pasó el hilo por la tela; sus puntadas eran pequeñas y regulares, formando una hilera limpia a lo largo del borde del paño.

La señora Hughes observaba en silencio, con la cabeza ladeada. Cuando Eliza terminó y le devolvió la tela, la mujer examinó la labor de cerca.

—Bueno —dijo finalmente—, tus puntadas son más rectas que las de Norah, y ella lleva dos años conmigo —miró a Eliza y su expresión se suavizó—. Así que necesitas trabajo.

—Sí, señora. Mucho.

—¿Por qué?

Podría mentir, por supuesto. Inventar alguna historia sobre querer prosperar. Pero algo en el rostro amable de la señora Hughes hizo que optara por la sinceridad.

—Mi hermano está enfermo —dijo en voz baja—. Necesita medicinas, comida de verdad. Y nos han subido el alquiler. Mi padre... —se interrumpió, sin saber cómo explicar lo de Thomas sin parecer desleal—. Mi padre lo intenta, pero no ha vuelto a ser el mismo desde que mi madre falleció.

La señora Hughes asintió lentamente, como si aquello confirmara algo que ya sospechaba. —¿Qué edad tienes, Eliza?

—Veinte años, señora.

—Y cargando con el peso de una familia sobre esos hombros tan estrechos —dijo la señora Hughes, más para sí misma que para Eliza. Se enderezó, pareciendo tomar una decisión—. Bueno, da la casualidad de que me hace falta otro par de manos. Mi negocio ha ido creciendo, he aceptado más clientes del teatro y siempre necesitan los trajes con prisas.

La esperanza aleteó en el pecho de Eliza, pero la reprimió. —No sé nada sobre hacer disfraces ni trajes de teatro.

—Ya aprenderás. —La señora Hughes sonrió, y todo su rostro se transformó con ello, arrugándosele el rabillo de los ojos—. Necesito a alguien que sepa coser en línea recta y que no tenga miedo al trabajo duro. Todo lo demás, puedo enseñarlo yo.

Eliza apenas se atrevía a creer lo que oía. —¿Me está ofreciendo un puesto?

—Eso hago. Seis días a la semana, domingos libres. De ocho de la mañana a seis de la tarde, con una hora para la comida. —La señora Hughes mencionó un salario semanal que hizo que los ojos de Eliza se abrieran de par en par; era tres veces lo que podía esperar ganar recogiendo trapos—. Y doy té y pan a mediodía. ¿Te conviene?

—Sí —dijo Eliza, demasiado rápido—. Sí, me convendría muy bien. Gracias, señora Hughes. No se arrepentirá.

—Martha, por favor. Señora Hughes me hace sentir vieja. —La mujer se echó a reír, un sonido cordial que llenó la pequeña tienda —. Y bien, ¿cuándo puedes empezar? Tengo un pedido urgente para el Teatro Real, seis trajes de pastora para el viernes.

—Hoy mismo —dijo Eliza sin vacilar—. Ahora mismo, si usted quiere.

Martha se mostró sorprendida, pero complacida. —Qué ganas tienes, ¿eh? Bueno, no puedo decir que me importe. Ven conmigo, entonces. Deja que te lo enseñe todo bien.

Guió a Eliza por la tienda, explicándole la organización de los hilos y las telas, presentándole a las otras dos chicas que trabajaban allí: Norah, la aprendiz, y Betsy, que se encargaba de los repartos y de los remiendos sencillos.

—Aquí somos como una familia —le dijo Martha cuando regresaron a la mesa principal—. No tolero las malas formas ni los chismes. Trabajamos duro, pero nos cuidamos las unas a las otras. —Miró significativamente a Eliza—. Espero que eso te parezca bien.

—Me parece bien —dijo Eliza sinceramente. Después de años peleando por migajas y guardándose las espaldas, la idea de trabajar en un lugar con reglas y expectativas claras se sentía como un lujo.

Martha asintió, satisfecha. —Bien. Ahora, empecemos con algo sencillo. Hay que terminar estos dobladillos antes del mediodía.

Instaló a Eliza en una mesa de trabajo junto a la ventana, por donde entraba la luz de la mañana, facilitando la visión de las puntadas finas necesarias. El trabajo era directo pero preciso, exactamente el tipo de tarea en la que Eliza destacaba.

Al coger el ritmo de la aguja, Eliza se encontró relajándose solo un poco. La tienda era cálida, la compañía agradable. Norah tarareaba mientras trabajaba al otro lado de la habitación, y Martha se movía entre las mesas, ofreciendo orientación y algún que otro chiste que hacía reír a ambas chicas.

Por primera vez en más tiempo del que podía recordar, Eliza sintió una pequeña chispa de esperanza. Este trabajo no solucionaría la bebida de su padre, la salud de Harry ni la deuda con Lockwood... pero era un comienzo. Un comienzo de verdad.

—Eres rápida —observó Martha, deteniéndose a su lado una hora más tarde—. Y pulcra. Creo que te irá muy bien aquí, Eliza Tate.

—Gracias por darme una oportunidad —dijo Eliza, sintiendo cada palabra.

Martha le dio una palmadita en el hombro. —Dale las gracias a Jonah Quinn. Él no recomienda a la gente a la ligera. —Vaciló y luego añadió en voz más baja— Es un buen hombre, sean cuales sean sus secretos.

Antes de que Eliza pudiera preguntar qué quería decir con eso, Martha siguió adelante, llamando a Norah por un patrón que faltaba. Eliza volvió a su trabajo, con los pensamientos a mil por hora. ¿Qué sabía Martha sobre Jonah que ella ignorara? ¿Y por qué se había desvivido por ayudarla?

Esas eran preguntas para otro momento. Por ahora, tenía trabajo que hacer. Un trabajo de verdad, con una paga de verdad. Y por primera vez en meses, Eliza se permitió imaginar un futuro en el que Harry pudiera tener medicinas con regularidad, en el que tuvieran suficiente para comer, en el que incluso pudieran encontrar una habitación mejor, lejos de las corrientes de aire que hacían empeorar la tos de su hermano.

No lo era todo, pero era algo. Y el tener algo, como Eliza había aprendido hacía mucho tiempo, era un comienzo.

CAPÍTULO 6



Jonah pegó la espalda contra el muro de ladrillo húmedo del callejón, con el amargo sabor del miedo impregnándole la lengua. Llevaba casi una hora vigilando los muelles y tenía los músculos entumecidos por mantener la misma postura. Todo lo que había construido durante cinco años se desmoronaba ahora bajo sus pies por haber vacilado demasiado tiempo.

Por culpa de una chica. Se bajó la gorra, manteniéndose entre las sombras mientras los estibadores pasaban fatigados por su lado, ajenos a su presencia. La bruma vespertina que subía desde el Támesis le proporcionaba una cobertura adicional, pero de nada serviría si Silas ya lo había reconocido.

Aquel momento en el almacén se repetía una y otra vez en su mente. La forma en que Silas había entrecerrado los ojos, ladeando un poco la cabeza como si intentara ubicar un rostro recordado a medias.

Jonah había salido huyendo entonces, a pesar de que Silas le ordenó que esperara. A estas alturas, Silas habría tenido tiempo de recordar exactamente quién era: el aprendiz que debería haber sido deportado, que debería haber muerto en la corriente del Támesis hace cinco años.

Una gaviota chilló sobre su cabeza, haciéndole sobresaltar. ¿Quedarse o huir? La opción sensata era obvia. Tenía suficientes ahorros para empezar de nuevo en algún lugar, en Liverpool, tal vez,

o incluso en Bristol. En algún sitio donde el alcance de Lockwood no llegara.

Pero algo, alguien, lo mantenía anclado a las inmundas calles de Londres.

Un movimiento cerca de la oficina de aduanas le llamó la atención. Silas Grady, con un aspecto demasiado pulcro para los mugrientos muelles, conversaba animadamente con uno de los oficiales de aduanas. Jonah reconoció a Peterson, un hombre conocido por aceptar sobornos a cambio de mirar hacia otro lado cuando ciertos cargamentos necesitaban saltarse la inspección reglamentaria.

Se esforzó por oír la conversación, avanzando poco a poco pegado a la pared.

—... Lockwood quiere que se agilice el envío —decía Silas, y su voz llegaba nítida a través del aire de la tarde—. No podemos permitir que se quede en su almacén acumulando polvo.

Peterson asintió con entusiasmo. —Por supuesto, señor Grady. Entendemos la urgencia. La fábrica textil espera la entrega para el...

—Viernes. Ni un día más tarde —Silas le entregó lo que parecía ser un sobre pequeño—. La fábrica del norte está ampliando sus operaciones. El señor Lockwood ha invertido considerablemente en la maquinaria.

—¿Y los... esto... arreglos laborales? —preguntó Peterson, guardándose el sobre en el abrigo con destreza profesional.

Los finos labios de Silas se curvaron en lo que generosamente podría llamarse una sonrisa. —Se están gestionando en este mismo momento. Es asombroso cuántas familias están ansiosas por poner a sus hijos a trabajar hoy en día.

Jonah apretó los puños. Sabía exactamente qué tipo de «arreglos laborales» prefería Lockwood: niños de apenas seis o siete años, trabajando catorce horas al día por una miseria, manos diminutas perfectas para meterse en la maquinaria peligrosa.

—¿Jonah? ¡Cristo, hombre! Me ha parecido que eras tú.

La voz a sus espaldas casi le detiene el corazón. Jonah se dio la vuelta bruscamente para encontrarse con Collin, un compañero del

muelle con el que había compartido alguna copa un par de veces en el Anchor.

—Un poco sospechoso eso de andar merodeando por los callejones —dijo Collin con una sonrisa que revelaba la falta de un diente incisivo—. Vigilando a los de aduanas, ¿verdad?

—Solo estaba recuperando el aliento —masculló Jonah, mirando de reojo hacia Silas, que seguía ocupado con Peterson.

—No te he visto cargar hoy —continuó Collin, ajeno a la tensión de Jonah—. El capataz ha estado preguntando por ti. Ha dicho que hay trabajo extra esta semana si lo quieres.

—¿Ah, sí? —respondió Jonah, intentando parecer despreocupado.

Collin asintió, apoyándose en la pared. —Sí. Ese tal Lockwood ha estado aumentando los envíos a sus fábricas. Textiles, sobre todo. He oído que va a abrir otra fábrica en el norte —se rascó la barba—. Eso significa que necesitarán más manos, claro.

—Más niños, querrás decir —dijo Jonah, incapaz de ocultar la amargura en su voz.

Collin se encogió de hombros. —Es como ha sido siempre. Lockwood ha hecho correr la voz de que necesita otros treinta chicos para la nueva operación. Pequeños, de ocho a diez años —bajó la voz—. He oído que esa víbora de Grady ha estado rondando por el East End, ofreciendo a las familias unos pocos chelines por entregar a sus hijos.

Jonah no conocía al hermano de Eliza, pero tendría la edad perfecta para las fábricas de Lockwood.

—Un asunto terrible —continuó Collin—. Perdí a mi hermano menor en una fábrica como esa. Se le enganchó el brazo en la maquinaria —hizo un gesto brusco—. Adiós, así de pronto. El jefe lo mandó a casa sin un penique, dijo que era culpa del chico por ser descuidado.

Jonah apenas lo escuchaba. Si Lockwood estaba enviando reclutadores al East End, era solo cuestión de tiempo que llegaran al barrio de Eliza. Con su padre tan endeudado con Lockwood, serían objetivos prioritarios.

—¿Estás bien, compañero? Parece que has visto un fantasma —dijo Collin, escrutándolo.

—Bien —logró decir Jonah—. Acabo de recordar algo que tengo que hacer.

Collin le dio una palmada en el hombro. —Bueno, si quieres ese trabajo, mejor que aparezcas mañana. Buena paga, si no te importa cargar los cajones de Lockwood.

Mientras Collin se alejaba tranquilamente, Jonah permaneció clavado en el sitio. Esto lo cambiaba todo. Ya no se trataba solo de él, ni siquiera de ayudar a Eliza con unas monedas. Si Lockwood y Grady estaban expandiendo sus operaciones, innumerables niños acabarían atrapados en sus fábricas. Niños como Harry.

Miró de nuevo hacia la aduana. Silas se había ido, pero las implicaciones de lo que había escuchado seguían allí. Un cargamento de textiles rumbo al norte, la apertura de una nueva fábrica y la necesidad de manos pequeñas para manejar la maquinaria.

La decisión sensata sería desaparecer esta misma noche. Coger sus ahorros, subir al primer carruaje que saliera de Londres y no mirar atrás.

Hace cinco años, se salvó a sí mismo y a nadie más. Escapó de la trampa de Lockwood mientras otros, aprendices más jóvenes y niños que estaban en ese mismo barco con él, se quedaron atrás para sufrir. Se había dicho a sí mismo que no había nada que pudiera haber hecho, que un solo hombre no podía luchar contra alguien como Augustus Lockwood.

Ahora no estaba tan seguro.

Se separó de la pared. Tendría que tener cuidado, más cuidado que nunca. Silas ya sospechaba, y si Lockwood descubría que Jonah Quinn seguía vivo, y en Londres...

Pero no podía huir. Todavía no.

Primero tenía que advertir a Eliza de lo que se avecinaba. Y luego, tal vez, hubiera algo más que pudiera hacer para detener el cargamento de Lockwood, o para sabotear la maquinaria que trituraba las vidas de los niños para obtener beneficios.

Era una locura, por supuesto. Un solo hombre contra el imperio de Augustus Lockwood.

Jonah regresó con paso pesado al cobertizo, sopesando distintos planes y posibilidades, ninguno especialmente bueno. El aire

nocturno se había vuelto más frío y su aliento formaba nubecillas mientras se abría paso por el laberinto de cajas y barriles que bordeaban el camino hacia su alojamiento temporal.

Tendría que buscar un nuevo refugio pronto. Este cobertizo estaba demasiado cerca de los muelles, demasiado cerca de donde Silas casi lo reconoció. Quizá pudiera encontrar una habitación en otra de las casas de huéspedes a las afueras de la ciudad, no muy lejos del East End, pero lo bastante lejos de los muelles para evitar una detección inmediata.

La puerta de madera crujió al empujarla y se quedó helado al ver una figura esperando dentro.

—¿Eliza? —Su voz sonó más ronca de lo que pretendía, con la sorpresa mezclada con un repentino e irracional brote de pánico. ¿Había pasado algo? ¿Había ido ya Grady a por Harry?

Ella se levantó rápidamente de la caja volcada en la que estaba sentada, con las mejillas sonrojadas por el frío o quizá por haber corrido. Su pelo oscuro se soltaba de las horquillas y sus ojos, esos impactantes ojos azules, brillaban bajo la tenue luz que se filtraba por la única y mugrienta ventana del cobertizo.

—Siento haber venido sin avisar —dijo ella, sin aliento—. No estaba segura de que siguieras aquí.

Jonah miró más allá de ella hacia donde estaba su pequeño fardo en un rincón, ya medio lleno con sus escasas pertenencias. Las monedas que pensaba llevarse estaban guardadas en el bolsillo oculto que había cosido en el forro de su abrigo.

—Sigo aquí —dijo él, cerrando la puerta tras de sí y metiéndose las manos en los bolsillos para calentarlas—. ¿Está todo...? ¿Está bien Harry?

Eliza asintió y la tensión de sus hombros se relajó un poco. —Está mejor. La medicina que compré con el dinero que me diste ayudó mucho. Respira con más facilidad ahora —vaciló, retorciéndose las manos—. Por eso... por eso he venido. Para darte las gracias como es debido.

Jonah se removió incómodo. No estaba acostumbrado a la gratitud. —No hace falta —masculló, dirigiéndose hacia la pequeña estufa de hierro en la esquina. Aún quedaban algunas brasas

encendidas dentro y añadió un puñado del cubo que había al lado. El cobertizo difícilmente era lujoso, pero al menos protegía de lo peor del viento.

—Sí que hace falta —insistió Eliza—. No tenías por qué ayudarnos. La mayoría de la gente no lo habría hecho —hizo una pausa—. Mi padre se llevó parte de mi dinero.

—¿Qué? —Jonah se giró para mirarla.

—Robó mis ahorros, casi diez chelines que había estado guardando —había una tirantez en su expresión, pero no había lágrimas—. Lo había escondido bajo una tabla del suelo, pero lo encontró. Se lo gastó todo en el juego.

Jonah soltó un juramento entre dientes. — ¿Todo?

—No. Dejó algo. Lo suficiente para la medicina de Harry, al menos —se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja y una sombra de sonrisa asomó a sus labios—. Ha... prometido dejar de beber. No sé si esta vez lo dice en serio, pero parecía distinto. Destrozado, pero quizá de una forma que por fin le permita recomponerse.

Jonah no supo qué responder a eso. Según su experiencia, los hombres que bebían para escapar rara vez encontraban el camino de vuelta. Pero había algo en la voz de Eliza que le hacía reacio a expresar su escepticismo.

—Fui a ver a Martha Hughes —continuó ella, animándose visiblemente—. Tenías razón con ella. Me ha dado trabajo cosiendo para su tienda. La paga es buena, mejor de lo que conseguiría en cualquier otro sitio con mi habilidad.

—Eso está muy bien —dijo Jonah, sinceramente alegrándose por ella—. Martha es justa. No te timará.

—Ahora puedo permitirme la medicina de Harry. Y comida también, comida de verdad, no solo sobras —los ojos de Eliza casi resplandecían en la penumbra del cobertizo—. Quizá incluso mudarme a un sitio mejor con el tiempo. Un lugar más seco, con estufa.

Jonah la observaba mientras hablaba, impresionado por la vitalidad de su rostro. Había algo que hacía difícil apartar la mirada.

La idea de no volver a oír su voz le provocó un dolor inesperado en el pecho.

Eliza dio un paso hacia él, y luego otro, hasta que estuvo lo bastante cerca como para que él pudiera ver las tenues pecas de su nariz, casi invisibles en la penumbra.

—Tú también te lo mereces —dijo ella en voz baja.

Antes de que él pudiera responder, ella alargó la mano y tomó la de él entre las suyas. Sus dedos estaban fríos pero eran sorprendentemente fuertes, encallecidos por años de trabajo.

—No te marches de Londres —dijo ella, con unas palabras que oscilaban entre la orden y la súplica.

Jonah se quedó mirando sus manos entrelazadas y, después, su rostro alzado hacia él—. Es complicado.

—Siempre lo es —replicó ella—. Pero me ayudaste cuando no tenías por qué hacerlo. Y Martha dice... —dejó la frase en el aire.

—¿Qué ha dicho Martha? —preguntó él, de pronto alerta.

—Que eres un buen hombre que ha tenido mala suerte —Eliza le apretó la mano—. No ha querido decirme más; ha dicho que no era su historia para andarla contando.

Martha sabía más de lo debido sobre su pasado, pero siempre había sido discreta.

Sin embargo, al mirar el rostro de Eliza, Jonah tomó una decisión que iba en contra de cada instinto de supervivencia que había perfeccionado.

—No me voy —dijo.

La sonrisa de ella floreció, sincera y radiante. —Bien.

—De momento —añadió él, necesitando dejárselo claro—. Pero, Eliza, hay cosas que no sabes de mí, razones por las que podría ser más seguro para todos si me marchara.

—Todo el mundo tiene secretos —dijo ella con sencillez—. No te pido los tuyos. Solo... —vaciló, pero insistió—. Solo no desaparezcas sin decir adiós.

La sencillez de su petición lo pilló desprevenido. No exigía explicaciones ni promesas que él no pudiera cumplir, solo la cortesía básica de una despedida.

—Eso puedo hacerlo —dijo él.

Ella le soltó la mano y retrocedió un paso, con un leve rubor tiñéndole las mejillas como si acabara de darse cuenta de su atrevimiento—. Traeré comida, como prometí. Mi pago por tu ayuda.

Jonah dudó, incómodo ante la idea de aceptar algo más de ella —. No hace falta que me traigas comida. Tienes que alimentar a tu hermano.

—Insisto —dijo Eliza, irguiendo los hombros con una terquedad sorprendente—. ¿Es porque mi cocina es insípida? No soy la mejor cocinera, pero me sale un guiso decente.

—No, no es eso en absoluto —se apresuró a decir Jonah. De hecho, no recordaba la última vez que había tomado una comida casera en lugar de cualquier cosa barata que pudiera comprar a los vendedores ambulantes y lo que ella le traía.

—¿Qué es entonces? —Sus ojos azules lo desafiaron directamente.

Jonah suspiró, pasándose una mano por el pelo—. Es que... no podría aceptar nada de lo poco que tienes. Necesitas hasta el último penique para Harry, para vuestro nuevo alojamiento.

—Y yo necesito pagar mis deudas —rebatió Eliza—. Me ayudaste cuando nadie más quería hacerlo. Me ofendería que no lo aceptaras.

Adelantó la barbilla de un modo que sugería que seguir discutiendo sería inútil. Jonah se había enfrentado a capataces de muelle furiosos y había sobrevivido cinco años escondido, pero algo en aquella mujer pequeña y feroz le daba ganas de rendirse.

—Está bien —cedió, con los labios curvándose en lo que le pareció su primera sonrisa genuina en días—. Acepto. Gracias.

Eliza asintió, claramente satisfecha con su victoria. Se detuvo a estudiar su rostro. —¿Por qué huyes, Jonah? ¿De qué tienes miedo?

La pregunta quedó suspendida entre ambos. Jonah se dio la vuelta, entreteniéndose en ajustar el regulador de la estufa. El viejo instinto de esquivar, de ocultarse, surgió en su interior.

—Lo siento —dijo Eliza en voz baja cuando el silencio se prolongó demasiado—. No debería fisgar. No es asunto mío.

—No es nada —dijo Jonah de forma automática, pero luego se detuvo. Por alguna razón inexplicable, no quería mentirle. Quizá

fuera porque ella había sido honesta con él, o quizá fuera simplemente que estaba cansado de cargar solo con sus secretos.

—Lockwood —dijo finalmente, y el nombre le supo a óxido en la boca—. De eso es de lo que tengo miedo.

Eliza abrió mucho los ojos—. ¿Augustus Lockwood? ¿El mercader?

—Ese mismo —Jonah se acercó a la pequeña ventana, vigilando la oscuridad exterior. Viejas costumbres—. Trabajé para él hace años. Antes de los muelles.

—¿De qué?

—De aprendiz de tonelero —se frotó las manos callosas, recordando la sensación de dar forma a la madera en lugar de cargar cajas—. Se me daba bien. Acababa de fabricar mi primera jarra de verdad. Mi maestro decía que tenía madera de buen oficial.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Eliza suavemente.

Jonah respiró hondo. La historia había vivido en su interior durante tanto tiempo, sin ser pronunciada nunca en voz alta, que las palabras se sentían extrañas en su lengua.

—Lockwood me acusó de robar en su almacén. Dijo que me había llevado mercancías valiosas que faltaban de un cargamento —sacudió la cabeza—. No me llevé nada. Pero Lockwood tenía influencias y dinero. Así que nadie lo cuestionó.

—Eso es terrible.

—Se pone peor —dijo Jonah, apoyándose contra la pared—. Me sentenciaron a la deportación. A Australia —vio cómo ella palidecía en la penumbra—. Siete años, como mínimo. Lo más probable era que no regresara jamás.

—¡Oh, Dios mío! —susurró Eliza.

—La noche antes de que me deportaran, escapé. Corrí hacia el Támesis —aún podía sentir el aire frío quemándole los pulmones mientras huía por las calles oscuras—. Me tiré al agua. Prefería estar muerto a que me deportaran.

—Fingiste tu muerte —dijo ella.

Jonah asintió—. La corriente del río casi terminó el trabajo de verdad. Pero sobreviví —tosió levemente—. He estado escondido desde entonces. Cambié mi apariencia, busqué trabajo en los

muelles, donde nadie hace preguntas. Pero mantuve mi nombre real, Jonah Quinn. Nadie relacionaría a un aprendiz de tonelero muerto con un trabajador portuario.

—Y ahora Lockwood ha vuelto —dijo Eliza.

—Nunca se fue. Solo he conseguido evitarlo con éxito hasta ahora —Jonah se pasó una mano por el pelo—. Estaba en los muelles con su hombre, Silas Grady. Creo que Grady estuvo a punto de reconocerme. Y hay un inspector de aduanas haciendo preguntas sobre mi pasado.

—Por eso pensabas marcharte —dijo ella, con la mirada puesta en su petate a medio hacer en el rincón.

—Debería haberme ido en cuanto supe que Lockwood estaba en la ciudad —admitió Jonah—. Lo habría hecho, pero...

Se detuvo; las palabras se le atascaron en la garganta al darse cuenta de lo que estaba a punto de decir.

Eliza se acercó más—. ¿Pero qué?

Jonah apartó la vista, incapaz de sostenerle la mirada—. No pude.

—¿Ha sido por mí? —preguntó ella.

Él permaneció en silencio, observando las ascuas incandescentes de la estufa.

La sonrisa de Eliza creció lentamente, iluminando su rostro incluso en el cobertizo en penumbra—. Me alegro —dijo con sencillez —. Me alegro de que te hayas quedado, sea cual sea el motivo.

Algo desconocido y cálido se desplegó en el pecho de Jonah ante aquellas palabras. Hacía tanto tiempo que nadie se alegraba de su presencia.

—¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó ella—. No puedes seguir escondiéndote para siempre.

—No estoy seguro —admitió, y luego se sorprendió a sí mismo con lo que dijo a continuación—. Quiero detenerlo, Eliza. Lockwood está expandiendo sus operaciones, va a abrir más fábricas textiles en el norte. Está enviando a Grady al East End para reclutar más niños.

—¿Niños? —dijo Eliza, endureciendo la expresión.

—Sí. Collin, otro trabajador del muelle, me dijo que Lockwood busca a treinta chicos, de entre ocho y diez años —escupió las palabras—. He visto lo que pasa en esas fábricas. Harán trabajar a los niños hasta que caigan rendidos, o peor, perderán miembros en las máquinas.

—Tenemos que detenerlo —dijo Eliza con voz feroz.

Jonah levantó la cabeza de golpe—. ¿Tenemos? No. Esta no es tu lucha.

—Lo es si viene a por niños de mi barrio —rebatió ella—. Mi hermano podría ser la próxima víctima.

—Eliza, no lo entiendes. Lockwood es peligroso. Poderoso. Tiene a hombres como Grady para hacer el trabajo sucio. No puedo pedirte que te arriesgues...

—No me lo estás pidiendo. Me estoy ofreciendo —levantó la barbilla con esa terquedad que él empezaba a reconocer—. Te ayudaré. Sea lo que sea lo que estés planeando.

—No puedo involucrarte en esto —insistió Jonah.

—Somos amigos ahora, ¿verdad? —dijo Eliza, como si fuera la cosa más natural del mundo—. Y los amigos luchan los unos por los otros.

Amigos. La palabra lo pilló desprevenido. ¿Cuándo había sido la última vez que alguien había dicho ser su amigo?

—¿Es por eso por lo que estás aquí sin acompañante? —preguntó él, con un deje de burla asomando a su voz a pesar de sí mismo—. ¿Visitando a un hombre a solas por la noche? Algunos dirían que eso va más allá de la amistad.

Las mejillas de Eliza se pusieron rojas como la grana, un rubor visible incluso en la penumbra—. Yo... debería irme. Harry se preocupará si se despierta y ve que no estoy.

Se dirigió rápidamente hacia la puerta, claramente aturdida, pero Jonah la cogió del brazo con suavidad.

—Deja que te acompañe al menos hasta la carretera principal —dijo—. No es seguro a estas horas.

Ella asintió, sin llegar a mirarlo a los ojos—. Gracias.

Caminaron en silencio por el laberinto de cajas y barriles, con Jonah alerta ante cualquier sonido o movimiento que pudiera indicar

peligro. Los muelles nunca estaban desiertos del todo, ni siquiera a esa hora, pero la zona cercana a su cobertizo estaba bastante tranquila. Cuando llegaron a la calle iluminada por farolas que la llevaría de vuelta a Spitalfields, Jonah se detuvo.

—Ten cuidado —dijo él—. Y piensa en lo que te he dicho. Lockwood no es alguien a quien enfrentarse a la ligera.

—Lo haré —prometió Eliza. Vaciló y luego añadió: —Ven mañana a la tienda de Martha si puedes. Allí podremos hablar más.

Jonah asintió, observando cómo ella se alejaba apresuradamente; pronto su esbelta figura fue engullida por la oscuridad entre las farolas.

Se dio la vuelta hacia su cobertizo, con la mente agitada por pensamientos que no lograba acallar. Durante cinco años, solo había pensado en sobrevivir, en mantenerse oculto, en evitar el pasado que amenazaba con arrastrarlo al fondo. Cada decisión había sido tomada con un único propósito: la autoconservación.

Ahora, mientras regresaba por los muelles silenciosos, Jonah se dio cuenta de que algo fundamental había cambiado. No se había quedado en Londres solamente por la necesidad de advertir a Eliza sobre los planes de Lockwood, sino porque, por primera vez en años, tenía algo —a alguien— a quien quería proteger.

Esa revelación debería haberle aterrorizado. El afecto significaba vulnerabilidad, y la vulnerabilidad significaba peligro. Pero mientras se deslizaba de nuevo en el frío cobertizo, Jonah se descubrió a sí mismo planeando, no una huida, sino un enfrentamiento que llevaba cinco años gestándose.

CAPÍTULO 7



—¿A qué viene esa sonrisita? ¿Es que tienes algún pretendiente escondido por ahí?

Eliza levantó la cabeza de golpe de la seda marfil que había estado cosiendo meticulosamente. Penny, una de las aprendices más jóvenes de Martha, la observaba con una sonrisa pícara.

—No sé de qué me hablas —dijo Eliza, volviendo a centrarse en su labor, deseando que el calor de sus mejillas remitiera.

—Oh, vamos, déjate de tonterías. Llevas toda la mañana sonriendo a la nada. Como si...

—¿Como si qué? —Eliza intentó mantener un tono neutral, pero hasta ella misma notó el deje defensivo.

—Como si estuvieras viendo algo que las demás no podemos ver. —Penny se inclinó más hacia ella, bajando la voz con aire conspirador—. ¿Es el hijo del carnicero? Lo he visto mirándote cuando pasas por delante de la tienda.

Eliza puso los ojos en blanco. —Tengo cosas más importantes en las que pensar que en chicos.

Pero aun mientras lo decía, el rostro de Jonah acudió a su mente: esa extraña sonrisa que rompía su expresión reservada, el modo en que se le habían suavizado los ojos cuando ella insistió en llevarle comida. El recuerdo le provocó un inoportuno vuelco en el estómago.

—Tu cara cuenta una historia muy distinta —gritó Martha desde el otro lado de la habitación, sin levantar la vista del corpiño que estaba cortando—. Estás más roja que un petirrojo en febrero.

Las otras chicas soltaron una risita y Eliza suspiró, clavando la aguja en la delicada tela quizá con más fuerza de la necesaria.

—No es nada de eso —insistió, aunque las palabras le supieron a mentira. No podía negar la atracción que sentía por Jonah, el modo en que se le había acelerado el corazón cuando él bromeó sobre sus visitas al cobertizo sin acompañante. Pero la atracción era un lujo que no podía permitirse, no con Harry a su cargo y la deuda de Lockwood pendiendo sobre ellos.

—Si tú lo dices... —canturreó Penny, volviendo a su tarea.

Eliza volvió a inclinar la cabeza sobre el vestido, un encargo para la boda de la hija de un comerciante. La seda era el material más fino que jamás había tocado; se le escurría entre los dedos como si fuera agua. Martha le había confiado ese trabajo tan delicado tras comprobar su destreza con la aguja, y Eliza estaba decidida a no defraudarla.

Durante las siguientes horas, se perdió en el ritmo de las puntadas, agradecida de que el trabajo impidiera que su mente divagara hacia Jonah o se preocupara por Harry, quien parecía estar más fuerte esta mañana antes de que ella se marchara.

—Terminado —anunció finalmente, sosteniendo el corpiño acabado para que Martha lo inspeccionara. La mujer mayor lo examinó con ojo crítico, dándole vueltas entre las manos.

—Un trabajo excelente, Eliza. Tus puntadas son casi invisibles. —Martha asintió con aprobación—. Mañana haré que empieces con las mangas. Por ahora, es suficiente por hoy.

Metió la mano en el bolsillo y contó las monedas en la palma de Eliza. —Un chelín y seis peniques.

Eliza se quedó mirando el dinero. Era más de lo que había ganado nunca en un solo día. Suficiente para las medicinas de Harry durante semanas, y aún sobraba para comida y para el alquiler. Una pequeña fortuna comparada con lo que sacaba recogiendo trapos.

—Gracias —dijo, apretando las monedas con fuerza.

—Te lo has ganado —respondió Martha, volviéndose ya para examinar el trabajo de otra chica—. Estate aquí mañana a las seis.

El sol de media tarde proyectaba largas sombras mientras Eliza se dirigía a casa, con el paso más ligero de lo que había tenido en años. El peso de las monedas en el bolsillo se sentía como una promesa, como una posibilidad. Quizá con el tiempo podrían mudarse a una habitación mejor, una donde Harry no tuviera sibilancias por la humedad. Quizá incluso podría ahorrar para aquella máquina de coser.

Su buen humor se evaporó en el momento en que abrió la puerta de su casa.

Thomas yacía tirado en el suelo, con un ojo hinchado y cerrado, sangre seca, en costra, en las fosas nasales y el labio partido. La habitación estaba en desorden, las pocas posesiones que tenían estaban esparcidas como si alguien las hubiera registrado a fondo.

—¡Padre! —Eliza cayó de rodillas a su lado, comprobando si había signos de vida. Su pecho subía y bajaba de forma irregular, y el hedor a ginebra lo envolvía pesadamente.

Su ojo sano se entreabrió al contacto de Eliza. —Liza...

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella, recorriendo la habitación con la mirada—. ¿Dónde está Harry?

Thomas emitió un sonido ahogado, a medio camino entre un gemido y un sollozo.

—¿Dónde está Harry? —repitió Eliza, con el pánico subiéndole por la garganta.

—Se ha ido —graznó Thomas—. Silas se lo ha llevado.

Se le heló la sangre. —¿Qué quieres decir con que Silas se lo ha llevado? ¿A dónde se lo ha llevado?

El rostro de Thomas se descompuso, y las lágrimas trazaron surcos a través de la suciedad de sus mejillas. —Por el préstamo. Dijo que... que ya habíamos tenido nuestras oportunidades.

—¡Pero si te di el dinero! —Eliza lo agarró por la camisa, sacudiéndolo ligeramente—. ¡Te di ese dinero para que le pagaras a Lockwood!

—Pensé... —Thomas tosió, haciendo una mueca de dolor—. Pensé que podría duplicarlo. En las mesas de juego. Solo necesitaba

un poco de suerte...

—¿Te has jugado el futuro de Harry?

—Solo será un año o dos —susurró Thomas, sin mirarla a los ojos —. Lockwood lo envía a trabajar a una de sus fábricas del norte. Dijo que cancelaría la deuda...

—¿Un año o dos? —La voz de Eliza se convirtió en un grito—. ¿Sabes lo que les pasa a los niños en esas fábricas? ¡Muchos ni siquiera vuelven!

Thomas no dijo nada, y las lágrimas fluían ahora libremente.

—Confié en ti —dijo ella, y cada palabra era afilada como el cristal—. Confié en ti después de aquel día. Dijiste que ibas a ser honrado y a buscar un trabajo.

—Lo siento, Liza...

—Ni se te ocurra. —Ella se puso en pie, retrocediendo como si él fuera algo venenoso—. Ni se te ocurra pedir perdón ahora. Es demasiado tarde.

Se puso a caminar de un lado a otro de la pequeña habitación, con la mente a mil por hora. —¿Cuándo se lo llevaron? ¿Hace cuánto tiempo?

—Esta mañana. Después de que te fueras a trabajar.

—Todo el día —susurró ella, invadida por el horror—. ¿Ha estado fuera todo el día y tú has estado aquí, bebiendo?

—Intenté detenerlos, Liza. Silas hizo esto. —Thomas señaló débilmente su rostro maltrecho.

—¿Y entonces te arrastraste hasta la botella de ginebra en lugar de venir a buscarme? —La rabia que se había estado acumulando estalló—. No quiero volver a verte nunca más.

—Eliza, por favor...

—Si le pasa algo a Harry, lo que sea, nunca te perdonaré. ¿Me oyes? Te odiaré el resto de mi vida.

Thomas intentó cogerle la mano, pero ella se apartó bruscamente.

—Ojalá hubieras sido tú —dijo ella con la voz quebrada—. Ojalá hubieras muerto tú en lugar de mi madre. Ella nunca habría permitido que esto sucediera.

Las palabras quedaron suspendidas entre ellos como algo físico. Thomas retrocedió como si ella lo hubiera golpeado, con el rostro desencajado por el dolor y la vergüenza.

Eliza no soportaba mirarlo más. Cogió su chal y se dirigió a la puerta.

—¿A dónde vas? —preguntó Thomas débilmente.

—A buscar a mi hermano —dijo ella sin volverse—. No estés aquí cuando regrese.

Dio un portazo y bajó las escaleras corriendo, con las lágrimas nublándole la vista. Una vez fuera, se apoyó contra el edificio, intentando serenarse. El pánico no ayudaría a Harry.

Lockwood. Tenía que encontrar a Lockwood, o a Silas. O a Jonah. Jonah sabría qué hacer, dónde buscar.

Se secó las lágrimas de la cara con la manga y partió hacia los muelles. Encontraría a Harry aunque tuviera que despedazar todo Londres con sus propias manos.

Eliza voló por las calles. El laberinto de callejones y pasajes del East End nunca le había parecido tan vasto e impenetrable. Cada segundo que pasaba era un momento más en que Harry se alejaba de su alcance.

La multitud del atardecer se espesó cuando los trabajadores regresaban a casa, bloqueándole el paso y frenando su ritmo frenético. Se abrió paso a empujones, ignorando las maldiciones y gritos que la seguían.

—¡Mira por dónde vas, niña!

—¿Es que hay un incendio?

No tenía tiempo para explicaciones, ni para disculpas. Harry la necesitaba. Eso era lo único que importaba.

Le ardían los pulmones cuando llegó a la tienda de la esquina de la señora Burrows; la anciana estaba barriendo el umbral como hacía todas las tardes antes de cerrar.

—¡Señora Burrows! —gritó Eliza con voz entrecortada.

La tendera levantó la vista y frunció el ceño ante el aspecto desaliñado de Eliza. —Cielo santo, niña, ¿qué te ha pasado?

—¿Ha visto a Harry? —Eliza agarró el brazo de la mujer, sin importarle lo desesperada que pareciera—. Mi hermano. ¿Lo ha visto

hoy?

La expresión de la señora Burrows pasó del fastidio a la preocupación. —No desde ayer, cuando vino por un penique de regaliz. ¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

—Se lo han llevado. —Las palabras se le atascaron a Eliza en la garganta—. Un hombre llamado Silas se lo ha llevado.

El entendimiento ensombreció el rostro de la mujer mayor. —¿Silas Grady? ¿El hombre de Augustus Lockwood?

Eliza asintió, con la esperanza aflorando. —¿Lo conoce?

—Todo el mundo sabe que hay que mantenerse alejado de ese tipo. —La señora Burrows negó con la cabeza—. Es de lo más cruel que hay, ese Grady. Si se ha llevado a tu Harry, será a uno de los locales de Lockwood.

—¿Sabe a cuál? Por favor, señora Burrows, cualquier cosa que sepa podría ayudar.

—No sabría decirlo con seguridad. —La mujer frunció el ceño—. Pero Lockwood tiene un almacén cerca de la ribera donde a veces retienen a la gente antes de enviarla al norte.

—¿Qué almacén? —Los dedos de Eliza se clavaron en la manga de la señora Burrows.

—No lo sé, hija. —Se zafó suavemente del agarre de Eliza—. Pero puede que Jenkins lo sepa. Reparte carbón por toda esa zona.

Sin esperar más, Eliza salió disparada de nuevo hacia el pequeño patio de Jenkins, donde el carbonero guardaba su carro. Pero el patio estaba cerrado y las ventanas de su pequeña oficina estaban oscuras. Demasiado tarde. Ya se había ido a casa por hoy.

Eliza golpeó la puerta de madera con la palma de la mano, frustrada e ignorando el escozor. No podía esperar hasta la mañana siguiente. Para entonces, Harry podría estar en un transporte camino al norte, fuera de su alcance para siempre.

—¿Buscas a Jenkins?

Eliza se dio la vuelta y se encontró con un hombre que la observaba desde el otro lado de la calle, con una pipa de arcilla colgando de la boca.

—¡Sí! ¿Sabe dónde está?

El hombre se encogió de hombros. —En el pub, seguramente. El Black Swan, en Cheapside.

Eliza no le dio las gracias; ya estaba a media calle de distancia, con los zapatos golpeando contra los adoquines. El Black Swan estaba abarrotado cuando llegó, el aire pesado por el humo del tabaco y el olor a cerveza derramada. Recorrió con la mirada la sala abarrotada, buscando la figura encorvada de Jenkins entre los bebedores.

Lo vio en una mesa de la esquina, bastante ebrio, con una pinta medio vacía delante.

—¡Señor Jenkins!

El carbonero la miró con los ojos entrecerrados. —¿Te conozco, muchacha?

—Necesito su ayuda. —Eliza no se anduvo con cortesías—. La señora Burrows dijo que usted podría saber algo de un almacén, uno donde Augustus Lockwood podría estar reteniendo a niños antes de enviarlos al norte.

Los ojos llorosos de Jenkins se agrandaron y miró nerviosamente alrededor del pub. —Baja la voz —siseó—. Esas no son cosas que se discutan abiertamente.

—Se han llevado a mi hermano —dijo Eliza, bajando la voz pero negándose a ceder—. Por favor.

Algo en su rostro debió de conmoverlo, porque Jenkins suspiró y se inclinó hacia delante. —Hay un almacén cerca de Wapping. El número ocho, de piedra gris, con el nombre de Lockwood sobre la entrada. Pero serías una insensata si fueras allí. Grady tiene hombres apostados.

—Gracias —susurró Eliza, retrocediendo ya.

—¡Espera! —la llamó Jenkins—. He visto algo esta mañana. Puede que no sea nada, pero había un carromato, cerca de St. Katharine's Dock. Llevaba a un chico dentro, peleando con todas sus fuerzas. Un chaval pequeño, de pelo oscuro.

A Eliza le dio un vuelco el corazón. —¿Vio a dónde lo llevaban?

—No exactamente. —Jenkins se rascó la barbilla mal afeitada—. Pero oí a uno de los hombres mencionar el Almacén Cuatro. Dijo algo de que el barco aún no estaba listo.

—Almacén Cuatro. ¿En St. Katharine's Dock? —confirmó Eliza, con el pulso acelerado.

Jenkins asintió. —Pero muchacha, si ese es tu hermano, no lo sacarás de allí sola. Los hombres de Lockwood son...

Pero Eliza ya se había ido, abriéndose paso de nuevo a través del concurrido pub hacia el aire de la noche. St. Katharine's Dock. Sabía dónde estaba. Jonah le había mencionado el Almacén Cuatro antes; allí era donde le había dicho que encontrara los retales de fábrica que le habían hecho ganar seis valiosos peniques.

Jonah. Necesitaba a Jonah.

Las calles se desdibujaban bajo sus pies mientras corría hacia los muelles, intentando recordar el camino exacto al cobertizo de Jonah. Se equivocó de camino dos veces, maldiciendo mientras retrocedía, perdiendo unos minutos preciosos. El astillero estaba extrañamente silencioso a esas horas, la mayoría de los obreros diarios se habían marchado y los guardias nocturnos aún no habían empezado sus rondas.

Finalmente, divisó la pequeña estructura de madera encajada entre almacenes más grandes. Había una luz parpadeante tras su única ventana sucia. Jonah estaba allí.

Eliza aporreó la puerta con el puño, jadeando, con los costados doliéndole de tanto correr.

—¡Jonah! —Le falló la voz, la desesperación la volvía aguda—. ¡Jonah, por favor!

La puerta se abrió de repente y ella casi se cae hacia delante. Jonah la agarró por los hombros, con expresión alarmada.

—¿Eliza? ¿Qué ha pasado?

Ella se aferró a su camisa, luchando por recuperar el aliento. —Es Harry. Silas se ha llevado a Harry.

El rostro de Jonah se endureció y le apretó los brazos. —¿Cuándo? ¿Cómo?

—Esta mañana. —Las palabras salieron atropelladamente entre jadeos—. Mi padre... se jugó el dinero que le di. El dinero que me diste tú. Se suponía que iba a pagarle a Lockwood, pero en lugar de eso... —Su voz se quebró—. Silas vino y se llevó a Harry para que trabaje en una de las fábricas del norte de Lockwood.

Jonah la metió dentro del cobertizo y cerró la puerta rápidamente tras ellos. El pequeño espacio estaba caldeado por la estufa, y el aire era pesado.

—¿Viste a dónde lo llevaron? ¿Tienes alguna idea?

—Jenkins, el carbonero, dijo que vio a un chico —él cree que era Harry— al que llevaban al Almacén Cuatro de St. Katharine's Dock. —Eliza clavó los dedos en los brazos de Jonah—. Dijo que mencionaron algo de que un barco aún no estaba listo.

Algo cruzó el rostro de Jonah: reconocimiento, quizá incluso esperanza.

—El Almacén Cuatro —repitió, casi para sí mismo—. El cargamento del norte.

—¿Lo conoces? —Eliza escudriñó su rostro—. Jonah, por favor. Tengo que encontrarlo. Harry no es lo bastante fuerte para trabajar en una fábrica. Morirá allí.

—Lo sé. —La voz de Jonah era sombría—. He visto lo que les pasa a los niños en esos sitios.

—Entonces ayúdame —suplicó Eliza—. No puedo hacerlo sola.

—Por favor —susurró—. Es todo lo que tengo.

CAPÍTULO 8



Jonah se quedó mirando a Eliza, con la mente a mil por hora. Se habían llevado a su hermano. Las fábricas del norte. Sabía lo que pasaba allí. Dedos pequeños atrapados en la maquinaria. Miembros destrozados. Niños trabajando hasta desfallecer.

—Lo encontraremos —dijo él, con la voz más firme de lo que se sentía—. Pero tenemos que movernos rápido. Los cargamentos del alba salen temprano.

Los ojos de Eliza, aún empañados por las lágrimas, se clavaron en su rostro. —¿Sabes dónde lo tienen?

—Los almacenes están clasificados por ruta de envío. El cuatro es principalmente para mercancías del norte. Cogió su abrigo del clavo junto a la puerta. —Primero necesito conseguir información, detalles exactos sobre cuándo y por dónde se lo llevan.

—¿Cómo?

—El capataz guarda todos los manifiestos de carga. Él tendrá los registros de cualquier transporte organizado por Lockwood.

Jonah se revisó el bolsillo. Tres chelines y cuatro peniques; casi todo lo que tenía. Había estado ahorrando para su huida, pero ahora... Se guardó las monedas de nuevo en el bolsillo, cogió una gorra raída y se la caló hasta los ojos.

—Espera aquí —le dijo a Eliza—. Si alguien llama, no respondas. Estaré de vuelta antes de una hora.

—Voy contigo —dijo ella de inmediato, irguiendo los hombros.

—No. Los muelles de noche no son lugar para...

—¿Para una mujer? —Sus ojos centellearon—. Mi hermano está ahí fuera. No voy a quedarme aquí sentada esperando.

Jonah se pasó una mano por el pelo. No tenía tiempo para discutir. —Está bien. Pero mantente cerca y no hables con nadie.

Los muelles estaban más tranquilos de noche, pero nunca del todo parados. Colgaban faroles de los postes, proyectando charcos amarillos sobre el entarimado de madera. Los serenos patrullaban entre pilas de cajas. Los estibadores cargaban envíos tardíos a la luz de las lámparas.

Jonah guio a Eliza a través de las sombras, evitando a los guardias de patrulla. Conocía cada punto ciego y cada rutina de los vigilantes.

—La oficina del capataz es esa —susurró Jonah, señalando una pequeña caseta levantada sobre pilotes en el agua. Por sus ventanas se filtraba la luz—. Espera detrás de esos barriles.

—¿Qué vas a hacer?

—Lo que haga falta.

Se acercó a la oficina, sin molestarse ya en esconderse. Los escalones de madera crujieron bajo su peso. Llamó una vez y entró sin esperar respuesta.

El capataz Miller estaba sentado ante su escritorio; una lámpara de gas iluminaba los papeles extendidos ante él y su botella de ginebra medio vacía. Levantó la vista con ojos inyectados en sangre.

—¿Quinn? ¿Qué demonios quieres a estas horas?

Jonah cerró la puerta tras de sí. —Información.

La expresión de Miller se endureció. —No me dedico a...

—Dos chelines. —Jonah puso las monedas sobre el escritorio, entre ambos—. Por los detalles del cargamento de Lockwood.

Los ojos del capataz se desviaron hacia el dinero y luego volvieron al rostro de Jonah. —¿Lockwood? Sabes que es mejor no meterse en sus asuntos.

—No me estoy metiendo en nada. Solo necesito saber qué va a dónde.

Miller tamborileó con los dedos sobre el escritorio. —¿Por qué?

—¿Acaso importa por dos chelines?

El capataz cogió una de las monedas, sopesándola entre los dedos. Tras un momento, se guardó ambas en el bolsillo.

—¿Qué buscas específicamente?

—Niños. Enviados al norte. Hoy o mañana.

Algo cruzó el rostro de Miller: incomodidad, quizá incluso culpa. Rebuscó entre sus papeles, sacó uno y lo estudió.

—No hay nada en los manifiestos ordinarios. Lockwood lleva las cuentas limpias aquí. —Vaciló, luego abrió un cajón y extrajo un libro de contabilidad encuadernado en cuero—. Pero hay un carruaje privado fletado para mañana al alba. Figura como «carga no registrada» para una fábrica textil en Lancashire.

—Carga no registrada —repitió Jonah apretando la mandíbula.

Miller le evitó la mirada. —Eso es todo lo que sé. El carruaje sale del Almacén Cuatro, con la primera luz. —Levantó la vista—. No lo has oído de mí.

Jonah asintió. —Una cosa más, ¿cuál es la forma más rápida de interceptarlos una vez que estén en la carretera?

Miller frunció el ceño. —¿Estás planeando alguna estupidez, Quinn?

—Solo necesito la información.

El capataz suspiró. —La carretera del norte al salir de Londres. Tomarán el portazgo por Highgate. Es la única ruta que tiene sentido para un carruaje. —Echó un trago de ginebra—. Ahora lárgate antes de que alguien te vea aquí.

Jonah encontró a Eliza exactamente donde la había dejado, agazapada tras los barriles.

—Se llevan a Harry al amanecer —le dijo en voz baja—. En un carruaje privado que no figura oficialmente en los documentos de embarque.

—¿A dónde lo llevan?

—A una fábrica de Lancashire. —La guio lejos de los muelles, de vuelta a su cobertizo—. Tenemos hasta la mañana, pero necesitaremos algo más que nosotros dos para detener un carruaje.

—¿Y los agentes del orden? —preguntó Eliza.

Jonah soltó una carcajada amarga. —Les pagan para mirar hacia otro lado. Y no tenemos pruebas de que Lockwood esté haciendo nada ilegal. El trabajo infantil es perfectamente legal en las fábricas.

—¿Entonces qué hacemos?

—Conozco a alguien que podría ayudar. Pero me va a costar.

De vuelta en su cobertizo, Jonah levantó una tabla suelta del suelo y sacó una cajita de metal. La abrió, revelando sus escasos tesoros: un chelín, dos peniques y un reloj de bolsillo de oro. Sujetó el reloj, con la cadena colgando a la luz de la lámpara.

—Es lo último que tengo de valor.

Eliza abrió mucho los ojos. —¿Es oro de verdad?

—Era de mi padre. —Se lo guardó en el bolsillo—. Hay un hombre llamado Morgan que comercia con información. Si alguien conoce los detalles de las rutas y los puntos débiles de Lockwood, es él.

—¿Podemos fiarnos de él?

—No. —Jonah la miró directamente a los ojos—. Pero le vendería cualquier cosa a cualquiera por el precio adecuado.

Las calles se volvieron más oscuras y silenciosas a medida que se alejaban de los muelles, serpenteando por callejones estrechos donde la basura se amontonaba contra las paredes. Jonah avanzaba con determinación, guiando a Eliza por un laberinto que confundiría a la mayoría de los londinenses.

Se detuvieron ante una puerta de un verde desvaído encastrada en un muro de ladrillo. No había ningún cartel que identificara el establecimiento. Jonah llamó tres veces, hizo una pausa y luego dos veces más.

Una pequeña mirilla en la puerta se deslizó, revelando unos ojos suspicaces.

—¿Asunto? —exigió una voz ronca.

—Tengo que ver a Morgan. Dile que es sobre los cargamentos especiales de Lockwood.

Los ojos se entrecerraron, y luego la mirilla se cerró de un portazo. Un momento después, la puerta se abrió.

El interior estaba tenuemente iluminado, con el humo suspendido en el aire. Unos cuantos hombres de aspecto rudo estaban sentados

en mesas dispersas, bebiendo y hablando en voz baja. Jonah condujo a Eliza por la sala, ignorando las miradas que los seguían.

En el rincón del fondo estaba sentado un hombre delgado con bigote encerado y unas gafas que brillaban a la luz de la lámpara. Parecía más un oficinista que el traficante de información que Jonah sabía que era.

—Quinn. —La voz de Morgan era más aguda de lo que su apariencia sugería—. Inesperado. Y con compañía, nada menos.

—Necesito información, Morgan.

—Sabes que mi información tiene un precio.

Jonah sacó el reloj de bolsillo, balanceándolo entre ellos. Los ojos de Morgan se clavaron en él de inmediato, y una pequeña sonrisa se formó bajo su bigote.

—Oro de catorce quilates, si no me equivoco.

—Lockwood va a trasladar niños al norte. Salen al amanecer en un carruaje privado.

Morgan se recostó, cruzando las manos sobre la mesa. —¿Y querrías saber...?

—La ruta exacta. Dónde interceptarlo y el número de guardias que llevará.

—¿Planeando algo heroico, Quinn? No es propio de ti jugarte el tipo. —La mirada de Morgan se desplazó hacia Eliza, y la comprensión asomó a sus ojos—. Ah. Interés personal, ¿verdad?

—El reloj —dijo Jonah secamente—. Lo tomas o lo dejas.

Morgan le arrebató el reloj de los dedos a Jonah, examinándolo a la luz. Abrió la tapa de un salto, comprobó el mecanismo y luego la cerró con un clic y un asentimiento de satisfacción.

—El carruaje de Lockwood tomará la carretera del norte por Highgate, como era de esperar. —Bajó la voz—. Pero hay un punto justo pasada la señal de las tres millas donde el camino se estrecha entre dos colinas. Árboles a ambos lados. Buen lugar para una... intervención.

—¿Guardias? —insistió Jonah.

—Un conductor y dos hombres. Van armados, pero lo más probable es que no lleven nada pesado, solo pistolas. —Morgan esbozó una fina sonrisa—. Lockwood no quiere llamar la atención

con demasiada seguridad. Podría hacer que la gente se preguntara qué está transportando.

—¿A qué hora llegarán a ese punto?

—Salen al alba; llegarán al desfiladero a las siete, suponiendo que no haya retrasos. —Morgan se guardó el reloj en el bolsillo—. Imagino que querrás estar en posición mucho antes de esa hora.

Jonah asintió, preparándose para levantarse.

—En fin, buena suerte con tu... misión de rescate. Me disgustaría enterarme de que te has ahogado en el Támesis. Otra vez.

Jonah se puso en pie, tirando de Eliza con él. —Agradezco la información.

—Siempre es un placer hacer negocios. —Morgan alzó su copa en un brindis burlón—. ¡Ah!, ¿y Quinn? Yo me marcharía de Londres después de esto. Permanentemente.

Fuera, Eliza agarró el brazo de Jonah. —¿A qué se refería con lo de ahogarse? ¿Y lo de los fantasmas?

—Sabe quién soy realmente. —Jonah siguió caminando, apretando el paso—. Y si Morgan lo sabe, es posible que otros también.

—¿Se lo dirá a Lockwood?

—Esta noche no. Ya tiene lo que quería. —Jonah se palpó el bolsillo vacío donde antes estaba el reloj—. Pero ¿mañana? ¿La semana que viene? Morgan vende al mejor postor.

—Siento lo de tu reloj —dijo Eliza en voz baja.

—No es más que un objeto. —Él bajó la vista hacia el rostro preocupado de ella—. Tu hermano vale más que el oro.

Se apresuraron a regresar al cobertizo de Jonah, mientras la noche se volvía más fría a su alrededor. La mente de Jonah trabajaba a toda prisa. Ahora sabían dónde encontrar a Harry, pero detener un carruaje custodiado no era tarea sencilla. Necesitaban ayuda; gente a la que Lockwood no pudiera relacionar con ellos.

—Necesitamos un plan —dijo Eliza, dando voz a sus pensamientos.

—Sí. —Jonah se ajustó más el abrigo—. Pero necesitamos más brazos —añadió, frotándose la mandíbula—. Al menos diez hombres. Fuertes.

Eliza permanecía en el centro del cobertizo con los brazos cruzados sobre el pecho. —¿Dónde vamos a encontrar hombres dispuestos a arriesgarse contra los guardias de Lockwood?

—Hombres que no tengan nada que perder. —Jonah volvió a coger su abrigo—. Hombres que odien a Lockwood tanto como nosotros.

—Deja que te ayude...

—No. —La cortó tajantemente, y luego suavizó el tono—. Ya te han visto conmigo. Si alguien te relaciona con lo que sea que pase mañana, sabrán exactamente a quién perseguir.

Ella irguió los hombros. —No tengo miedo.

—No se trata de miedo. —Él vaciló, buscando las palabras—. Harry te necesita viva y libre.

—¿Así que me quedo aquí sentada mientras tú...?

—Necesito que esperes. —Jonah sostuvo su mirada, intentando que ella lo comprendiera—. Dos horas. Si no he vuelto para entonces, vete a casa de Martha y quédate allí.

Eliza apretó los labios, pero asintió a regañadientes. —Dos horas.

Jonah salió sigilosamente. Los muelles serían su mejor oportunidad. Allí trabajaban hombres que tenían todos los motivos del mundo para odiar a Lockwood. Habría hombres cuyos hijos o hermanos habrían desaparecido en las fábricas del norte, hombres que habrían perdido salarios o puestos por las artimañas de Lockwood.

La taberna Black Anchor se alzaba al borde del astillero, un establecimiento tosco donde los estibadores se pulían sus escasos ingresos en bebida. Jonah la evitaba casi todas las noches porque había demasiados ojos, demasiadas preguntas, pero esta noche podría albergar exactamente lo que necesitaba.

Estaba a veinte pasos de la taberna cuando oyó los gritos.

—¡Mi hijo! ¡Solo tiene nueve años, malnacido!

Jonah se agazapó entre las sombras, observando cómo la puerta de la taberna se abría de golpe. Un hombre corpulento de barba tupida salió volando hacia atrás y aterrizó pesadamente sobre el suelo embarrado. Tras él salió tambaleándose el capataz del muelle, Walsh, con la cara roja e inseguro sobre sus pies.

—¡Fuera de mi propiedad, Riley! —gritó Walsh—. Lo de tu chico ha sido legal y formal. ¡No hay nada que hacer!

Riley, el hombre barbudo, se puso en pie a duras penas y volvió a arremeter contra Walsh, solo para ser interceptado por otros dos estibadores más grandes que salieron de la taberna.

—¡Lo has vendido! —rugió Riley, forcejeando contra ellos—. ¡Has vendido a mi Jamie a ese demonio de Lockwood!

Walsh se estiró el chaleco, consciente de repente de la pequeña multitud que se estaba reuniendo. —Tu muchacho fue contratado legalmente. Tú firmaste los papeles...

—¡Cuando estaba borracho perdido y lo sabes! —Riley escupió en el barro—. ¡Es lo único que me queda!

El capataz se retiró al interior de la taberna y los estibadores soltaron a Riley con un empujón de advertencia. La multitud se dispersó rápidamente; nadie quería que se le asociara con el estallido de aquel hombre. Lockwood tenía demasiado poder sobre quién trabajaba en los muelles.

Riley se quedó solo en el barro, con los hombros hundidos y la derrota grabada en cada línea de su cuerpo.

Perfecto.

Jonah esperó a que la zona se despejara antes de acercarse. —Mala suerte lo de Walsh —dijo en voz baja.

Riley levantó la cabeza de golpe, entornando los ojos. —¿A ti qué te importa?

—No he podido evitar oír lo de tu hijo.

—Mi Jamie. —El nombre pareció salirle desgarrado de la garganta—. Se lo han llevado esta mañana como aprendiz durante siete años en el norte. —Escupió de nuevo—. ¡Aprendizaje! Lo harán trabajar hasta que reviente.

Jonah se acercó más. —¿Cuándo lo transportan?

Riley lo miró con repentina sospecha. —No lo sé. ¿Por qué?

—Porque yo sé en cuál va. —Jonah bajó aún más la voz—. Y tengo intención de detenerlo.

El hombre, más grande que él, lo miró fijamente durante un largo rato. —O estás borracho o estás loco.

—Ni lo uno ni lo otro. —Jonah sostuvo la mirada de Riley con firmeza—. En ese carruaje también va un chico llamado Harry. Su hermana vino a pedirme ayuda. Pero no podemos hacerlo solos.

—Hablas en serio. —No era una pregunta.

—Totalmente en serio.

Riley se pasó una mano por la barba, mirando a su alrededor para asegurarse de que nadie escuchaba. —¿Qué ganas tú con esto? ¿Es por la chica?

—Digamos simplemente que tengo mis propias cuentas que ajustar con Lockwood.

Riley lo estudió, sopesando sus palabras. —Aunque creyera que puedes detener ese carruaje, es un suicidio. Los hombres de Lockwood van armados.

—Así que tendremos que ser más listos. Y necesitaremos más brazos. —Jonah se cruzó de brazos—. ¿Quieres recuperar a tu chico o no?

—Me cortaría el brazo derecho por recuperar a Jamie.

—No necesito tu brazo. Necesito tu fuerza y más hombres en los que podamos confiar. —Jonah señaló con la cabeza hacia la taberna —. ¿Hay alguien ahí dentro que haya perdido a alguien en las fábricas de Lockwood?

La expresión de Riley se ensombreció. —La mitad de los que están ahí han perdido a alguien. La cuestión es quién es lo bastante desesperado para enfrentarse a Lockwood.

—Búscame a esos hombres —dijo Jonah—. Esperaré aquí.

Riley vaciló solo un instante antes de asentir. —Dame diez minutos.

Mientras Riley desaparecía de nuevo en la taberna, Jonah se situó en las sombras, donde podía vigilar tanto la entrada frontal como la salida trasera. Llevó la mano a su cinturón, donde guardaba su pequeño cuchillo. No era mucha protección si la cosa se torcía, pero era mejor que nada.

Fiel a su palabra, Riley salió menos de diez minutos después con unos doce hombres, si había contado bien, siguiéndole de cerca. Uno era alto y delgado, con una cicatriz que le recorría un lado de la

cara; otro era más bajo, compacto, con unos antebrazos como troncos de árbol.

—Este es Jonah Quinn —dijo Riley a modo de presentación—. Es el hombre del que os he hablado.

El más alto estudió a Jonah con ojos entrecerrados. —Soy Collins. Se llevaron a mi hermano hace tres meses. No he sabido nada de él desde entonces.

El más bajo asintió secamente. —Harper. Mi niña tenía doce años. El hombre de Lockwood dijo que trabajaría como sirvienta en una casa. Me enteré más tarde de que está en la fábrica de Blackburn.

Jonah los evaluó rápidamente.

—Sé exactamente qué carruaje lleva a los niños al norte —dijo Jonah—. Y sé dónde interceptarlo: un tramo estrecho de la carretera pasado el mojón de las tres millas, donde hay cobertura a ambos lados.

—¿Cuántos guardias? —preguntó Collins.

—Un conductor y dos o tres hombres armados.

Un hombre resopló. —¿Solo tres? Lockwood se está volviendo descuidado.

—O confiado —añadió Riley con pesadumbre—. Nadie ha intentado detenerle antes.

—¿Y cuál es el plan? —preguntó Collins, mirando a Jonah expectante.

Jonah miró a su alrededor para asegurarse de que no los observaban. —Aquí no. Tengo un lugar donde podremos hablar libremente.

CAPÍTULO 9



El frío atravesaba el fino chal de Eliza como un cuchillo mientras permanecía agachada tras el grueso roble. Su aliento salía en pequeñas nubes que se desvanecían en el oscuro aire de la mañana. El cielo empezaba apenas a clarear, transformándose del negro a un azul profundo y turbio.

Jonah y los hombres se habían repartido a ambos lados del estrecho camino, ocultos entre los arbustos y tras los árboles. Llevaban casi una hora en sus puestos y las piernas de Eliza se habían quedado entumecidas de estar tanto tiempo quieta. Pero la incomodidad no significaba nada; Harry era lo único que importaba.

Un contacto cálido sobre su mano gélida la sobresaltó. Jonah se había desplazado silenciosamente a su lado, con el rostro medio oculto por las sombras.

—No te preocupes —susurró él, apretándole brevemente los dedos—. Lo recuperaremos.

—¿Y si algo sale mal? ¿Y si...?

—No pasará. Su voz era firme, segura. Riley y sus hombres no tienen nada que perder. Lockwood ya les ha quitado todo.

«Yo tengo todo que perder», pensó Eliza, imaginando el rostro delgaducho de Harry. Su mundo entero estaba atrapado en aquel carruaje.

El sonido distante de ruedas y cascos silenció sus susurros. Eliza se pegó contra la rugosa corteza, con el corazón martilleando tan

fuerte que temió que delatara su posición.

Dos carruajes aparecieron tras el recodo, avanzando a un ritmo constante. El primero era más pequeño, con la insignia de Lockwood brillando en su puerta pulida.

—Ahora —exhaló Jonah, y salió disparado de su escondite.

Los hombres brotaron de entre los árboles como fantasmas materializándose de la niebla. Riley guio a cuatro hombres hacia el primer carruaje, mientras Jonah y los demás caían sobre el segundo. Los caballos se encabritaron y relincharon cuando Riley los agarró por las bridas, obligando al vehículo a detenerse bruscamente.

Eliza se mantuvo oculta hasta que los guardias salieron a borbotones del primer carruaje con las armas desenvainadas. Contó ocho hombres, más de los que esperaban. El aire se llenó de gritos y del sonido nauseabundo de la madera golpeando la carne mientras los hombres de Lockwood se enfrentaban a los de Riley.

Era su oportunidad. Mientras los guardias estaban ocupados, corrió hacia el segundo carruaje. Sus puertas estaban aseguradas con pesados candados. Jonah le había dado una pequeña barra de hierro antes de separarse, y ella la encajó en la primera cerradura. Le temblaban las manos mientras giraba con todas sus fuerzas.

El candado saltó. Abrió la puerta de par en par.

—¿Harry? —llamó hacia la oscuridad.

Seis rostros pequeños la miraron, pero ninguno pertenecía a su hermano. Los niños se acurrucaban juntos en un banco, con las muñecas atadas con cuerda.

—No pasa nada —dijo ella, intentando mantener la voz estable—. Hemos venido a ayudaros. Ya estáis a salvo.

Subió al carruaje y usó el cuchillo de Jonah para liberar al niño más cercano, una niña de no más de siete años.

—¿Puedes ayudar a los demás? —preguntó Eliza, poniendo el cuchillo en la pequeña mano de la niña—. Necesito encontrar a mi hermano.

La niña asintió con los ojos muy abiertos.

Eliza saltó al suelo y corrió hacia el segundo carruaje con el corazón en un puño. Podía oír la lucha a sus espaldas, gruñidos y maldiciones, pero no podía permitirse ni una mirada. El segundo

candado era más robusto. Clavó la barra en él repetidamente, aumentando su frustración con cada intento fallido.

—Vamos, vamos —siseó entre dientes.

Con un último giro violento, la cerradura se rompió. Abrió la puerta de un tirón.

—¡Harry!

Estaba allí, acurrucado en un rincón, con las muñecas atadas y el rostro sucio por el rastro de las lágrimas. Otros diez niños se encogían a su lado.

—¡Eliza! La voz se le quebró.

Ella entró y le cortó las ligaduras primero, con las manos temblándole tanto que por poco le hace un tajo en la piel.

—Sabía que vendrías —susurró él mientras la cuerda caía.

Liberó a los otros niños rápidamente, ayudando a cada uno a bajar del carruaje antes de volverse hacia Harry. Él se lanzó a sus brazos, con su cuerpo delgado sacudido por los sollozos.

Eliza cayó de rodillas en el camino de tierra, apretándolo contra su pecho. Sus propias lágrimas se derramaron mientras le daba besos en el pelo enredado.

—Pensé que nunca volvería a verte —lloró Harry contra su hombro.

—Siempre te encontraré —prometió ella con la voz entrecortada —. Siempre.

Lo sujetó a la distancia de sus brazos, comprobando rápidamente si tenía heridas. Tenía la cara manchada y la ropa asquerosa, pero parecía ileso.

Solo cuando estuvo segura de que Harry estaba a salvo, Eliza levantó la vista para evaluar la batalla. Había cuerpos tendidos en el suelo, todos con los colores de Lockwood, notó con alivio. Jonah estaba de pie con Riley y otros tres; tenía la camisa desgarrada y la sangre le goteaba de un corte en la mejilla. Sostenía una pistola en la mano. Los guardias restantes estaban atados a un árbol, inconscientes.

Su plan había funcionado. Eliza apenas podía creerlo.

—¿Estáis heridos? —llamó Jonah, caminando hacia ellos.

Ella negó con la cabeza, todavía con un brazo alrededor de los hombros de Harry. —Estamos bien. Todos los niños están libres.

Su expresión tensa se suavizó al mirar a Harry. —Tú debes de ser el hermano del que tanto he oído hablar.

Antes de que Harry pudiera responder, el trueno de unos cascos que se aproximaban cortó el aire del amanecer. Eliza se volvió para ver a un jinete solitario galopando hacia ellos, con un rifle equilibrado sobre el pomo de la silla.

Silas Grady.

—Ponte detrás de mí —le ordenó a Harry, empujándolo hacia el carruaje.

Los niños que se habían reunido a su alrededor se dispersaron, gritando y lanzándose a cubierto. Harry se aferró a sus faldas, hundiendo los dedos en la tela desgastada.

Grady frenó su caballo a veinte yardas, con el rostro cruel retorcido por la furia mientras levantaba el rifle.

Eliza atrajo a Harry más cerca mientras Silas Grady desmontaba, rifle en mano. Sus botas golpearon el suelo con un estruendo que pareció resonar en todo el cuerpo de ella. La luz proyectaba sombras duras en su rostro, haciendo que su sonrisa pareciera más bien una mueca mientras se acercaba.

—Vaya, vaya —dijo Silas, con la mirada fija en Jonah—. Pero si es el mismísimo muerto. Jonah Quinn.

Eliza sintió que se le cortaba la respiración. A su lado, Harry temblaba, pero ella mantuvo el brazo firme sobre sus hombros, intentando protegerlo.

—Grady —respondió Jonah.

Silas rodeó a Jonah como un depredador, manteniendo el rifle apuntándole. —Sabía que eras tú a quien había visto en los muelles. En cuanto te vi merodeando por allí, algo no me olió bien. —Se dio unos golpecitos en un lado de la cabeza—. Nunca olvido una cara, especialmente una que se supone que debería estar pudriéndose en el fondo del Támesis.

Riley y los otros hombres se habían quedado inmóviles, observando el intercambio con ojos cautelosos.

—¿Cómo te ha tratado la vida desde que fingiste tu muerte? —continuó Silas, con voz burlonamente casual—. Viviendo en la miseria, ya veo. Trabajando en los muelles como chusma común. Todo ese potencial desperdiciado.

Jonah tensó la mandíbula. —Mejor que ser el faldero de Lockwood.

La sonrisa de Silas desapareció. Hundió el cañón del rifle en el pecho de Jonah. —Todavía tienes una muerte que pagarle a Lockwood. Huir no ha saldado tu deuda.

—Yo no robé nada —dijo Jonah, sin inmutarse ante el cañón—. Tú me tendiste una trampa, y ambos lo sabemos.

Silas soltó una carcajada; un sonido hueco. —No tienes forma de demostrar eso. Nadie creería a un ladrón muerto antes que a mí.

—No me importa demostrar nada —respondió Jonah, con la mirada inquebrantable—. Pero no voy a permitir que te lleves a estos niños.

Como si fuera una señal, Riley y los otros hombres avanzaron, formando una curva protectora alrededor de Jonah. Los niños se acurrucaron cerca de los carruajes, algunos agarrándose de las manos.

Silas miró a los hombres que rodeaban a Jonah y volvió a reírse, esta vez más fuerte. El sonido le produjo escalofríos a Eliza.

—¿De verdad pensabais que vendría solo? Levantó la mano y dio un silbido agudo.

De entre los árboles y la maleza a ambos lados del camino surgieron hombres, al menos quince, armados con porras. Eran los hombres de Lockwood. Debían de haber estado siguiendo a los carruajes a distancia, preparados para cualquier problema.

—¿Creíais que no traería refuerzos? —se burló Silas.

A Eliza se le cayó el alma a los pies. Eran superados en número. Agarró a Harry con más fuerza, con la mente buscando frenéticamente una ruta de escape.

—Corre —le susurró—. Llévate a los otros niños y escondeos en el bosque.

Harry negó con la cabeza, aferrándose a ella. —No te dejaré.

—Debes hacerlo —insistió ella—. Te encontraré, te lo prometo.

Antes de que Harry pudiera protestar más, comenzó el enfrentamiento. Riley fue el primero en moverse, cargando contra Silas con un rugido. Los demás hombres le siguieron, enfrentándose cara a cara con los matones de Lockwood.

Eliza empujó a Harry hacia los árboles. —¡Vete! ¡Ahora!

Esta vez él obedeció, reuniendo a los niños más cercanos y adentrándose en la maleza. Eliza se volvió hacia el caos, buscando desesperadamente a Jonah. Lo vio forcejeando con uno de los hombres de Lockwood; sus movimientos eran rápidos y precisos a pesar del esfuerzo de la noche.

La lucha fue brutal y veloz. Eliza se pegó contra el carruaje, mirando con horror cómo caían hombres de ambos bandos. Riley derribó a dos de los matones de Lockwood antes de que un tercero le alcanzara en la espalda con una porra. Los hombres luchaban como poseídos.

Pero los hombres de Lockwood tenían la ventaja numérica. Uno a uno, los hombres de Riley fueron cayendo, abrumados por la pura fuerza que tenían en contra. Solo Jonah y otros dos permanecían en pie, rodeados por un círculo de esbirros de Lockwood.

Silas se había retirado al borde de la pelea, observando con satisfacción cómo sus hombres tomaban el control. Cuando vio que solo Jonah y otros dos seguían luchando, volvió a levantar el rifle.

—Basta de juegos —gritó—. ¡Acabad con ellos!

Eliza lo vio apuntar a Jonah y actuó sin pensar. Cogió una piedra del suelo y la lanzó con todas sus fuerzas. Golpeó el hombro de Silas, desviando su puntería justo cuando disparaba.

El disparo se desvió, pasando a centímetros de Jonah. Silas se giró hacia ella, con el rostro desencajado por la furia. Antes de que pudiera volver a levantar el rifle, los hombres de Riley, aquellos que habían sido derribados pero no estaban fuera de combate, arremetieron hacia adelante con renovadas fuerzas.

Silas disparó salvajemente a la multitud. Tres chasquidos secos rasgaron el aire.

Jonah se tambaleó hacia atrás, agarrándose el costado. Otros dos hombres cayeron, uno de los amigos de Riley y uno de los matones de Lockwood.

—¡Jonah! —gritó Eliza.

La visión de Jonah herido pareció encender algo en los hombres que quedaban. Convergieron sobre Silas, derribándolo al suelo. El rifle voló de sus manos, deslizándose por la tierra.

Eliza corrió hacia Jonah, que se había desplomado contra la rueda del carruaje. La sangre se filtraba entre sus dedos mientras se presionaba el costado.

—Déjame ver —le exigió, arrodillándose a su lado. Le temblaban las manos mientras retiraba con cuidado la de él de la herida.

La bala había atravesado su chaqueta y su camisa, dejando un profundo surco a lo largo de las costillas. Sangraba abundantemente, pero no había penetrado en el pecho.

—No es profunda —le dijo ella, con el alivio volviendo inestable su voz—. La bala solo te ha rozado.

El rostro de Jonah estaba pálido, pero logró esbozar una sonrisa tensa. —Suerte, entonces.

Detrás de ellos, los gritos de Silas habían disminuido hasta convertirse en gemidos mientras los hombres continuaban su asalto. Cuando finalmente se apartaron, Silas Grady yacía inmóvil en el polvo, con el rostro irreconocible bajo la sangre y los hematomas.

—¿Está muerto? —preguntó Eliza, todavía presionando su chal enrollado contra el costado de Jonah.

Riley se acercó cojeando para comprobarlo. —No —dijo tras un momento—. Por desgracia para él, todavía respira.

—Atadlo —instruyó Jonah entre dientes—. A él y a cualquier otro que siga consciente. Ya decidiremos qué hacer con ellos más tarde.

Eliza volvió a prestar atención a la herida de Jonah. Arrancó una tira de su enagua para improvisar un vendaje adecuado, envolviéndolo con firmeza alrededor de sus costillas.

—Vas a necesitar puntos —le dijo mientras aseguraba el nudo.

—He tenido cosas peores —respondió él, aunque su respiración era superficial.

—¡Harry! —recordó ella de repente, levantando la cabeza de golpe—. ¡Harry! —llamó hacia los árboles.

Durante un momento terrible, no hubo respuesta. Entonces la maleza crujió y Harry apareció, guiando a los otros niños. Su rostro

se iluminó al verla, pero volvió a entristecerse al notar el estado de Jonah.

—¿Se va a morir? —preguntó Harry con voz queda.

—No —dijo Eliza con firmeza, ayudando a Jonah a sentarse más erguido—. Se va a poner bien. Todos nos pondremos bien.

Jonah estiró el brazo sano y le revolvió el pelo a Harry. —Haría falta algo más que Silas Grady para acabar conmigo, muchacho.

La sonrisa de Harry regresó.

Riley se les acercó, con su propio rostro ensangrentado por la pelea. —Tenemos que movernos deprisa. Puede que vengan más hombres de Lockwood a investigar cuando estos no regresen.

Eliza asintió. —¿Puedes levantarte? —le preguntó a Jonah.

Con la ayuda de ella y de Riley, Jonah se puso de pie, haciendo una mueca cuando el movimiento tiró de su herida.

—¿Y ahora qué? —preguntó Eliza, mirando a su alrededor las secuelas de la batalla: hombres heridos, carruajes destrozados y los niños observando con ojos grandes y asustados.

—Llevamos a estos niños a casa —dijo Jonah—. Y después... Hizo una pausa y luego se desplomó.

CAPÍTULO 10

La claridad se filtraba por las rendijas de la ventana como si de ladrones se tratase, clavándose en los ojos de Jonah. Un latido sordo le recorrió de inmediato el costado, agudizándose hasta convertirse en fuego cuando intentó incorporarse. Sus recuerdos regresaron en destellos fragmentados: la pistola de Grady, los niños escapando, el rostro horrorizado de Eliza mientras presionaba su costado sangrante.

Eliza.

Obligó a sus ojos a abrirse del todo, parpadeando para disipar la niebla de lo que debió de ser un sueño inducido por el láudano. La habitación que lo rodeaba le era desconocida. Era pequeña pero estaba limpia, con un papel tapiz amarillento y una alfombra descolorida. No era la sala de un hospital, ciertamente no era su cobertizo, y se encontraba a leguas de la celda de prisión en la que casi esperaba haber despertado.

Su mirada se posó en la esquina de la habitación, donde dos figuras estaban desplomadas juntas en una silla estrecha. Eliza estaba sentada con la cabeza caída hacia un lado y su melena oscura derramada sobre el hombro. Harry estaba acurrucado, haciéndose increíblemente pequeño contra ella, con el rostro medio enterrado en su chal y una manita aferrada a la manga de su hermana incluso en sueños.

Algo desconocido y peligrosamente cálido inundó el pecho de Jonah. Había pasado cinco años evitando los apegos, cortando cualquier conexión que pudiera conducir a los hombres de Lockwood hasta él. Cinco años de cuidadoso aislamiento. Y ahora, al ver a Eliza y a Harry respirar al unísono, sintió como si hubiera tropezado con algo que nunca supo que le faltaba.

Como si perteneciera a algún lugar. A alguien.

El pensamiento lo aterrorizó más de lo que lo había hecho el fusil de Grady.

Una tabla del suelo crujió cuando él se movió, y los ojos de Eliza se abrieron de golpe. Durante una fracción de segundo, un alivio puro inundó su rostro antes de que ella recuperara la compostura.

—Estás despierto —susurró, zafándose con cuidado de Harry, quien masculló algo incomprensible antes de volver a sumirse en el sueño—. ¿Cómo te encuentras?

—He estado peor. —La mentira salió de forma automática, aunque lo cierto era que no recordaba un dolor parecido a este.

Eliza puso los ojos en blanco. —Por supuesto que sí. —Se acercó a la cama y le puso la palma de la mano en la frente; su tacto era fresco y eficiente—. La fiebre te bajó anoche. Martha ha dicho que eso era buena señal.

—¿Martha?

—Hughes. La costurera. Esta es su casa. —Eliza le estiró la manta con una atención innecesaria—. Después de lo ocurrido en Highgate, no podíamos llevarte a un médico, no con la influencia de Lockwood. Martha tiene experiencia con... heridas.

—Inteligente —graznó él, con la garganta seca como el papel de lija.

Eliza vertió agua de una jarra que había junto a la cama, sosteniéndole la cabeza mientras bebía. El simple movimiento hizo que su costado gritara de dolor.

—¿Cuánto tiempo he estado fuera?

—Tres días. Perdiste sangre y luego vino la fiebre. —Su voz era práctica, pero las sombras bajo sus ojos contaban una historia diferente—. Martha llamó a una enfermera y te dio puntos. La bala solo te rozó el costado, pero la herida era profunda.

—¿Y los niños?

—Todos a salvo. Riley y los hombres los llevaron de vuelta con sus familias… Se está corriendo la voz sobre lo que hacía Lockwood y la gente está hablando.

Antes de que Jonah pudiera responder, la puerta se abrió. Martha Hughes entró, con sus prácticas faldas crujiendo al caminar. Jonah solo la había visto brevemente antes, durante su única visita a la tienda, pero reconoció el gesto decidido de su boca.

—Parece que nuestro paciente ha decidido volver al mundo de los vivos. —Se acercó a la cama y le revisó los vendajes—. Herida limpia, está curando bien. Tiene usted suerte, señor Quinn. Un centímetro más y estaríamos eligiendo un ataúd en lugar de cambiar apósitos.

—Gracias por…

—Ahórreselo —lo interrumpió Martha—. Solo estoy saldando cuentas. —Miró a Harry, que seguía durmiendo en la silla—. Ese chico no se ha apartado de su lado excepto cuando le obligamos a comer. Cree que usted es poco menos que un héroe después de haberlo salvado.

Jonah no pudo mirar a Harry. Tal devoción le parecía inmerecida, incómoda.

Martha se enderezó y su expresión cambió a una más seria. —Hay alguien aquí para verle. Lleva esperando desde ayer.

Eliza se tensó. —No habías dicho…

—No quería preocuparte hasta que él despertara. —Martha asintió hacia Jonah—. Es el inspector Holloway, de los Bow Street Runners. Está investigando a Augustus Lockwood.

El pulso de Jonah se aceleró, olvidando por un momento el dolor. Los Runners eran lo más parecido a una policía real que tenía Londres. Eran hombres designados por los magistrados que investigaban delitos graves. Si estaban investigando a Lockwood...

—Dice que necesita información —continuó Martha—. Le he dicho que el hombre de Lockwood le había disparado, pero no el porqué. He pensado que esa era su historia para que la contara usted.

Jonah miró a Eliza, cuyo rostro se había vuelto pálido.

—¿Confía en ese inspector? —preguntó.

—No le había visto nunca —respondió Martha—. Pero ha mostrado las credenciales pertinentes. Y no viene solo. Ha traído a un secretario para que tome notas. —Hizo una pausa—. Mencionó su nombre específicamente, Jonah Quinn.

—Le pediré que se marche si quiere —se ofreció Martha al leer su expresión.

Jonah pensó en los niños amontonados en los carruajes de Lockwood. En la desesperación de Eliza por salvar a Harry. En cuántos otros habrían sido vendidos a las fábricas del norte a lo largo de los años.

—No —dijo finalmente—. Hablaré con él.

Martha asintió una vez y salió. Eliza se acercó más a la cama.

—¿Estás seguro? —susurró—. Si saben quién eres…

—Ya me han descubierto. —Intentó sonreír, pero sospechó que le salió una mueca—. Más vale que sirva de algo.

Ella le apretó la mano rápidamente y luego se retiró cuando la puerta se abrió de nuevo.

El inspector Holloway era un hombre alto con un bigote recortado y unos ojos inteligentes que no pasaban nada por alto al entrar. Su ropa era de buena calidad pero no ostentosa: el atuendo de un hombre que necesitaba moverse entre clases sociales sin llamar la atención. Tras él venía un hombre más joven que portaba un portafolios de cuero.

—Señor Quinn. —Holloway asintió hacia Jonah—. Me alegra ver que se está recuperando. Tengo entendido que hubo un enfrentamiento considerable en Highgate.

—Podría decirse que sí. —Jonah se movió con cuidado para sentarse más erguido, reacio a mostrarse débil.

El inspector acercó una silla junto a la cama. —Llevo algunos meses investigando a Augustus Lockwood por infracciones de trabajo infantil, fraude, chantaje... —Se inclinó hacia delante—. Pero los testigos tienen la costumbre de desaparecer. O de retractarse de sus declaraciones tras las visitas de un hombre llamado Silas Grady.

Al oír el nombre de Grady, Harry se removió en el rincón. Eliza fue de inmediato junto a él, murmurándole suavemente.

—¿Qué ha sido de Grady? —preguntó Jonah.

—Actualmente está disfrutando de la hospitalidad de la prisión de Newgate —dijo Holloway con un toque de satisfacción—. Lo encontraron inconsciente en Highgate junto con varios hombres más, todos atados a los árboles. Fue una escena interesante.

El alivio aflojó algo en el pecho de Jonah. Al menos Grady no los perseguiría mientras él se recuperaba.

—Tengo entendido que usted trabajó en su día para Lockwood —continuó el inspector—. Como aprendiz de tonelero. Hasta que supuestamente se ahogó en el Támesis hace cinco años, tras ser acusado de robo.

—Yo no robé nada. —Las palabras brotaron con más fuerza de la que Jonah pretendía.

—Le creo. —Holloway hizo un gesto a su secretario, que empezó a escribir—. Por eso estoy aquí. Necesito su testimonio sobre todo lo que hizo Lockwood, todo lo que sepa. Los niños no han sido más que lo último en sus planes.

Jonah miró a Eliza, quien le dedicó un pequeño asentimiento de aliento.

—¿Cree que podrá hundirlo de verdad? —La duda teñía su voz—. Hombres como Lockwood no caen.

—Lo hacen si hay pruebas suficientes. —La mirada de Holloway era firme—. Y creo que usted tiene piezas que necesito.

Jonah tomó aire, ignorando el dolor que le atravesaba el costado.

—Hace cinco años, estaba terminando mi aprendizaje con el maestro tonelero Jenkins cuando Lockwood compró su taller. Jenkins era mayor, sus manos ya no estaban firmes, pero me enseñó todo lo que sabía. —El recuerdo aún era amargo—. Lockwood trajo un cargamento de brandy francés, del caro. Cuando desaparecieron tres barriles, me acusó de haberlos robado.

—¿Lo hizo?

—No. Había trabajado cuatro años para conseguir ese puesto. No iba a arriesgarlo por unas cuantas botellas. —Jonah apretó las manos sobre las mantas—. El verdadero objetivo de Lockwood era Jenkins. El viejo era dueño de una propiedad muy valiosa cerca de

los muelles que Lockwood codiciaba. La acusación contra mí fue el medio para presionarlo.

La pluma del secretario de Holloway rascaba el papel.

—Jenkins testificó que yo no podía haberme llevado el brandy, ya que estaba con él cuando supuestamente desapareció. Pero Lockwood ya había sobornado al magistrado. —Jonah torció el gesto —. Me sentenciaron a la deportación. Siete años en Australia.

—Pero en lugar de eso, saltó al Támesis —terminó Holloway.

—Desde la barcaza de la prisión. Los guardias estaban borrachos y la corriente era fuerte. Todo el mundo dio por hecho que me había ahogado. —Jonah se encogió de hombros—. Parecía mejor opción que dejar que Lockwood ganara.

—¿Y Jenkins?

—Vendió a Lockwood por la mitad de su valor después de que yo "muriese". Él mismo murió seis meses después.

Holloway asintió con gravedad. —Hemos encontrado patrones similares en otros negocios que Lockwood adquirió. Acusaciones falsas, accidentes misteriosos.

—Hay más —dijo Jonah, con la voz fortaleciéndose—. Durante los últimos cinco años en los muelles, he mantenido los oídos abiertos. Hable con el capataz Miller en el Almacén Cuatro; tiene un libro de contabilidad privado con todos los "cargamentos no oficiales" de Lockwood. Niños, mercancías de contrabando.

La pluma del secretario volaba sobre la página.

—Miller no hablará voluntariamente —advirtió Jonah.

—Tenemos formas de fomentar la cooperación —dijo Holloway con sequedad.

—También está Morgan, en el Hound and Crown. Es un traficante de información y conoce a todos los que Lockwood ha amenazado o sobornado.

—Estamos familiarizados con el tal Morgan —dijo Holloway con disgusto.

—Y los niños de los carruajes —intervino Eliza de repente. Todos los ojos se volvieron hacia ella—. Pueden testificar que fueron secuestrados. Harry puede contarle cómo Grady se lo llevó para pagar la deuda de mi padre.

—¿Será suficiente? —preguntó Jonah—. Lockwood tiene amigos poderosos.

—Tenía —corrigió Holloway—. Sus actividades recientes lo han convertido en un estorbo para su círculo social. Especialmente después de que el incidente de Highgate se hiciera público. —Se inclinó hacia delante—. Lo que me lleva a otro asunto. El ataque a los carruajes de Lockwood.

—Técnicamente, interferir con el transporte de propiedad es un delito —dijo Holloway despacio—. Sin embargo, dado que la "propiedad" en cuestión eran niños obtenidos ilegalmente... —Extendió las manos—. No se presentarán cargos contra los... ciudadanos preocupados que intervinieron.

El alivio fue inmediato. Jonah no se había dado cuenta de lo preocupado que había estado por Riley y los demás.

—En cuanto a su propia situación, señor Quinn —continuó Holloway—, los cargos originales de robo contra usted están siendo revisados. Con el testimonio de Jenkins en el registro y las pruebas del patrón de acusaciones fraudulentas de Lockwood, espero que sean retirados por completo.

Jonah lo miró fijamente. —¿Quiere decir que ya no soy un fugitivo?

—Por el robo, ciertamente no. —Una leve sonrisa asomó a los labios de Holloway—. Aunque le aconsejaría que no volviera a fingir su propia muerte en el futuro. Genera una pesadilla de papeleo.

Una extraña ligereza llenó el pecho de Jonah, algo que no tenía nada que ver con su herida. Cinco años de mirar por encima del hombro, de vivir en las sombras. Se habían acabado.

—Necesitaré su declaración formal una vez que esté lo bastante recuperado como para acudir a la oficina del magistrado —dijo Holloway, levantándose—. ¿En una semana, tal vez?

—Sí. Gracias.

El inspector se despidió con un asentimiento de cabeza y se marchó con su secretario mientras Martha los acompañaba a la salida. En el repentino silencio, Jonah se encontró mirando a Eliza, cuyos ojos brillaban con algo que no terminaba de identificar.

—¿Lo has oído? —preguntó ella en voz baja—. Eres libre.

Libre. La palabra resultaba extraña, imposible.

Harry se bajó de su silla y se acercó a la cama con cautela. —¿Eso significa que ya no tienes que esconderte? ¿Ni huir?

—Supongo que sí. —Aún estaba asimilando la noticia.

—Bien. —Harry asintió con la decisión propia de un niño—. Porque todavía te debo una por haberme salvado, y Eliza dice que las deudas siempre hay que pagarlas.

A pesar del dolor, de los años de miedo y de la incertidumbre que aún tenía por delante, Jonah sintió que la risa le brotaba del pecho. Le dolía el costado, pero no podía evitarlo.

—Bueno —dijo él, mirando de Harry a Eliza, cuya sonrisa habría podido iluminar todo Londres—, supongo que tendré que quedarme por aquí, entonces.

CAPÍTULO 11



Eliza estaba de pie frente al diminuto espejo apoyado contra la pared de su nueva habitación, intentando domar su cabello para que luciera presentable. Puede que el cuarto no fuera mucho más grande que el anterior, pero estaba más limpio, era más cálido y, lo más importante, se encontraba muy lejos de su antiguo edificio. Después de todo lo ocurrido con Lockwood, un nuevo comienzo les había parecido esencial.

—Vas a hacerle un agujero a ese cepillo si sigues así —comentó Harry desde su asiento en el borde de la cama, balanceando las piernas. Sus mejillas tenían más color últimamente, y su tos había mejorado considerablemente con las medicinas adecuadas y comidas regulares.

Eliza le lanzó una mirada. —Solo quiero tener un aspecto decente, eso es todo.

—¿Decente? ¡Si ya te has probado tres vestidos! —Harry sonrió, disfrutando claramente del estado de nerviosismo de su hermana—. El azul te quedaba bien. Y el marrón. E incluso el gris.

Ella lo ignoró y volvió al vestido verde por el que finalmente se había decantado, uno que Martha la había ayudado a confeccionar con retales de la fábrica que, de otro modo, habrían acabado en la basura. La tela era suave, con diminutas flores amarillas bordadas a lo largo del dobladillo.

—De todos modos, a él no le va a importar lo que lleves puesto —continuó Harry, dejándose caer de espaldas sobre la cama—. Te mira siempre igual, sin importar lo que tengas puesto.

—¿Y cómo es eso? —preguntó Eliza, a su pesar.

—Como si fueras la única persona en la habitación. —Harry hizo gestos exagerados de desmayo—. Es asqueroso, de verdad.

El calor subió a las mejillas de Eliza. —Ya está bien, no digas más tonterías.

—Te comportas como si nunca hubieras pasado tiempo con él —señaló Harry—. Lo has visto todos los días durante semanas.

—Aquello era distinto —masculló ella, alisándose el vestido con las manos—. Fue mientras se recuperaba. Y mientras se solucionaba todo lo de Lockwood. Esto es...

—Un cortejo en toda regla —concluyó Harry, con una imitación bastante lograda de la voz de Martha que hizo que Eliza riera a pesar de sus nervios.

Había pasado un mes desde que todo cambió. Un mes desde que el testimonio de Jonah, junto con las pruebas de los libros de contabilidad, los niños rescatados y otros varios testigos, habían provocado el derrumbe del imperio de Augustus Lockwood. El engreído comerciante se encontraba ahora en Newgate a la espera de juicio, con sus propiedades embargadas y sus cuentas congeladas. Silas Grady había sido enviado a Australia en el mismo barco de transporte con el que una vez había amenazado a otros.

¿Y Thomas Tate? Eliza no lo había visto desde aquel día terrible. Había oído que se marchó de Londres por completo, rumbo al norte para probar suerte en Manchester. A veces, la culpa la punzaba por las duras palabras que le había dedicado, pero no lograba arrepentirse de ellas. Él necesitaba oír la verdad.

Unos golpes en la puerta hicieron que Eliza diera un brinco.

—¡Ya está aquí! —gritó Harry, saltando de la cama y corriendo hacia la puerta antes de que Eliza pudiera detenerlo.

—¡Harry, espera! Pero él ya había abierto la puerta de par en par.

Jonah Quinn estaba en el umbral, con un aspecto notablemente diferente al del receloso trabajador portuario que ella conoció al principio. Tenía el pelo bien cortado, el rostro afeitado y su ropa,

aunque seguía siendo sencilla, estaba bien cuidada. El mayor cambio, sin embargo, estaba en sus ojos. Ya no escudriñaban constantemente en busca de amenazas; ahora mostraban una firmeza que hacía que algo revoloteara en el pecho de Eliza.

—Buenos días —dijo él, y su mirada encontró la de ella de inmediato antes de dirigirse a Harry—. ¿Y cómo estás hoy, joven Tate?

—Hambriento —respondió Harry con prontitud, haciendo reír a Jonah.

—Qué coincidencia. —Jonah metió la mano en el bolsillo y sacó una pequeña bolsa de papel marrón—. Resulta que he pasado por la pastelería de la señora Wilson de camino aquí.

Los ojos de Harry se agrandaron al mirar dentro de la bolsa. —¡Rollos de canela!

—Solo uno —aclaró Jonah con una sonrisa—. Mejor reserva el resto de tu apetito para más tarde.

Eliza se acercó a ellos, sintiéndose repentinamente tímida a pesar de haber pasado incontables horas en compañía de Jonah durante el último mes; primero ayudando a curar su herida y luego asistiendo al inspector Holloway en la preparación del caso contra Lockwood.

—No tenías por qué traer nada —dijo ella.

—Quería hacerlo. —Sus ojos recorrieron el vestido de ella—. Estás preciosa.

El cumplido sencillo, dicho sin adornos, la reconfortó mucho más de lo que lo habrían hecho lisonjas elaboradas.

—¿Cuándo os vais a casar? —preguntó Harry con la boca llena de rollo de canela.

—¡Harry! —exclamó Eliza, abochornada.

Pero Jonah se limitó a reír, y se le formaron arrugas en las comisuras de los ojos. —Inmediatamente, si tu hermana lo permite.

—¡Jonah! Ahora la cara de ella estaba definitivamente ardiendo.

—¿Qué? —preguntó él con inocencia—. Solo estoy respondiendo a la pregunta.

Harry los miró a ambos con expresión satisfecha. —Bien. Me gusta tenerte cerca.

—A mí me gusta estar cerca —respondió Jonah, sin apartar los ojos de los de Eliza.

Ella se aclaró la garganta, desesperada por cambiar de tema antes de entrar en combustión espontánea por la vergüenza. —Deberíamos irnos. Le dije a Martha que pasaría por la tienda más tarde a recoger algo de hilo.

—Por supuesto —asintió Jonah, todavía con aire demasiado divertido.

Eliza se volvió hacia Harry. —¿Te portarás bien con la señora Cooper abajo?

Harry asintió, habiendo dado ya cuenta de la mitad de su dulce. —Voy a ayudarla con el bebé. Dice que tengo un don natural.

—Solo no le enseñes ninguno de tus malos hábitos —advirtió Eliza, alborotándole el pelo mientras cogía su chal.

—¿Como cuáles? —preguntó Harry con inocencia.

—Como hacer preguntas inapropiadas —respondió ella con intención, haciendo que Jonah soltara otra risita.

Dejaron a Harry terminando felizmente su rollo de canela y bajaron las estrechas escaleras hacia la calle. El aire primaveral traía un atisbo de calidez, un cambio bienvenido respecto al frío intenso que había azotado Londres durante su enfrentamiento con Lockwood.

—Se le ve mucho mejor —observó Jonah mientras caminaban uno al lado del otro.

—La tos casi ha desaparecido —confirmó Eliza—. El doctor Bennett dice que sus pulmones suenan más limpios cada semana.

—¿Y tú cómo estás? —preguntó Jonah, suavizando la voz—. De verdad.

Eliza meditó la pregunta. —Ocupada. El trabajo con Martha me mantiene atareada, y cuidar de Harry... —Hizo una pausa—. Pero bien. Por primera vez en mucho tiempo, no me aterra el mañana.

Jonah asintió con comprensión. —¿Y tu padre?

—Nada —contestó ella, con una ligera tensión en la voz—. Lo cual probablemente sea lo mejor. Dije cosas de las que no puedo retractarme.

—Se ganó cada una de ellas —afirmó Jonah con firmeza.

—Tal vez. Pero no siempre fue... —Dejó la frase en el aire, sin querer pensar en Thomas hoy—. ¿Y tú? ¿Qué tal el nuevo puesto?

El destello de orgullo en la expresión de Jonah la hizo sonreír. El inspector Holloway, impresionado por el testimonio de Jonah y su conocimiento de los muelles, lo había recomendado para un puesto en la Oficina de Aduanas: un trabajo respetable con un sueldo estable y sin trabajos extenuantes.

—Todavía estoy aprendiendo a manejar todo el papeleo —admitió Jonah—. Pero está bien. Es un trabajo honrado, y no tengo que estar mirando por encima del hombro constantemente.

Vagaron por las calles, dirigiéndose hacia el río. Londres bullía a su alrededor, indiferente a la pequeña revolución que había ocurrido en sus entrañas.

—¿Un helado? —sugirió Jonah al pasar junto a un vendedor con un pequeño carrito.

Eliza arqueó las cejas. —¿A estas horas?

—¿Por qué no? Estamos celebrando algo, ¿no?

—¿Y qué estamos celebrando? —preguntó ella, aunque no pudo evitar que una sonrisa asomara a sus labios.

—Estar vivos. Ser libres. —La miró significativamente—. Estar juntos.

Algo en su mirada directa la hizo sentirse vulnerable y valiente a la vez. —Entonces, acepto el helado.

Se sentaron en un banco con vistas al Támesis, lamiendo sus helados y viendo pasar los barcos. El río que una vez había sido la salvación de Jonah, el agua que lo había ayudado a escapar de las garras de Lockwood, parecía ahora inofensivo bajo la luz primaveral.

—Sabes —dijo Jonah pensativo—, nunca pensé que tendría esto.

—¿Un helado un martes por la mañana? —bromeó Eliza.

Él sonrió pero sacudió la cabeza. —Una vida normal. Después de saltar al río aquella noche, pensé que siempre estaría huyendo, siempre mirando atrás. —Hizo una pausa—. Nunca planeé que alguien me importara. Me parecía demasiado peligroso.

Aquella sencilla confesión tocó algo profundo en su interior. —Sé a qué te refieres. Después de que madre muriera y padre...

cambiara, decidí que era más seguro no contar con nadie más que conmigo misma.

—Y con Harry —añadió Jonah.

—Y con Harry —convino ella—. Pero incluso con él, estaba tan centrada en la supervivencia que no podía ver más allá del día siguiente, del próximo chelín, de la próxima comida.

Se quedaron en silencio un momento, terminando sus helados. La sirena de un barco sonó a lo lejos.

—¿Lo echas de menos? —preguntó Eliza de repente—. Los muelles, quiero decir.

Jonah lo sopesó. —¿El trabajo? No. Pero hay una cierta libertad en no tener nada que perder. —La miró de reojo—. Aunque he descubierto que tener algo por lo que vivir es mejor.

La calidez de sus ojos grises hizo que el corazón de ella diera un vuelco. Nunca había sido de sentimientos floridos ni de grandes gestos, pero la honesta sencillez de sus palabras la conmovió más de lo que la poesía podría haberlo hecho jamás.

—¿En qué piensas? —preguntó él, al notar su expresión.

Eliza se echó a reír, sintiéndose de pronto más ligera de lo que se había sentido en años. —En que Harry tenía razón. Esta es nuestra primera salida oficial juntos y, sin embargo, siento como si nos conociéramos de toda la vida.

—Hemos sobrevivido a un tiroteo, derribado a un comerciante corrupto y rescatado a más de una docena de niños juntos —señaló Jonah con ironía—. Eso suele acelerar las cosas.

—Visto así...

Continuaron su paseo, deambulando por el malecón sin un destino concreto. Jonah le contó historias sobre sus nuevos colegas en la Aduana, y Eliza compartió cotilleos de la tienda de Martha, incluida la noticia de que la propia Martha podría estar interesada en el inspector Holloway después de sus frecuentes visitas para entrevistar al personal.

—Hacía mucho que no me reía tanto —se dio cuenta Eliza en voz alta mientras se detenían a observar a un artista callejero haciendo malabares con bolas de colores.

Jonah la miró sorprendido. —¿Mucho?

—Al menos, no desde que era niña. —Lo pensó detenidamente—. Supongo que no tenía muchos motivos para ello.

—Entonces tendré que asegurarme de que tengas una razón para reír todos los días a partir de ahora —dijo él, con una convicción tan sincera que ella le creyó.

Mientras regresaban hacia Spitalfields, con el sol de la tarde calentándoles el rostro, Eliza sintió una satisfacción que casi había olvidado que fuera posible. Por primera vez en años, no huía de nada ni se esforzaba desesperadamente por alcanzar otra cosa. Simplemente estaba allí, caminando junto a un hombre que la miraba como si fuera la persona más fascinante que hubiera conocido jamás.

—Eliza —dijo Jonah, con voz repentinamente seria al llegar a una calle más tranquila—. Lo que le dije a Harry antes iba en serio.

Ella parpadeó, confundida por un momento antes de recordar la bochornosa pregunta de Harry sobre el matrimonio.

—¡Ah! Sé que solo estabas siendo amable...

—No —la interrumpió él, deteniéndose y girándose para quedar frente a ella—. No estaba siendo solo amable. Sé que es pronto, para los estándares normales. Pero nada en nuestra historia ha seguido el camino habitual, ¿verdad?

El corazón le latía con fuerza en el pecho. —Jonah...

—No te lo estoy pidiendo hoy —aclaró él rápidamente—. Pero quiero que sepas que ahí es donde están mis pensamientos. Cuando pensé que podría morir por aquel disparo, en lo único que podía pensar era en ti y en Harry, y en el futuro que deseaba con ambos.

Eliza sintió que casi no podía respirar. —Yo pensé lo mismo —admitió en voz baja—. Cuando te vi caer, me di cuenta de que no podía perderte.

La sonrisa que se extendió por el rostro de él fue como el amanecer surgiendo en el horizonte. Lentamente, dándole tiempo de sobra para apartarse si ella así lo decidía, se inclinó y presionó sus labios contra los de ella en un beso suave que prometía tanto pasión como ternura.

Cuando se separaron, ella no pudo evitar reír ante la mirada aturdida de él.

—¿De qué te ríes? —preguntó él.

—De nada —dijo ella, todavía sonriendo—. Simplemente soy feliz.